

**ASTOR BRIME**  
Generoso García Castrillo  
[gegarcas@hotmail.com](mailto:gegarcas@hotmail.com)



**NOVELA**

El autor no se hace responsable de las opiniones de ninguno de los personajes de esta novela. Ni de la posible coincidencia con alguna persona concreta. Sólo la novela es suya.

## **PRÓLOGO**

*“Un libro singular, que, a parte de ser una joya literariamente, quedará para perpetuar en las generaciones venideras uno de los momentos problemáticos más transcendentales de la Iglesia y del mundo”.*

X. X. X Profesor de Teología Moral

## 1ª PARTE

### STOP

- Quizá no hayamos entendido bien. Vamos a consultarle a Don Manuel.

- ¡Yo no necesito de ningún cura para resolver los problemas íntimos de mi alcoba!

Y al decir esto, Jaime tiraba sobre una silla el periódico.

Virando hacia la ventana y medio sentado en la mesa, con los labios cerrados, y sin pestañear, se quedaba mirando a la calle. Su faz se onduló levemente, trémula; debajo de ella, de seguro, sus dientes estaban fuertemente apretados. Y en la hondura de sus ojos se clavaba, sarcástica, la escena callejera: Una gitana, sucia, que sobre su brazo izquierdo liaba en un mantón negro a su churumbel, sucio, legañoso y desgredado, alargaba la mano derecha a un transeúnte en la acera de enfrente. Y otros cuatro arrapiezos, escuálidos y descalzos, enseñando mugre a través de desgarrones de unos pingajos, que querían ser sus ropas de vestir, demostraban, en actitudes pedigüeñas, suplicantes ante otros transeúntes, su indudable filiación. Pedían lo que no les podía dar aquella madre.

Su mujer, Isabel, se había quedado callada. Le asustó la actitud violenta de Jaime, aunque, en el fondo, sin entenderlo, ella le daba la razón. Para ella, su Jaime siempre tenía razón. Era tan bueno... Y, además, su formación universitaria y su hondura cristiana le hacían en todas las ocasiones confiar en él. Pero la angustia del momento le atenazaba la garganta. Sentándose en un sillón, al cruzar sus brazos sobre el pecho,

sentía su corazón latir con fuerza, y las sienes le apretaban las repercusiones de sus golpes. Vuelto levemente el rostro hacia la izquierda, su mirada, empañada, la tenía fija en el diario, que, sobre la silla, había recibido el golpe del rechazo varonil. Vibraban las letras del título a toda plana. Allí estaban, encarnadas, desafiantes, hirientes como cuchillos recién sacados de una herida: ¡NO A LA PÍLDORA!

Las columnas del texto y los otros subtítulos, sólo se movían, vaporosos, en su retina. Pero emergían en aquel momento, con más amplias ondulaciones ópticas, aquellas dos palabras, escritas con caracteres negros, más gruesos que los otros y con grafismo parecido a las que, sin leerlas a penas, se quedaban, mientras seguía la columna del castellano, en la otra columna izquierda de su misal: HUMANAE VITAE.

Isabel todavía, como buscando la salvación de un clavo ardiendo, se atrevió, más que a decir, a susurrar tímidamente:

- Tal vez los periódicos no hayan reproducido exactamente...

- ¡La prensa, en España, no dice mentiras! ¡Se callará a veces la verdad!

Pero lo que ella dice es cierto.

Un portazo, acompañado de carreras y gritos, mudó de repente la decoración del hogar de Don Jaime y de Doña Isabel.

Era la hora de la salida de los colegios. La calle se había llenado, súbitamente, de gritos infantiles y carreras.

Y la tromba de la algarabía, no salía, entraba en casa, derribando, en su carrera, una silla en el suelo y, virando rápida en torno al sillón en donde debatía su drama Doña Isabel:

- ¡Mamá! ¡Mira Quique, que me quiere pegar!

- ¡Dile que antes me dio él a mí un puñetazo!

Y el brazo de Enrique, que delante llevaba un puño capaz de un k. o., se quedaba prendido en la mano de la mamá, que rápidamente, atajaba la furia del asaltante, librando así a José Luis de lo que la ley del talión de su hermano mayor le hubiera aplicado inexorablemente, mientras gritaba:

- ¡Pero estos hijos!...

Aún forcejeó Enrique, intentando devolver a José Luis lo que, por lo visto, éste le había gratuitamente propinado. Y el pequeño se movió detrás de su mamá, a un lado y al otro, agarrándose a sus faldas y defendiéndose.

- ¡Jaime! ¡Míralos!...

- ¡Vamos, vamos!, terció el papá con bondad. ¡Basta ya!

- ¡Venga, corriendo! ¡A dejar los libros y a cambiarse!

Y diciendo esto, Doña Isabel se los llevó a los dos, tirándoles de la mano, mientras su voz se perdía por el pasillo preguntando:

- ¿E Isabelita y Conchi? ¿Las visteis?

Hasta la sala llegó la contestación de José Luis, que, mientras tiraba el abrigo en el brazo de la mamá, respondía:

- Por la plaza venía con la del secretario y con Juanita.

La galopada ruidosa de aquellos dos centauros, candidatos ya a boxeadores a sus ocho y a sus diez años, había introducido en la casa, además del revuelo visto, otro efecto. Éste, despertador. Primero, unos vagidos suaves y entrecortados. Luego, un llanto infantil fuerte.

El ro-ro de una cuna y el cariño materno volvieron pronto a la placidez del sueño al ángel, que, hacía ocho meses, poblaba el cielo de aquel hogar. Y hasta el salón llegaban los efluvios de aquel cariño inefable:

- ¡Duerme tú, mi capullo! ¡Te han despertado ésos!... Duerme... Ro... ro... ro...

Don Jaime había alargado el brazo tomando el periódico de la silla y, doblándolo, lo metió en el cajón de la mesa. Se sentó y, cogiendo un bolígrafo, empezó a recorrer con la vista columnas de sumandos en un cuaderno grande de cuentas.

Unos pasos menudos taconearon en el salón. Él ni levantó la vista, porque aquella suave música de taconeo le resultaba ya un estribillo muy conocido, diario. Dos besos de dos niñas se posaron en su cara.

- ¡Papi: Mira qué patito le pinté a la Hermana Rosa!

- ¡Muy bonito, Conchita! ¡Vete y enséñaselo a mamá!

Los seis años de Conchita fueron tomados por la delicadeza de Isabelita, que a sus doce años, y casi ya mujer, la llevaba suavemente hacia adentro, colocándole las manos sobre los hombros. Era su hermana menor algo muñeca para ella.

Y mientras la música del taconeo de ambas iba perdiéndose en un pianísimo rápido “decrescendo” por el corredor, irrumpió en el salón la otra música: La de los instrumentos de percusión de la casa. José Luis y Quique salían corriendo como un vendaval, a la calle. Éste llevaba debajo del brazo un balón y gritaba:

- ¡Hoy hago yo de portero!

- ¡Eso será si te deja Lolo!

En la casa de Doña Genoveva, en la tarde de aquel sábado, había tertulia. Mejor dicho, cháchara de mujeres.

- ¡Si ya lo había yo dicho! ¡A estos matrimonios jóvenes había que bajarles los humos!

Y al decir esto, Doña Carmen trazaba con su brazo, corto y regordete, rápidos y enérgicos gestos parabólicos en torno a la obesidad, que le estallaba por pómulos, cuello, senos, vientre, caderas y piernas. Lo que le faltaba en estatura, le sobraba, y con creces, de lengua... Los dedos de su mano derecha, cortos y abultados, volvían luego a coger la larga aguja, metido antes rápidamente el meñique por debajo del hilo de lana, y tirando éste del hilo del ovillo.

- ¡Vamos, que si viviera mi Pepe!... ¡Él, que era más recto que un huso!...

Su Pepe hacía más de seis años que había muerto, a los sesenta y tres y no conoció más “píldoras” que las laxembusto. Era un glotón y murió de apoplejía. Pero aún conoció algunos nietos, pues, de los diez hijos vivos, que unieron su duelo a los lamentos de su esposa, Carmen, siete ya estaban casados.

- ¡A ver qué dice ahora Paquita, la del secretario!

- Micaela, dijo Filomena, apoyando la mano en el hombro flácido de la que acababa de clavar su áspid en la hembra del segundo de abordo de aquel ayuntamiento: ¡A ésa ni le va ni le viene! Como su marido colgó la

sotana cuando ya estaba para ser cura y sabe tanto de esas cosas, le ha curado el alma de escrúpulos de conciencia.

- ¡No necesitaba esa cura! Si según dicen las malas lenguas, y a mí líbreme Dios de criticar... - y diciendo esto profanó la cruz, santiguándose rápidamente – cuando fue al matrimonio se las sabía todas... Y hasta, dicen, que con el mediquillo aquel joven, que vino a hacer prácticas en este pueblo... El hijo no se vió... pero...

- ¡Jesús! - Se sobresaltó Filomena, defendiendo con este estigma la pudibundez de su soltería. Porque Filomena era una solterona. La única de aquel grupo que no sabía lo que era el lecho nupcial. Y ya hacía años que estaba tocando el bombo malgache de la desesperación a muchas leguas más allá del Cabo de Buena Esperanza. - ¡Menos mal que aún quedamos mujeres honradas en el mundo, para ejemplo de las que no han sabido!...

Doña Micaela inició un leve visaje, que no llegó a ser mirada de reojo, por si acaso la célibe... Hizo, allá en el fondo de la nariz, en donde la pituitaria cumple sus oficios orgánicos, un ruido absorbente, de ésos, que no se encuentran tolerados en ningún manual elemental de educación. Al engullir, se contrajeron las comisuras de sus labios, y su cuello, largo y arrugado, se arqueó un poco, ofreciendo la figura más parecida que un ser humano puede hacer para asemejarse al pavo cuando grazna. Gestos de éstos, en silencio verbal, los solía hacer cuando pensaba mal de la gente. Y pensaba mal con mucha frecuencia. “ ¡La Filo! ¡La lucha solapada que tuvo que mantener con ella, cuando las dos, hacía más de treinta y cinco años, anduvieron a la caza del que ella consiguió - y ella sabía bien cómo – hacer su marido! Y, ya casada, él le hizo algunas confesiones sobre su rival...” Pero se lo llevó ella, porque, en aquellos tiempos era mujer moza y porque, tal vez, le consintió al mozo, un ricacho sátiro del país, algo más que la otra. Lo que estaba por probar legalmente Era si Filomena, en caso de haberse casado con el que fue marido de Micaela, hubiera sido estéril, como ésta. Porque Micaela fue estéril. Y por eso, ahora que estaba



alcanzando la cumbre de la vida, se hallaba siempre su casa frecuentada de sobrinos, que simulaban desbordamiento de cariño, para que la pingüe herencia de sus tíos, Don Ezequiel y Doña Micaela, se desbordase sobre ellos a sus respectivas muertes.

- ¡Qué tiempos nos está tocando vivir! ¡Si hasta algunos curas!...

Esto lo decía Doña Carmen. Y volvía a sus gestos y a su muletilla:

- ¡Ay, si mi Pepe!... ¡Dios lo tenga en su gloria!...

Y cuando la galerna de las otras tres amainaba un tanto y dejaba algún claro, la buena de Doña Genoveva solía poner el toque de paz de su voz pausada y cascada por la vejez, aún melodiosa:

- ¡Pobres hijos!... – Su pelo blanco, primorosamente peinado y liso, se tornasolaba a la luz de la bombilla - : ¡Y por qué problemas no estarán pasando en sus almas!...

- ¡Que se aguanten, como nos hemos aguantado las demás! ¡Si los maridos de ahora fueran como mi Pepe!...

- No todos son así. – Doña Genoveva asumía siempre el dulce papel de abogada defensora - : Ahí tienes a Jaime y a Isabelita, con cinco niños como cinco soles. Y a la buena de Juana: Lleva cinco años casada y ya tiene tres... ¡Y qué ojos de cielo tiene la más chiquitina!...

- ¡Ah! – Interrumpió Doña Micaela - : ¡Veremos lo que mañana dice Don Manuel en la Misa!

---o-000-o---

Pero Don Manuel, aunque sabía de sobra el revuelo que en su numerosa feligresía, como en el mundo entero, acababa de levantar la tan ansiada y esperada Encíclica del Papa, no dijo nada en la Misa del domingo.

A sus cincuenta y quizá pico de años, no era la prudencia una de las dotes que menos le caracterizaban. Ni los treinta y cuatro que llevaba de sacerdote, había aprendido en el libro de la vida más que en los textos. Y conste que fue siempre en la carrera de los más aventajados. Y que tenía una biblioteca, si no numerosa, selecta. Aunque, como el trabajo de la parroquia no le dejaba mucho tiempo, procuraba, con algunas buenas revistas, tener al día sus conocimientos pastorales.

Conocía perfectamente problemas de toda índole de sus feligreses, chicos, jóvenes y grandes. Porque Don Manuel no era cura de gabinete y de espera, sino de ida.

Desbordaba simpatía en una conversación dominadora y chispeante. Y eso que, ocurrencias de las mejores se le quedaban, la mayoría de las veces, en un monólogo interior, porque su mente, abundante en lexicografía, tejía frases que, como él decía a otros compañeros de vocación, “son sólo para curas”.

Tenía un genio fuerte. Pero había conseguido sobre él bastante dominio exterior. Por eso nadie se enteraba de que en horas difíciles, cuando apretaba los dientes, sus ocurrentes monólogos interiores solían tener el estrambote de algún taco.

Diciendo Misa, a veces se distraía. Y este defecto se le había acentuado desde que comenzó a celebrar cara al pueblo. Pero sus distracciones eran, por lo general, constructivas.

Leía un día el Evangelio, con la iglesia abarrotada de fieles. Las Misas de Don Manuel se llenaban todos los domingos:

“Dos hombres subieron al templo a orar. El uno era fariseo”...

( ... *¡Ese cernícalo de secretario!... ¡Y ha de llegar siempre tarde!... todos le vean... ¡Fariseote!... )*

“Pago el diezmo de cuanto poseo” ...

( ... *¿Algún remordimiento de conciencia?... seguro que no... se la dejó... seminario y no ha vuelto por ella...*)

“El publicano empero, quedándose a distancia” ...

( ... *¡pobre Nemesio... doscientas pesetas que le sacó por... más falta mantener hijos... A Maruja, asustada... ¡Es tan guapa!... ¡Si no fuera porque ella en confesión”... ¡Mec... ¡Bruto!... ¡Misa!... )*

Se mordió rápidamente el labio. Menos mal que, en ese momento, la ortografía evangélica tenía punto. Así nadie habría notado nada...

“ Porque todo el que se ensalza será humillado, mas el que se humilla, será ensalzado”.

- Palabra de Dios.

Y toda la asamblea parroquial, con fondo de voces opacas graves, sobre las que se alzaban más dominantes las claras de las mujeres y, más agudas aún, rompiendo ritmos, las de los niños, respondió:

- ¡Te alabamos, Señor!

Aunque le ayudaban mucho y él los trató con mucha delicadeza y caridad, no fueron de los menores los problemas que a veces le crearon los coadjutores.

Tenía dos asignados.

En los veintitantos años que llevaba rigiendo la parroquia, había tendido varios. Casi siempre jóvenes, recién salidos del seminario. La mayor parte de ellos, entusiastas, emprendedores, volcaban, a la primera, el pequeño bagaje con que los habían equipado los libros de texto y las lecciones pedagógicas de algún profesor.

Pero más de una vez tuvo Don Manuel que barrer y recoger vidrios rotos de sus inexperiencias juveniles.

A los pocos años, unos por méritos y, alguno por deméritos, eran trasladados por el Señor Obispo, habiendo aprendido lo que es una parroquia.

Pero Don Baudilio era una excepción. Era coadjutor vitalicio.

Llevaba, además, más de cuarenta años de capellán del colegio de las Hermanas y del hospital. Y no eran preocupaciones empíricas las que le quitaban, precisamente, hora ninguna de sueño.

Eso sí: Era cumplidor como el que más.

Aparte de las confesiones semanales de las colegialas, pasaba en la parroquial horas en el confesonario, dirigía el rezo del rosario y hacía de “Topete” de “pascatines”: Ésos que encienden, por salvar apariencias, alguna vela a Dios, pero bastantes más al diablo, y en el tiempo pascual iban a hacer por que los carrillos del bondadoso Don Baudilio les apagase éstas últimas. Ni que decir tiene que entre éstos estaban el Secretario y Don Ezequiel...

Don Juan, el secretario, en una visita pastoral, se había atrevido a pronunciar delante del Señor Obispo:

- Mi director espiritual, Don Baudilio... Pero había mirado antes de reojo, para cerciorarse de que éste, apartado, no podía escucharlo.

Los ochenta y dos kilos que tenía que meter en su bolsa somática, de no más de sesenta y tres de larga, la hacían repartir el peso por los costados. Por eso, al andar, se balanceaba a un lado y al otro bastante más de lo que es normal en los mortales.

Don Miguel, el otro coadjutor, era un caso:

Joven, al acabar la carrera, el Obispo se lo había enviado a Don Manuel a ver si se aplomaba.

Como les acontece a la mayor parte de los que arrastran el complejo de cortedad científica, quería vencer ésta base de audacias. Lo malo es que éstas derivaban, a veces, a eso que algunos han dado en llamar “gamberrismos clericales” de dudosa ortodoxia.

Y no tanto, precisamente, porque nadie supiera qué tal le sentaba la sotana, (tenía, por otra parte, buena percha para poderla lucir) sino porque, rarísima vez llevaba el tan clerical distintivo sacerdotal, como la prenda talar, el “cleryman”. Él vestía de paisano, con un suéter negro, o camisa sport gris, según dictaba la climatología. Cualquiera puede figurarse la cantidad de tajos que las afiladas lenguas del beaterio del lugar daban a su figura por esta causa. Sobre todo de aquellas piísimas, que llevaban ese complejo de bragueta, cuyo único remedio no hay que esperarlo ya de intentos sensatos de convencimientos o de diatribas, sino de unos oportunos funerales. Huelga decir, que ninguna de éstas se confesaba con él.

Don Miguel, cuando hablaba dentro y fuera de la iglesia, tenía estereotipada la frase, para la cual se creía el prototipo:

- ¡La Iglesia debe marchar al compás de los tiempos!

Lo malo para él, que no todos iban en el pueblo al ritmo de su compás.

Un día, en ausencia de Don Manuel, (los enfermos de la parroquia los embalaba para la gloria, siempre, Don Manuel) vinieron a avisar a la parroquia. Había que administrar los últimos sacramentos al padre de Doña Matilde, anciano de ochenta años, que agonizaba de vejez. Don Miguel

metió el píxide con la sagrada hostia en el bolsillo derecho del pantalón; en el izquierdo de la chaqueta, los santos óleos. Agarró la estola plegada y el ritual con la mano izquierda.

- ¿Es esta la casa de Doña Matilde?

En el mismo instante salía Doña Matilde de la habitación del anciano. Detrás de la muchacha, que había abierto la puerta, al ver al ministro de los dones de Dios de aquella forma, su rostro cansado y lloroso cobró de súbito severidad imperiosa:

- ¡Nosotros hemos llamado a un sacerdote! ¡Haga usted el favor de marcharse!

Y Don Miguel no pasó del zaguán.

¿Qué hubiera dicho aquella señora si hubiera sabido que, en aquella facha, y, mientras venía de camino, había entrado en un bar, a “hacer apostolado”, tomándose un blanco con unos chicos melenudos?

Y tuvo que venir Don Baudilio a administrar al enfermo.

Puede cualquiera suponerse lo que, a un “Progresista” de tal calibre arrancó por aquellos días la “*Humanae Vitae*”.

- ¡Que no, Don Manuel, que se lo digo yo!

El párroco, sentado en la mesa del despacho, escuchaba silencioso las arrancadas pastoralistas de su joven coadjutor:

- ¡El Papa ha dado un viraje de ciento ochenta grados hacia atrás en la doctrina del Concilio! ¡A este paso, desembocaremos en Trento!

Don Manuel, suavemente y despacioso, pero con un gato dentro de la garganta:

- Mira, Miguel: Decisiones tan trascendentales, no las el Papa, te lo aseguro, sino después de maduro examen y de asesorarse bien.

- ¡Asesorarse! ¡Usted lo ha dicho! ¿Para decir después lo contrario de los fenómenos, que defendieron una paternidad responsable en consonancia con el espíritu del Concilio?...

Esto lo dijo gritando.

Don Manuel hacía esfuerzos para no perder la calma. Pero también le salió la frase con voz un tanto más fuerte que las pocas palabras pronunciadas en toda la anterior conversación:

- En cuanto a la inteligencia de que esas tales exigencias las oponga la nueva Encíclica a la Constitución conciliar, me parece que es demasiado afirmar...

- ¡Qué duda cab...?

- ¡Espera, por favor! Y, tengamos presente, que la opinión pedida a ese grupo de teólogo, fue de mera consulta..

- ¡Sí! - Y arrulló con gesto de superioridad su triunfo: Pero entre la opinión del Papa, como teólogo, yo me quedo con la opinión de los fenómenos.

- Pero es que, en una encíclica papal, y cuando el Papa recoge doctrinas de Magisterio, no habla sólo como teólogo!...

- ¡Esperemos poco tiempo! ¡Verá usted cómo los holandeses y los alemanes han de dar luz en estas oscuridades! ¡Ésos sí que son tíos valientes! ¡En España no valemos para nada!

Don Baudilio, arrellenándose en un sillón de mimbre, que chirriaba, miraba al interlocutor de turno, escuchaba y callaba. Pensó, al escuchar este último grito del joven compañero: “Que tú y yo no valgamos, cierto; pero hay otros”... Él hacía años que había hecho el propósito, y lo cumplía a rajatabla, de no discutir con nadie, y menos con los jóvenes. Por otra parte, en las disquisiciones de tipo científico, acababa siempre pensando, aunque nunca lo decía en alta voz: “Doctores tiene la Santa Iglesia...”

Don Manuel, aquella noche, al quedarse solo, estaba mal humorado. No lo podía remediar. Hablaba solo, entre dientes, y con pausas, mientras ponía en orden papeles:

... “ ¡Este botarate!...

¡Sólo faltaba que me arme en la parroquia!... ¡Le parto la...! Claro que, la cuestión es peliaguda...

Y bajo este signo se va a mover toda la moral matrimonial... Manolo: Hay que estudiar... ¡Hay que iluminar la verdad!...

Pero, la verdad, ahora, está en la letra de la Encíclica... Pero... ¿y si esto no fuera una muralla?... ¿Y si sólo fuera una presa, que detiene las aguas, sí, para que no se desborden, desde luego, devastadoras... pero para encauzarlas... y que corran serenas dirigidas por otras acequias...

¡Hay que estudiar!...

Y, con la mano izquierda cerrada, dio un puñetazo sobre la mesa. Algunos libros y objetos que estaban sobre ella se sobresaltaron todos con el ruido.

Al mismo tiempo sonó el timbre del teléfono.

- ¡Diga!

- ( - )

- ¡Ah! ¡Dime, Isabelita, hija!... ¿Qué tal Jaime y los niños?

- ( ----- )

- ¡No faltaba más! Mira. Mañana... a las doce, por ejemplo.

- ( - - )

- ¡Vale! ¡Que Dios te bendiga!

Y al día siguiente, a las doce, en el despacho parroquial, estaba Doña Isabel.





De mañanita, Don Jaime enfiló su 1.500 por la carretera, en dirección de “El Palomar”. Los cincuenta y siete kilómetros que separan el pueblo de la finca, los engullía la máquina, glotona, con una rapidez asombrosa. El coche estaba tan acostumbrado a aquella ración, su desayuno y su cena casi cotidianos, y a veces su comida y su merienda, que para él resultaba papilla. Sólo en el desvío del kilómetro cuarenta, al tener que zigzaguear por las curvas de la cuesta de “La Princesa”, tenía que morder despacio y apretar los dientes. La carretera, al perder entonces el asfalto, se hallaba en malas condiciones y las aguas de las lluvias no dejaban más que mendrugos de baches y piedras.

A Jaime, como ya el volante no le absorbía, sino que, más que ser mandado, parecía ser él el que traía y llevaba la mano en sus giros circulares, le solía venir muy bien aquel trayecto para pensar en sus cosas.

Sus cosas, a parte de las inherentes al vivir íntimo del hogar, pero indisolublemente unidas a él, eran los negocios de la finca. La había heredado de su padre. Era grande, verdad, y producía; pero gracias a que él rendía sobre ella el sacrificio de su vida entera. Y sólo él, su mujer y su contable sabían las pesetas que en maquinaria y en transformación de terrenos había enterrado allí.

Durante bastantes años, costumbre que ya había introducido su padre, se organizaron en “El Palomar” cacerías. Tenía muchas hectáreas de monte, que, al estar acotado, eran magnífico vivero de las dos especies en que la cinegética española busca su esparcimiento deportivo: el conejo y la

perdiz. Por este motivo se reunían en él cazadores, no sólo de las clases acomodadas de la región, sino invitados, a veces, de la buena sociedad de la capital y otras ciudades.

Las descubiertas y los ojeos solían rematarse, por lo general, con suculentas cenas, adornadas de cotillones.

Pero hacía dos años que Jaime había roto esta costumbre. Una oportuna mixomatosis le proporcionó la ocasión.

La causa verdadera no fue ésta. Porque la perdiz no tenía nada que ver con la desaparición del conejo.

Peso esa causa sólo la sabían, toda, él, y parte, su mujer.

La correspondiente a su mujer, eran acontecimientos acaecidos por motivos de cacerías después de estar casados. Entre Jaime e Isabel no había secreto ninguno después del matrimonio.

La otra, que él se reservaba para sí, fueron desagradables recuerdos de sus años mozos, cuando corrió serios peligros de quedar estropeado él mismo, humana y espiritualmente, por otra “mixomatosis”. Sus hijos, ahora pequeños, también crecerían, como él creció. Entre aquellas personas de la “buena sociedad” hubo quien le tomó a él por conejo, y, por poco, se vio cazado... Cada vez que lo pensaba, se ponía de mal humor:

- Si la puta de Raquel, lesbiana y morfinómana, que, en efluvios sexuales, dejaba acobardados y tamaños mis diecisiete años, mozos aún, me llega a atrapar, ¿en dónde hubiera tenido yo toda esta felicidad de mi Isabel y de mis niños?... Esto se lo había callado siempre a Isabel para no hacerla sufrir.

Además: Que ahora ya, hombre mayor y serio, no podía ver aquello de que sus colonos anduvieran cargados con el peso y arreos de comodones señores; o levantando piezas cinegéticas, para que los ricos se divirtieran; o tiritando de frío, aguantando, domésticos, los caprichos y órdenes de los de los puestos. Desde ahora, los conejos y las perdices eran de él y de sus trabajadores, que también eran hijos de Dios. Si ellos trabajaban la tierra,

tenían derecho a disfrutar también de los que se criaba en ella. Isabel, la noche que le comunicó esta humanitaria decisión, le tuvo abrazado largo rato, besándolo mucho en silencio.

Pero el “no-va-más” definitivo fue el día aquel, siguiente al de uno de los saraos, que coronó la cacería.

Balbina, la hija de Coldo, el mulero, que ejercía su oficio de sirvienta en la casa de la hacienda, llamó:

- ¿Da usted su permiso, Don Jaime?
- ¡Adelanta, Balbina!

Venía sobresaltada, nerviosa, entrelazando los dedos de una mano con los de la otra, y apretándolos, y mirando al suelo, sin pestañear y de lado, como avergonzada.

- ¡Ay, señorito! ¡Qué horror!
- ¿Qué pasa, Balbina?
- Que ayer... ¡Sí; lo tengo que decir!... ¡Lo tiene usted que saber!...

Jaime se había puesto de pie, asustado, adelantándose como para socorrer a la chica.

- Que ayer... antes de venir ustedes de la cacería,... cuando yo hacía la limpieza de la casa... al entrar en la habitación de los niños... ¡en la cama de los niños!... –Aquí se le saltaron a Balbina las lágrimas... aquella chica rubia...
- ¿La holandesa?
- No sé; yo no conozco a los señores que vienen... - ... y aquel señor bajito y gordo, de la cazadora verde a cuadros...

Jaime pensó: -“ ¡Juan! ¡Valiente cochino!” - Y más que preguntar, gritó:

- ¿Qué hacían?
- Ay, por Dios, señorito: no me lo haga usted decir, que me da mucha vergüenza! ¡Yo me marché corriendo, para no ver!...
- Bien, Balbina: Vete. Gracias.

Cerró Balbina la puerta. Jaime soltó un taco. Satanás fue quien recibió la andanada coprónica. Pero, en realidad, su deseo hubiera sido embadurnar con ella, en aquellos momentos, al secretario y a la holandesa, que de tal modo habían profanado su hospitalidad.

Después, lleno de rabia, se habló a sí mismo:

- “¡Basta! ¡Se acabó! ¡Mi casa, para divertirse, sí, pero no para prostíbulo!”

Cuando se lo contó a Isabel, ésta sintió una pena muy honda por la mujer de Juan.

Desde aquel día sólo le acompañaba algunas veces en la caza, como persona extraña a la hacienda, Nacho, el médico. Eran los dos grandes amigos, desde que estudiaron juntos, internos en el colegio. Además: solía aprovechar estos días para los servicios sanitarios de los obreros de “El Palomar”.

Por aquella temporada, Jaime tenía arraigada en el alma una crisis profunda, que no lograba echar fuera. Y aquella mañana no era una excepción.

En el coche le hacía ir ensimismado, con la mirada clavada en el trozo de la carretera, que angulaba el parabrisas. Sin fijarse en las casas ni en los campos. ¡Los campos que, hasta entonces, habían sido siempre la pasión de su observación; que podía decir, al pasar, los milímetros que cada día crecía el trigo!...

Los intersticios entre los infinitos toques de atención que iba dando el coche al manejarlo, los iba rellenando con su obsesión:

“... Esto no es vivir... cinco hijos... no que no quiera más... pero ahora... Isabel preocupada... ¿Qué demonios... cura? Yo, católico... Ellos no entienden de esto... Se acuesta... yo dormido... sufre”

Pidió paso a un camión. Éste le dio luz verde. Encendió, automático, el intermitente, y siguió raudo, hundido en sus pensamientos:

“... anovial desaparecido, mesilla de noche... ¿Por qué antes... Aquellos curas... anovulatorios?...

Cinco hijos... momento... bien... Isabel... ¡pobrecilla!... me quiere...la quiero... Sensualismo, no... ¡es amor! Necesario matrimonio... Eso, cuestión personal... ¡No entienden!... Moral matrimonial, nosotros... Ellos... Peligro ninguno de salud... Si no... Isabel ante todo... No voy... como éste...”

Pasaba en aquel momento a la vera de “El Cagigal”, la finca del secretario. No miró a la derecha; pero aquellos trescientos metros de lindero podían siempre con sus pensamientos. “¡Cabrón!”, pensó.

Y hubo que desembragar, para engranar segunda. Estaba enhebrando las primeras curvas de la cuesta “La Princesa”. Entonces, a pesar de conocerlos al dedillo, se requería atención y pulso.

Subida la cuesta, allá lejos se divisaba, acercándose cada vez más, “El Palomar”. Y los pensamientos de Jaime se tornaron a él:

(“... Mujer de Coldo... enferma... ¿cáncer matriz?... siete hijos”)

Él ya tenía a Balbina y a Paco colocados. Junto con el padre, estaba dando a aquella casa tres sueldos. Otros muchos cabezas de familia estaban

fijos en su finca y, en tiempos de cosechas, ayudaba a bastantes eventuales. Seguía punzándole la mente:

“... ¡No voy... comer a todos!... Los pobres... no hacen más que tener hijos... no... mantener yo... ya, sueldo... escuela... y contrato colectivo... obreros... yo... ya, único región... Buen trigo... si tormentas...”

Definitivamente, para Jaime, había cambiado todo de color. Estaba malhumorado. Todo lo veía con gafas ahumadas. ¡Y tan feliz que había sido hasta entonces!...

En “El Palomar, como siempre, supervisó trabajos. Dio órdenes.

Antes no mandaba así. Los obreros, acostumbrados a verlo y a oírlo hablar casi como un igual, se quedaban cortados.

- ¡Fíjate, pasmado! ¿Quieres meter el tractor hasta la cocina, o qué?...

Paco, el veterano tractorista, se asustó y frenó de repente. Tan fuerte que el tractor patinó.

Por la noche, al contarle el percance a su mujer Valeriana, ésta, arsenal de todos los dimes y diretes de “El Palomar”, decía:

- ¡Algo le pasa al amo! ¡Lo dicen todos!

- ¡Pues no será porque no le vaya la finca mejor que ninguna del contorno!

Coldo vino a exponer las faenas programadas para aquel día:

- Cuatro yuntas de mulas las he enviado a roturar al “Costanilla”.

Aquello está malo. El tractor no entra allí.

- ¿Y tardarán un mes?... ¡Quiero que esté acabado aquello mañana mismo!

- Como usted diga, patrón. – Coldo respondió intimidado.

- ¿Qué tal sigue tu mujer?

- Muy mal, patrón... Eso me da muy mala espina... Vamos a tener que llevarla al hospital...

- ¡El hospital! ¿Pero no te mando yo acaso el médico aquí?...

- Tiene usted razón, patrón. Pero, ya sabe usted, las casas de los pobres... Con tantas bocas...

- ¡Los pobres, los pobres!... ¡Y no hacéis más que fabricar hijos!...

Aquel no era Don Jaime... Estaba desconocido... Aunque de estas psicologías no entendían los colonos, él sentía que las frases las machacaba, más que contra ellos, contra sí mismo. Como para atormentar con un sadismo mudo su obsesión... Pero sus obreros no comprendían. Por eso Coldo, humilde sí, pero con todo el aplomo que le daba su dignidad, salió en defensa de ella:

- ¿Y qué quiere usted, patrón? ¡Si es el único placer que nos queda a los pobres!...

Jaime peraltó la frente; se mordió el labio... - ¿se hizo sangre?... – Su dignidad de caballero dio un toque potente en su cerebro y, recobrando súbitamente súbitamente su innata amabilidad:

- ¡Bien, Coldo! Si hay que llevar al hospital a tu mujer, avísamelo. No le ha de faltar nada de cuanto quieras. ¡Te lo juro!

Jaime se encercó solo.

¡Qué verdad!

¡Que vengan a oír a mi mulero los que de los antros de la inmoralidad de Holiwood, para abandonar, como si fueran piltrafas, lo que no fabricó el amor!

“ ¡Es el único placer que nos queda a los pobres! “. Sentía que le daba tortazos la frase.

¡Venid vosotros, los abortadotes criminales! ¡Que vengan los que hoy se acuestan con una, y, a la noche siguiente, con otra, abrasada ya toda su dignidad humana en la hoguera destructora del mito del sexo!

¡Oíd a mi mulero! ¡El amor, con siete hijos... y una mujer - ¿con cáncer? -, está por encima de la misma muerte!

¡Estos pobres degustan, en la intimidad del verdadero placer, la miel inefable del verdadero amor!...

### **ENVÍO:**

**SANTÍSIMO PADRE: LA “HUMANAE VITAE”  
ES PATRA NOSOTROS: LOS EGOÍSTAS. PARA  
AQUELLOS A LOS QUE EL MUNDO NOS HA  
ENVENENADO DE MATERIALISMO. PARA  
LOS QUE HEMOS APAGADO LA LLAMA DEL  
ESPÍRITU, ECHÁNDOLE ENCIMA MONTONES  
DE CARNE.**

**MI MULERO, Y LOS QUE SON COMO ÉL, NO  
SE ENTERARÁN DE ELLA. ¡NO LA  
NECESITAN! TIENEN UN CORAZÓN PURO, Y  
POR ESO SON BIENAVENTURADOS EN MEDIO  
DE LA POBREZA Y DEL DOLOR.**

Isabel lloró aquella noche cuando Jaime, derrotado, buscó refugio en su corazón.

- Jaime: Me lo decía Don Manuel: La castidad es una virtud cristiana, también para los casados... El amor es ése más allá de las fronteras de la carne, y que sentimos los dos, aunque no estemos juntos...



Jaime la abrazada y besaba, extasiado por aquella melodía extraterrena, que, con los labios pegados a su oído, suavemente le metía por él su dulzura hasta el alma.

- Nuestro matrimonio, Jaime. No es más que el principio de nuestra eternidad feliz...

---oo—000—oo---

La casa de Don Juan, el secretario, era una de las mejor puestas del pueblo. No sólo porque el munícipe, vitalicio ya de aquel ayuntamiento, - lo había ganado en buena lid - tenía bienes de fortuna, que acrecentó con la dote aportada a su matrimonio por Doña Paquita, sino porque la secretaría de la villa era una pingüe fuente de ingresos. Las aguas que por ste cauce los arrastraban hasta el fondo de su cuenta corriente, aunque turbias bastantes veces, eran abundantes. Por no verse claramente el fondo de su cauce fue por lo que un día, un paisano, en la taberna, amoscado por una cuenta municipal de trescientas pesetas, les catequizaba a un grupo de amigos, sobre lo que él llamaba “las cuentas del secretario”:

- Cuatro y dos, diez: doce pa l'alcalde y quince pa mí.

Juan y Paquita se daban buena vida.

Él, pequeño, grueso, sonrosado. Ella, puesta en el plato contrario de una balanza con él, no la hubiera dejado ni tanto así, inclinarse a favor de su marido. Y si sus líneas no se parecían en nada a las de los cánones clásicos

de la belleza femenina, porque todo en su interior, por lo que se adivinaba, eran fofas curvas turgentes, las vestía, sin embargo, con más variedad que ninguna otra mujer del pueblo. Para esto Juan no escatimaba. Que poder ser el primero en ostentación en una villa, valía más que ser segundo en Roma. Y de ahí que cuando ella, zalamera, deshacía las mieles de sus mañas de gata mimada, volcándose sobre la ancha cubeta de su consorte, éste le respondía siempre con la misma música. Sus labios gruesos temblaban en un ictus rápido; chispeaban sus ojos azules:

- El dinero, chatita, hay que saberlo ganar y hay que saberlo gastar.

El día en que su hija María Teresa cumplió once años, hacía, exactamente, once años, cinco meses y veintitrés días que Juan y Paquita se habían casado. Fue por lo que Doña Micaela comentaba, viperinamente, en el grupo de sus veteranas amigas de cotilleo el día del nacimiento de la niña:

- ¡Las hay que se dan prisa!...

- ¡Veremos a ver después si no se les atasca em coche!, había contestado Doña Carmen.

Marité era una niña mimada y consentida.

Como todas las niñas bien de la villa, iba al colegio de las monjas. Aquellas benditas Hermanas, por cuyas aulas habían pasado ya, en otros tiempos, las Doña Genoveva y más generaciones anteriores. En el colegio y fuera de él, era caprichosa. Y no por mal fondo, sino porque, en su casa, su tierna y dúctil materia de niña no encontraba el molde que fuera perfeccionando mujer.

Y que en su fondo había brotes sanos lo demostraba, precisamente, en los arrebatos de sus caprichos. Ya unos años atrás, sintiéndose tan sola cuando dejaba las amigas del colegio, un día se puso insoportable en la mesa:

- ¡Mamá! ¿Por qué no me compras un hermanito?...

- ¡Están muy caros! ¡Anda, come, hija, que te pego!

- Pues Isabelita tiene dos hermanitos y una hermanita y juega con ellos en casa.

El Secretario acudió protector a su hija:

- ¡Pero tú tienes muchas muñecas! ¡Más que ninguna niña del pueblo!

- Sí; pero las muñecas no hablan!...

Ahora, ya, frizando en los doce, la mujer quería comenzar a posesionarse de su figura y de sus conocimientos.

Juanita, la hija del teniente de la guardia civil, que tenía trece años, llevó un día al colegio un libro gordo, metido en el cabás y bien envuelto en un periódico. Se lo había sacado de la mesilla de noche a sus papás. A la salida del colegio, llevó sigilosamente consigo a otras cinco o seis niñas allá afuera, detrás de la tapia, en donde no veía nadie, porque tapaba por delante el alibustre frondoso del jardín de Don Ezequiel. Las niñas se arracimaron. Juntaron sus cabecitas, pegadas unas a otras, en círculo. Juanita, antes levantó la cabeza; miró adelante, a los lados y atrás. ¡No venía nadie! Desenvolvió el papel de periódico... En el silencio de la respiración contenida de las niñas sonaron los clac-clac del papel: era – ellas pobrecitas no la percibieron – la carcajada de Luzbel. Con el mismo sonido sardónico que cuando Eva hincó el diente a la manzana... El libro tenía un título con unas letronas gordas: VIDA SEXUAL SANA. Marité no entendió. Juanita abrió unas páginas que tenía señaladas con papeles de caramelo:

- ¡Este es el niño en la barriga de la mujer!...

Pasó febril otra y otra hoja.

Los ojos de las niñas, abiertos, grandes, sin pestañear:

- ¡Y esto es con lo que los hombres se lo hacen!...

Juanita, con la urgencia del temor a posible aparición de alguna persona, fue exponiendo a las amiguitas, en el mismo estilo y sobre las mismas ilustraciones, sus precoces conocimientos sexuales.

Se oyó un ruido lejano. Se marcharon corriendo todas.

Marité, como asustada, también corrió. Pero no se dio cuenta de que en aquel corrillo de amiguitas, ella fue una piedra del brocal de un pozo. En aquel pozo se le cayó la inocencia aquel día y se ahogó. Si hubiera mirado antes, tal vez hubiera visto en su fondo, que se estaba reflejando en sus aguas la figura horrible de Satanás.

Y como el secreto es cosa de mayores y no de niños, al día siguiente, las mesas de la clase eran un hervidero de cuchicheos. Se enteró la monja. Juanita fue expulsada del colegio.

Aquella tarde, no sólo Don Baudilio, sino también Don Manuel fueron llamados por la directora. Y los dos estuvieron un buen rato oyendo confesiones de colegialas.

Marité estaba arrodillada ante la rejilla del confesonario de Don Manuel. Temblaba. Pero decía la verdad, bajito, muy bajito:

- Me acuso de haber pensado mal de mi mamá.

- ¿Y por qué, hija? Todas las mamás son buenas. La tuya también es buena.

- ¡No! He pensado... que mi mamá es una marrana...

- ¡No, niña! Mira...: Los sucios son los que hacen cosas prohibidas por la ley de Dios...

- La monja siempre nos ha dicho que los niños que hacen esas cosas, hacen marranerías. Si mi mamá hace eso con mi papá...

Don Manuel pensaba, mientras desde el otro lado de la rejilla le llegaba el aliento suave y la declaración de la niña:

“... Niños... tremendamente claros.... ¿Cómo... comprender?... ¡Difícil!...”

Y añadió luego, cortando el discurso y la lógica de la infantil penitente:

- ¡No, hija! Eso es pecado en los que no están casados. En los casados eso no es pecado, porque para que eso no fuera pecado, hizo Dios el matrimonio. Pregúntaselo a tu mamá, ya verás cómo ella te lo explica muy bien.

Pero Marité, no se lo preguntó. ¡Qué se lo iba a preguntar! ¡Cualquiera hablaba de aquellas “cosas feas” con mamá! También, el Señor Cura tenía unas salidas...

Cuando Don Manuel volvió a casa, cerró de un portazo la puerta de la casa rectoral.

Se sentó en el sillón de la mesa del despacho. Apoyado el codo en ella, se arrascó primero tres o cuatro veces detrás de la oreja. Después cogió la cabeza con ambas manos. Parecía que pensaba. Por eso la sostenía así, acodado.

Y en la balumba de sus muchas preocupaciones pastorales, se abría paso, ambulando a los lados a todas las demás, aquella que, mientras medía a grandes zancadas el camino del colegio a su casa, había venido golpeando sus sienas:

- ¡Los niños! ¡Qué problema!...

Pero Don Manuel se rebelaba:

- ¡Qué caray! No somos nosotros los llamados a instruirlos en estas cosas. ¡Son sus padres!

Luego sentía en el pecho como golpes de su puño, que le hacían crujir el esternón. Y reconocía humildemente, que las orientaciones adecuadas a los mayores, para que éstos supieran cumplir sus deberes totales de padres, habían brillado por su ausencia en la pastoral profética de los curas.

- Porque, ¡Vamos a ver!... – Y eso se lo preguntaba a sí mismo en alta voz: ¿En todo lo referente a la moral sexual, no ha habido siempre en nosotros una inhibición farisaica o una parenética deformante?...

Y de repente, ante su mente se abrió un abanico: Toda la actuación de su vida anterior de sacerdote. En ella pululaban, como indefinidas sombras, curas, frailes, monjas, beatas de rosario y comunión diaria... Gentes cristianas que, de bailes, cines, portales oscuros, playas rutilantes y lechos matrimoniales se abalanzaban sobre confesonarios... Todos con el mismo tema. ¡Era una obsesión universal! Se diría que una cosa tan grande como son el hombre y la mujer, creados con tanto mimo por Dios para cosas tan excelsas como son el amarse, y hacer el bien y felices a los demás, y vivir la plenitud de los misterios del cristianismo, se hubieran visto cogidos por las dos manazas enormes, feas, leprosas de un complejo brutal. Esas manazas se habían apretado y ¡plaf!: Habían minimizado al hombre, dejándole convertido en ridículo pigmeo. Y todos los horizontes de sus miras terrestres, han quedado reducidos a las fronteras estrechas de una geografía pubiana.

Y por eso, toda la inmoralidad de la juventud. Y por eso el desenfoque de la moral matrimonial. Y por eso tenía que venir ahora la “*Humanae Vitae*” a recordarles a los mortales embrutecidos, lo que hay de eterno en el amor.

Don Manuel ardía. Pero seguía echando más leña al fuego de sus recuerdos y las llamas de éste se levantaban en su mente cada vez más altas, crepitantes y arrolladoras.

Aquella misión, que preparó hacía varios años, con tanto trabajo y gastando tanto dinero...

Y delante de él tenía a aquel hijo de San Vicente de Paúl, pontificando, en el púlpito. La iglesia abarrotada de hombres casados en las charlas nocturnas... ¡Y qué vozarrón tenía el tío! ¡Si lo hubiera empleado en decir las cosas claras y en formar!...

Don Manuel, en el fondo de la iglesia, detrás de sus hombres le escuchaba. Hablaba –no; gritaba- de la Moral Matrimonial!:

- “¡No me puedo contener!, decía: ¡No me puedo contener! ¡Pues yo soy hombre como vosotros y me contengo!”

- “¡Salvaje! ¡Que tuvieras la mujer a la media vuelta, a ver sí”... - Don Manuel le hubiera abofeteado.

Y no supo cómo acabó sus barbaridades, porque, después, cuando quiso dulcificar el tono, como metiéndose entre gasas de dietario, dijo:

- “... porque, para convertir en lícito ese acto, de suyo grosero, del uso del matrimonio...”

No aguantó más. Don Manuel abrió la puerta de la iglesia. Si no dio un portazo, Dios fue testigo de que fue porque se había acostumbrado a dominarse mucho, en una ascesis de la cual, Él, desde arriba, sabría su mérito. Pero por la calle iba gritando en su interior:

- ¡No, Padre misionero, no! ¡Que ni usted ni yo hemos sido engendrados en ningún acto grosero! ¡El que dispuso la Sabiduría de Dios para perpetuar en el mundo la obra más grande de la Creación!...

Al llegar aquí, Don Manuel alargó el brazo. Apretó, autómatamente, con un golpe seco, el botón del interruptor del flexo, y se quedó a oscuras en la habitación. Como si quisiera ver aquella figura negra ululante.

Se serenó un tanto. Recuerdos más gratos horizontalizaron las arrugas de su frente.

Años más tarde quiso servirse de otro tiempo impacto de “Tiempo fuerte” de pastoral parroquial. Trajo otra misión. Por consejo de unos sacerdotes compañeros, trajo unos misioneros, que tenían fama de estar más al día sus métodos.

No podía negarse que eran hombres bien equipados. Sobre todo que habían estudiado en Roma.

Reunieron a los matrimonios. Y más especialmente, en asambleas reducidas de éstos, a los más preparados de la parroquia, les dieron una orientación conciliar muy positiva sobre el amor y la “Paternidad responsable”. Demostrando unos conocimientos ginecológicos en un sacerdote, que ni él soñó en sus años de estudios mayores ni más tarde.

Quedó todo bastante claro: “La Paternidad responsable sois vosotros, los esposos, de común acuerdo, delante de Dios y en recta conciencia, los que tenéis que ejercitarla. Si para ello, aparte de la continencia periódica, fuera conveniente, incluso el uso de anovulatorios o inhibidores, que no sean destructores ni abortivos, podéis con toda tranquilidad usarlos”.

Estas permisiones de la moral matrimonial intentaban restañar la cantidad enorme de heridas, que por el exterior del organismo de la Humanidad echaban ya la sangre cancerosa que corría bajo sus venas. Los abortos, legalizados en muchas naciones hasta el punto de que las estadísticas daban en ellas más crímenes de inocentes que nacimientos. Otros medios mecánicos que viciaban los cauces naturales del amor. Estos últimos constituían ingresos a escalas de millones para industrias sin conciencia. Claro que los anovulatorios estaban enriqueciendo a los farmacólogos aún más; pero no se les podía rebajar, ciertamente, a esa categoría del bajo cero de los anteriores y eran solución a estados de conflicto entre las exigencias de la paternidad responsable y el amor.

- “Pero”...

Y aquí Don Manuel recordaba la erudición de que había hecho alarde el pastoralista aquel. Le sonaban, lejanas, allá dentro de la mente, tan confusas que si hubiera querido ahora pronunciadas seguro que no le salían, las palabras con que había marcado los riesgos de los esteroides anovulatorios: cefaleas y alteraciones del psiquismo. Y como consecuencia de experimentales determinaciones hematológicas, glucemia y colesterina.



Aún pronunció otras palabras, como función hepática, transaminasas y fosfatasas...

Don Manuel se había revuelto en la silla. Pensó para sus adentros:

“- ¡Si no te entiendo yo, te van a entender mis feligreses”... ¿No te sería más fácil decirles sin consultar al médico? Claro que, algunos médicos del pueblo...”

Le pareció un tanto atrevida la última afirmación doctrinal. Pero puestos en aquella línea “conciliar”: “ ... Y si después de haber tenido varios hijos, o por otras causas razonables, esta responsabilidad consciente en vuestra paternidad os dice que no debéis tener más hijos, o espaciarlos, mas por fragilidad humana tenéis alguna caída “onanística”, no os acomplejéis; por ello no quedáis apartados de la amistad de Dios”.

Y el Padre había acabado así:

- “Esta es hoy doctrina, si no corriente en el vulgo ignorante, sí entre los más significados moralistas católicos y de otras confesiones cristianas. Y mientras el Papa no diga otra cosa, se puede seguir”.

¡Aquello sí era apertura conciliar!

Lo comentaban un día en el café – Don Manuel también iba al café – con él, un grupo de hombres. Jaime estaba entre ellos y había dicho con gracejo:

- ¡Ya era hora, Don Manuel, de que los curas nos hicieran fácil ser católicos!

Don Manuel se había quedado con el cigarro en la mano, y, mirándole:

- ¡Jaime!, dijo: ¡Pero eso no quiere decir que se puede hacer ya astillas la Cruz para arrumbarla! ¡Ahí está todavía en el Evangelio bien entera! ¡El que no cargue con ella!...

Otro arguyó:

- ¡Sí; pero los duelos con pan, son menos!

Juan, el secretario, que jugaba en la mesa de al lado al dominó, escuchaba y no decía nada. Esbozó una sonrisilla de conejo, mientras colocaba el uno-blanca. Pensó en Marité, su hija. Y si aquellos feligreses de Don Manuel le hubiera abierto durante la conversación la mollera, hubieran descubierto dentro estas pepitas podridas: “¡Qué payasos! ¡Que cada cual se las arregle como le dé la gana!”.

“Mientras el Papa no diga otra cosa...”

Don Manuel encendió de nuevo la luz.

Por casualidad, en este último momento, en la oscuridad, había puesto la mano en un folleto que tenía en la mesa. Al levantarla, se le metieron hasta el cogote las letras del título: “HUMANAE VITAE”. La Regulación de la natalidad”.

¡Pero ahora el Papa había hablado!

De un plumazo había tachado aquello que, por lo visto, habían afirmado los teólogos progresistas.

Si hasta a él se le había facilitado enormemente la labor pastoral... Sin embargo, había que dar marcha atrás... ¿Marcha atrás o detenerse?... ¡Y esto lo tenía que hacer él; precisamente él, que no lo había descompuesto!...

- ¡Que vengan ahora ellos a componerme de nuevo la parroquia!...

Cansado, se fue a acostar.

¡Vaya con las niñas aquellas! ¡Qué revolución habían armado en sus recuerdos!...

¡Las niñas!

Marité, a aquellas mismas horas de la noche, en su casa, ya estaba acostada. Pero no dormía.

Por vez primera en su vida se había dado cuenta de que, en el dormitorio contiguo al suyo, dormían su papá y su mamá. La figura del libro gordo de Juanita le daba vueltas en la cabeza. Oyó que al otro lado del tabique su papá y su mamá se acostaban. Contuvo la respiración y, en la oscuridad de su cuarto, se hizo la dormida. Pero, con la oreja pegada, escuchaba...

Oyó a su mamá:

- ¡Ten cuidado, no me vayas a fastidiar!...

Luego se callaron.

Marité no podía contener la curiosidad que le bullía dentro. Se levantó despacio, muy despacio, y, descalza, de puntillas, para no hacer ruido, comenzó a avanzar tanteando la oscuridad... Abrió lentísimamente la puerta de su dormitorio... Sacando un poco la cabeza, miró de reojo al lado. La habitación de sus papás tenía todavía luz; se filtraba en el corredor por debajo de la puerta y por el ojo de la cerradura. Y anduvo del mismo modo. Se detuvo delante de la puerta del dormitorio de sus padres y, aguantando más la respiración, fue bajando lentamente la cabeza. Guiñó el ojo izquierdo y fue colocando el derecho, buscando la dirección de la luz, en el ojo de la cerradura. Miró

¡¡Qué horror!!

La sangre se le paralizó en las venas. Sintió frío de repente. Hubiera dado un grito, pero se le abrió la boca y se le quedó en la garganta...! ¡Lo vio todo en un instante” Las ropas de la cama, revueltas... Una figura desnuda, supina..., con los brazos abiertos, muelles y cabeza de lado... ¿Y aquella era su mamá?... Su papá se incorporaba y, poniéndose en pie, de espaldas a la cama, junto a la mesilla de noche, también desnudo... Ella no

sabía lo que era Onán, pero toda la fuerza de la maldición bíblica la hubiera estrellado en aquel momento contra el progenitor de sus días.

Volvió rápidamente, asustada, sin respirar, en el mismo sigilo y se acostó sin hacer ruido. Se tapó la cabeza con la sábana

El corazón le latía con violencia. Se le saltaba. Así esto... ¿cuánto tiempo?...

- ¡Para que luego diga el Señor Cura!...

¿Y era así cómo la habían hecho a ella? ¡Ya no quería un hermanito! ¡Sólo quería morirse!

Después sintió que por el vientre y por el estómago una cosa horrible le revolvía todo su interior. Era asco, que le subía y se le agarrotaba en la garganta. Se contuvo varias veces apretando los labios, pero, ya no pudo más y lo tuvo que echar fuera. Alargó la mano por debajo de la cama, sacó el orinal y devolvió.

Sintió luego algún alivio. Pero la pobre Marité, no aguantó más: empezó a llorar silenciosamente, con desesperación. Lloró y lloró y, hacia la mañana, debió quedarse dormida.

Cuando a la hora cotidiana de levantarse la despertó la voz de su mamá, se llevó un susto tremendo. Se lavó y se arregló.

Al sentarse a desayunar, las ojeras lilas aumentaban la tristeza de su blanca carita. Doña Paquita lo notó:

- ¡Niña: tú has llorado! ¿Qué te pasa?

- ¡Nada!

En este momento entraba la muchacha:

- Señora: La niña ha devuelto esta noche!

- ¡Tú está mala! – Le puso la mano en la sobre la frente - : ¡Hoy no vas al colegio!

- ¡Que no tengo nada, mamá; no seas pesada! ¡Ya me pasó!

¡Que no fuera al colegio! Si ella lo que más estaba deseando era escapar, huir de aquella casa. Y ante la reiterada decisión de su madre, de

que no fuera el colegio, se puso a llorar clamorosamente. Aún le habían quedado unas pocas lágrimas aquella noche...

Doña Paquita, complacida, la dejó marchar.

- ¡Pero, si te sientes mal, vuelve enseguida para casa!

Desde aquel día, Marité comenzó en la vida su calvario interior. En casa sentía asco de todo. Sobre todo, como tocara algo su papá, no digamos si era de comer, ella, procurando que no lo notaran, no lo cogía después con la mano. Y a cada instante estaba abriendo los grifos de los diversos lavabos de la casa y lavándose las manos.

En la mesa, a la hora de la comida, Isabelita contaba a sus papás, entre bocado y bocado, el jaleo que se había armado en el colegio. Cómo la Hermana las había reunido a todas en la capilla. Les fue haciendo repetir con ella una oración bien larga, a la Virgen. A Juanita la habían echado del colegio.

- Dijo la monja que era un libro muy malo y con pinturas muy feas.

- ¡Más fea es ella! – Esto lo dijo Enrique, con los labios untados de aceite y moviendo un gran mendrugo de pan dentro del carrillo derecho.

- ¡Quique: eso no se dice, hijo!

Doña Isabel, al decir esto, le estaba partiendo en trocitos en el plato, a Conchita, un filete de ternera.

Don Jaime comía y miraba a los niños, acercándoles, a veces, el pan a los platos, cuando el azogue que los agitaba los empujaba lejos de ellos. Pero pensaba...

Al marcharse éstos por la tarde de nuevo a sus respectivos colegios, los pensamientos anteriores a Jaime se hicieron palabra:

- Isabel: Yo creo que ha llegado la hora de decirle a la niña las cosas claras. Y eso tienes que hacerlo tú.

- Ya le he explicado algo, para que no asuste el día que se sienta mujer.

- Pero esto es aún más importante. Y sin hacerla coger rabia a la del teniente, también hay que encauzar sus amistades.

- ¿Y los niños?

- ¡No te preocupes! De esos pájaros me encargo yo a medida que vayan cantando... Voy a ver a Nacho, a ver si mañana puede ir a la mujer de Coldero.

- ¿Qué tal sigue la pobre Rosa?

- ¡Cada vez peor!

Nacho tenía muchísimo trabajo y quería ir de prisa, por la mañana. Por eso Isabel salió por la tarde a la tienda y a la pescadería. A la mañana siguiente lo tenía todo preparado en una cesta.

- Mira: Llévale a Rosa esta buena merluza. Que se la ponga cocida Balbina. A ver si puede tomar también estos filetes de ternera.

- ¡Le vendrán muy bien! Los pobres enfermos del campo no se pueden dar más lujos que caldos de gallina.

- ¡Ah! Y estos caramelos para los niños. Estarán tristes los pobrecitos. ¡Tanto tiempo su madre enferma!

Jaime le dio un beso a Isabel.

En el trayecto hablaron de caza, de fútbol y de campos.

Nacho, no es que entendiera mucho de éstos últimos. Pero teniendo que tratar con gentes de una comarca eminentemente agrícola, se había ido haciendo a su mentalidad. Era tan campechano y tan lleno, que no tenía inconveniente ninguno en verter parte de sus conocimientos médicos al idioma mental rural, con tal de que aquellos paisanos le entendieran.

Así un día, a Roberto, “El Chepa”, que desde pequeño había pasado la vida arando. Llevaba diez años casado. Su mujer había hecho no sé cuántas novenas a San Antonio y llevaba kilos de cera a Santa Rita. Querían un hijo y Dios no se lo daba.

Al fin, después de tanto tiempo, el Santo Taumaturgo y la Abogada de los Imposibles hicieron el milagro. ¡Les nació un niño! Pero se les criaba enclenque. A los cinco años Nacho dijo que aquello era “leucemia”.

- ¿Y eso, qué demonios es, Don Ignacio?

- Mira...: Eso es algo así como si a tu hijo la sangre se le convirtiera en tierra y tú, para abonarla, la inundases de cal y sal.

- ¡Pero eso no puede producir na, coño!

- Pues exactamente igual le pasa a tu hijo.

Era, -así lo decían todos- buen médico y, como tal, realista en todo. Aunque no era cirujano, había aprendido ya en la universidad, que la palabra definitiva la tiene el bisturí. “Las cosas, para creerlas, hay que verlas”, era uno de sus lemas. Y esta visión, sin cristales de aumentos idealistas o de prismas multicolores, la enfocaba a las mil y una estructuras humanas, no sólo somáticas, sino sociales y, a veces, - ¡ay! – a las espirituales. Esto no quiere decir que no fuera católico practicante a su modo. Pero el supramundo del misterio, si es verdad que no lo negaba, lo marginaba. De allí no le llovían a él los diagnósticos para sus enfermos.

- ¡Jaime: está bueno el campo! ¡Vais a tener buena cosecha!

- ¡Psche!... Y gracias a que los agricultores van entrando por nuevos métodos y la mecanización.

- ¡Ahí, ahí tenéis la solución!

Y Nacho hacía un gesto, moviendo varias veces arriba y abajo la mano, con el puño cerrado y el índice extendido.

- Sin embargo, ya ves: Con todo y con ello, la gente tiene que emigrar a Alemania, a Suiza... Y estos labradores siguen teniendo hijos e hijos... Y a este paso el mundo se irá inflando, inflando y va a explotar.

Nacho soltó la carcajada.

- ¡No seas maltusianista, hombre! ¡Digo! ¡No queda mundo todavía para meter gente!...



- ¡No me negarás que, según las leyes de las progresiones, que estudiamos cuando éramos chicos, Madrid, para el año dos mil tendrá siete millones de habitantes. La población mundial crece a ritmo de doscientos veinticuatro mil habitantes por día. Verdad es que mueren ciento treinta y tres mil... La India y China, al paso que vamos, como no les lancen una bomba atómica y las hagan papilla...

- ¡No te niego yo que no haya de intervenir la razón en un control de natalidad a escala mundial!

Nacho había dicho esto despacio, haciendo con el índice gestos circulares en sentido contrario a las agujas del reloj. Y añadía:

- Pero no es por la vía de la destrucción por donde yo creo que hay que solucionar, hoy por hoy, los problemas demográficos. La solución está en que se creen fuentes de riquezas, se distribuyan éstas y se eduque a los hombres, para que sepan cómo utilizar sus veneros.

Llegaban a “El Palomar”. Jaime no respondió. “¡Este demonio de Nacho! Le importa un comino lo que digan el Papa y los curas y, sin embargo, coincide con ellos”.

Nacho estuvo un rato con Rosa. Escribió recetas.

A la salida llevó a Coldo junto al coche y, delante de Jaime, le dijo:

- Hay que llevar a tu mujer a un especialista. Las complicaciones hepáticas se agudizan. Me inclino a que va a haber que operar. Y cuanto antes, mejor; no sea que después sea tarde. El bisturí es el que ahora tiene la palabra.

Y dándole una palmada de aliento a Coldo en el hombro:

- ¡Coldo! ¡Ánimo, hombre! ¡Hay que ser valientes!

Coldo hizo un gesto de resignación. La mano fina del médico y la dura y callosa del mulero se estrecharon fuertemente.

Por el camino de vuelta Nacho le decía a Jaime:

- Esta mujer ha parido mucho y ahora sufre las consecuencias.

Jaime no había respondido. Un estrechamiento interior en sus pulsos de hombre se alargó hasta el volante del coche. ¡Su Isabel!... Había mujeres, vencidas por la muerte, por alumbrar muchas vidas. Aunque, en definitiva, una, una vez casados, algún día unos y otros tenían que probar el acíbar de la separación. Pero que fuera lo más tarde posible.

---o---000---o---

- ¡Isabelita: tenme un momento al niño mientras yo preparo el agua templada en la tina!

La niña, sentada, tenía a su hermanito en brazos, sobre el regazo. Le comía a besos los carrillos y las naricitas y las manitas. Aquellas manitas de juguete, regordetas, que se movían como juncos en corriente constantemente nerviosos. Y agarraban la boca, el pelo, el chupete. Lo agarraban todo y de todo tiraban y lo soltaban enseguida.

Conchita, metida encima de su hermana también jugaba con aquel muñequito vivo. Le quería acariciar los piecitos, que, al sentir la caricia cosquillosa, perneaban en giros alocados y no se dejaban sujetar.

En las dos hermanas, tan pequeñas aún, a floraba el misterio de maternidad con que el toque de Dios ha ungido a toda mujer al nacer. Las dos, de consuno, adornaban sus besos con “huys” y piropos.

- ¡Mamá: Tiene los piecitos como los del Niño Jesús!

Doña Isabel, colocando ya la tina encima de la mesa, sonrió beatífica la ocurrencia de Conchita. Ésta, cuando los brazos de mamá lo levantaban de los de Isabelita, la abrazó en un arrebato fuerte para darle el último beso:

- ¡Huy! ¡Te quiero más!...

Jaimito protestó...: dio un chillido.

- ¡Déjalo, hija, que le haces daño!

Primero lo fue introduciendo poco a poco en el agua. El niño dio un hipido, sin voz; se quedó como asustado. La mano de mamá, hecha concha, fue vertiendo con cuidado el agua por la cabecita y espaldas. La del Jordán de la concha del Bautista caería así de suave sobre la cabeza de Jesús. Los pocos y finos pelillos se convertían en cortas serpentinas, que acompañaban con temblores el canto del agua. Cuando el cuerpecito sonrosado se hizo a la temperatura, se desbordó en locura de gozo. Empezó a palmotear fuertemente. Quería coger el agua, que se escabullía por entre los deditos. ¡Más y más y más!... Si Murillo hubiese pintado manos a los ángeles de su Inmaculada, lo harían igual con las nubes... - ¿lo hacen con las alas?... – El agua saltaba fuera y salpicaba a mamá, a las niñas, a la mesa y a todo.

Ya lavado, al sacarlo y envolverlo en la toalla, protestó con lloros. Quería estar allí más rato; siempre. Y no se cansó de protestar de ese modo en los brazos de mamá hasta que, vestido, sintió en sus labios la caricia de la bolita del biberón. Entonces comenzó a chupar rápido, con fuerza. Parecía que el glotón se lo quería tomar todo de una vez.

- Mamá: ¿Y por qué unos son niños y otras niñas?

La pregunta de Isabelita, mirando a su hermano, parecía intrascendente, pero era el camino para cogerla de la mano y llevarla por

él al huerto cerrado del misterio. Doña Isabel hizo como que no oía porque ya estaba acostando al niño.

- ¡Conchita: ahora que el niño se duerme, puedes ir a jugar, hija!

Marchó retozando, a saltitos, por el corredor.

-Isabelita: El que unos sean niños y otras niñas, eso sólo Dios lo sabe. Los papás sólo sabemos cuándo queremos que un niño nazca.

- ¿Y cómo sabéis los papás que va a nacer un niño?

- Hija mía: Tú ya eres mayorcita y te lo voy a decir ahora. Pero esto no se lo digas todavía a Conchita. Ella es muy chiquitina y no entiende.

Sentándose, atrajo cariñosamente hacia sí a la niña. Ésta se puso seria al lado de ella. Sintió una confianza grande en su mamá, que le ciñó la cintura con el brazo izquierdo, y escuchó.

Doña Isabel, con delicadez y naturalidad, fue quitando las primeras gasas del misterio. Le explicó que aquello no era ninguna cosa mala. Que había algunos niños y niñas, como las que habían visto aquel libro malo detrás de las tapias del colegio, que no se lo preguntaban a su mamá, y por eso lo hablaban entre ellos; y por no saber qué era, a veces hasta hacía cosas feas. Aquí se detuvo para decirle que, mejor que “feas” había que decir “deshonestas” o “actos impuros” como decía el sexto mandamiento. Le recordó cómo siempre que lavaba al niño había visto que los niños, desnuditos, eran distintos de las niñas.

- Porque a los niños, hija mía, los creó dios para ser papás y a las niñas para ser mamás.

Después le mandó que fuera a la Enciclopedia. La trajo. Doña Isabel ya tenía bien sabida de memoria la página.

En la parte de la Botánica, delante del dibujo de una flor, le fue recordando a Isabelita la “lección de las flores”. La niña se la sabía muy bien; para sobresaliente.

Allí le ensañaba la corola, el saquito de las semillas... Aquel otro polvillo era el polen fecundante. Si éste no penetraba hasta donde estaba la

semilla, no podía ésta semilla convertirse en fruto. El polvillo lo llevaba el viento, las mariposas, las abejas cuando se posan sobre la flor.

Doña Isabel recalcaba en toda su conversación algunas palabras, pronunciándolas más despacio. Aquí había marcado su insinuación en la palabra “posan”.

Una manzana, una pera, una naranja, habían sido una semillita, que había recibido un polvillo casi microscópico de aquellos.

- Las mujeres, Isabelita, somos las flores de los jardines de Dios. Las semillitas nos las ha puesto Dios al nacer dentro de nuestro vientre.

Y más que tocar, acarició con la mano el vientrecito de la niña.

- El polen quiere Dios que sean los hombres quienes lo pongan en las mujeres. Pero para eso tienen que quererse mucho, quererse toda la vida. Por eso se casan los hombres y las mujeres cuando son mayores.

- ¿Y yo también llegaré a ser mamá?

- ¡Sí, hija! ¡Como yo! ¡Y como todas las mamás!... Y José Luis y Quique, si se casan serán papás de otros niños... Como la Virgen María fue la mamá del Niño Jesús. Sólo que a Ella el polen no se lo puso San José – por eso se la llama “La Virgen” – sino el Espíritu Santo. ¿No ves cómo, al rezarle el Ave María le dices: “... y bendito es el fruto de tu “vientre, Jesús?”

- ¡Ay, sí! ¿Y cuanto tiempo tuvo la Virgen al Niño Jesús en su vientre?

- Nueve meses. Todas las mamás tenemos a los niños, antes de sacarlo fuera, nueve meses dentro de nosotras, calentándolos con el fuego de nuestro corazón. Porque son muy chiquitines aún y si lo hiciéramos antes se morirían de frío...

- ¿Entonces tú me tuviste a mí nueve meses?

Isabelita abrió sus ojazos de admiración.

- ¡Sí, hija, sí! Y te sentía cuando eras capullito debajo de mi corazón. Por eso te quiero tanto.

La niña se abrazó de repente a su mamá.

- ¡Qué bonito es todo esto, mami!

Le besaba el vientre y se apretaba a ella, como si quisiera volver a sentir allá dentro el corazón de su madre.

- Mamá: Desde ahora te voy a querer mucho más!

Doña Isabel besó también a Isabelita en la frente. Tuvo que hacer un esfuerzo muy grande para que aquellas lágrimas, que eran cristales gruesos en sus ojos, no se rompieran mejillas abajo.

- Ahora vete a jugar con Conchita.

Y entonces sí, al quedarse sola con su niño dormido en la cuna, comenzó a recoger con su pañuelo vidrios brillantes en su cara. Lloró de emoción, de gozo, de maternidad.

Llegó Jaime. Ella quiso serenarse. No pudo del todo.

Jaime se abalanzó, asustado, a ella. La cogió en sus brazos.

- ¿Pero qué te pasa?

Sonrió con lágrimas, apoyando su cara en el pecho varonil. Y después le explicó toda la razón de su llanto gozoso.

Jaime la besó.

Luego, serenos los dos, para distraerla comenzó a contarle el viaje.

Había llevado a Rosa a la capital. Quedó internada en una clínica. Coldo y Balbina habían quedado en ella. Había que operarla. El cirujano creía que seguramente sería ya tarde, pero... era la única esperanza de vida. El cirujano pidió el consentimiento a Coldo y éste se lo había dado. Ya avisarían el día.

Y a los siete días llegó el aviso.

Jaime recogió a Nacho, que quería asistir a la operación y se marchó a la capital.

Cuando ya estaba sentado en el coche, con el encendido puesto, Isabel se había asomado a la ventanilla y le había dicho en voz muy baja:

- Se me ha roto el termómetro “basal”. A ver si te acuerdas de traeme otro.

- Bien.

Coldo y la chica estaban deshechos los pobres. Jaime les tuvo que infundir ánimo.

A las siete de la tarde empezó la intervención quirúrgica. Nacho les había dicho que, si todo iba bien, acabarían seguramente en tres horas.

Jaime y Coldo, en la sala del recibidor.

Balbina estaba de rodillas, en la capilla, rezando delante de una imagen de la Virgen.

Eran los momentos terribles en que, agarrados al hilillo de la esperanza, había que pasar de un lado al otro: del dolor al de la salud y de la vida.

Rosa en el quirófano, bajo la mirada de los focos, había recibido del rostro de Nacho la última sonrisa de alivio antes de que la anestesia la dejara inconsciente.

¡Qué larga eternidad!

Tres cuartos de hora... La esperanza comenzaba a tremolar su alegría sobre el corazón. ¡Si tardaban, era que operaban!

De pronto...: ¡El hilo se rompió! La enfermera viene rápida de la sala de operaciones.

- ¡De parte del doctor, que venga usted un momento!

- ¿Qué pasa?

- ¡Venga, por favor!

A Coldo le temblaban las piernas. No supo si fue andando cómo. Jaime le agarraba por el brazo.

- Pase, pase adentro un instante.

Al cirujano, embozado, estas palabras le inflaban aquel paño blanco que tenía delante de la boca y de la nariz. A Coldo le daba vueltas en la cabeza todo. A través de los cristales opacos de sus ojos brilló un utensilio ensangrentado, que el cirujano tenía en la mano.

- ¡Lo que nos temíamos! ¡Cáncer! ¡No se puede hacer nada! Mire...

¡Qué iba a mirar el desdichado Coldo! Él no entendía de aquello. Además, tenía los ojos completamente empapados por las lágrimas. Nacho y Jaime le ayudaron a salir.

Fue terrible la noche. Una esposa, una madre viva aún en aquella cama, volviendo a la consciencia, pero ya, rota la esperanza, prácticamente muerta. Había que hacerla creer que la habían operado felizmente. Y éste sí que era otro drama: A aquellos dos corazones, en los que la sangre era negra, había que ponerles el antifaz de sonrisas, para que la enferma no descubriera su luto de muerte.

Balbina consiguió, por unos momentos, con la ayuda de la enfermera, un frasquito lleno de cálculos biliares de otra operada. Se lo enseñó a su madre. Rosa, sin poder hablar, al ver aquellos cálculos verdinegros, unos grandes, enormes, otros arenillas, abrió unos ojos muy grandes. ¡No le iba a doler con todo aquello dentro!.

Al despedirse aquella noche, Nacho le dijo:

-Coldo: Creo que debes ir enterando a los otros hijos.

- No... Ya tendrán, los pobres, tiempo de sufrir después de su muerte.

Movió la cabeza, desarbolado, lenta, tristemente.

Los dos hombres le abrazaron en silencio. Jaime, desde el coche, le dijo:



- De lo del pueblo no te preocupes. Todo lo arreglaré yo en el hospital.

Al volver aquella noche, Nacho le informaba a Jaime. Tuvo que ser una metástasis en el hígado por algún tumor anterior en matriz. Jaime se dio cuenta de que en bolsillo llevaba el termómetro encargado por Isabel...

- Y le quedan muy pocos días. Tiene el hígado completamente invadido.

Efectivamente, La biopsia dio: Metástasis de un adenoma con notable anaplasia celular”.

La villa tenía un hospital, adosado al pueblo. Lo atendían las mismas Hermanas. En realidad, más que hospital, era asilo de ancianos. Ancianos del pueblo y de las aldeas del contorno, que rendían en él vidas, acunada su segunda infancia por aquellos ángeles de la tierra. Aseados, limpios, alimentados sin lujos, pero con amor. La mayor parte, pobres. Algunos, aunque con dinero y cotizando sus pensiones, víctimas de otra pobreza mayor: la pérdida moral de hijos desnaturalizados, que los arrumbaban porque ya no servían en casa. La caridad del nosocomio les dejaba a éstos al descubierto, para apurarlo en los últimos sorbos de la vida, el cariño que en sus hogares no podían libar, por quedar soterrado bajo los pedregales duros del egoísmo.

Los enfermos que en él había eran los eventuales. O en algunos casos urgentes, en los que había que intervenir con precipitación.

Este hospital era propiedad del Ayuntamiento. El secretario había sido siempre su administrador nato. Las Hermanas rendían cuentas fidelísimamente en todas las mensualidades.

Tenía, a parte de sus salas propias, dos habitaciones, destinadas, una a administración y otra, en la que las Hermanas ponían a dormir a huéspedes

de paso y al sacerdote que todos los años venía a predicarle los ejercicios espirituales.

Jaime y Coldo, después de la operación de Rosa, habían examinado posibles soluciones

- Si la llevo a “El Palomar”, patrón, se nos muere antes. Allí no hay facilidades. ¡Si me la admitieran en el hospital!...

A Jaime le pareció estupenda la idea. Tendría así, día y noche, una monja para sueros, para inyecciones, para todo. Pero, qué iba a decir la gente...

- ¡No me importa lo que diga la gente si logro darle a mi mujer un día más de vida y las atenciones que en mi casa pobre no le puedo dar!

Jaime le prometió más. Rosa no iría a la sala general de los pobres. Él conseguiría y pagaría una de aquellas dos habitaciones. Estaría en ella como en una clínica.

Pero las monjas pusieron dificultades. No era cuestión de dinero, aunque “al hospital le vendría muy bien”. Ellas no mandaban allí. Tenía que ser con el permiso del administrador. Si él lo daba podrían traerla, no faltaba más, cuando quisieran.

Jaime tuvo que ir al ayuntamiento a estar con el secretario.

Le repugnaba. Desde el día de marras que motivó la supresión de las cacerías en su finca, la amistad de ambos se hizo glacial. Guardaba, sí, las apariencias exteriores. En una villa como aquella, de tan reducidas estructuras vitales, las personas de posición tenían que encontrarse con relativa frecuencia unas con otras.

Juan, que no era tonto, columbró en su día más que de sobra, que él con la holandesa fue la causa del virus de la célebre “mixomatosis”. Ahora lo tenía delante, en secretaría, pidiéndole un favor. Y era para la madre de aquella que tuvo que ser la que dio el chivatazo...

Levantó delante de Jaime una cuesta tan alta y tan ardua de dificultades, que otro, que no hubiera tenido la tenacidad de Jaime, se hubiera desanimado y hubiera dado marcha atrás.

Jaime las deshacía todas con serenidad. Hasta sacó a colación la “vieja” amistad. Tuvo que humillarse hasta aquel escarabajo. Si hubiera sido por él, hubiera muerto en una pocilga antes que pedirle ni una aspirina. Pero era para la mujer pobre de uno de sus colonos, que se moría por haber tenido siete hijos. La sangre le hervía con todo aquel veneno que le quedaba dentro, ya que al exterior sólo podía sacar en aquellos momentos las fórmulas suaves de quien demanda una limosna.

- ¡Pero a ese Coldo le va a costar su dinero la broma!

En ese momento la figura alta de Jaime se agigantó más ante la de aquel obeso pigmeo. Su tez morena brilló con un relámpago de aquella su mirada honda, que le entró a Juan hasta la médula, quemándole.

- ¡Mis obreros, enfermos, tienen el mismo dinero que yo!

Sacó la cartera y puso sobre la mesa cinco billetes verdes.

- ¡Que las monjas tengan para atenderla! ¡Van a ser muy pocos días!

La mano grande, larga, huesuda de Jaime, despidiéndose, estrechó, por fórmula, aquella mano más pequeña, gorda, blanda del secretario. Por lo que era, si no, más que estrechar por cortesía, hubiera caído sobre él para abofetearlo, para estrellarlo contra el suelo.

Al salir Jaime, iba tan ciego, que a penas vio que en el hall del ayuntamiento estaba una persona esperando para pasar a secretaría. Respondió con un “adiós” a una voz suave que el había dicho:

- Usted lo pase bien.

Aquella suavidad había sido exhalada por los labios de Maruja.

Maruja era una chica del pueblo, hija de humildes labradores. Alta, guapa. Tanto que, si en la villa hubieran hecho un concurso de belleza, difícilmente le hubieran quitado a ella el primer puesto. Por ello, los ojos lascivos del secretario la medían en todas sus proporcionadas dimensiones, con nerviosos parpadeos, siempre que la veían pasar. Ya en alguna ocasión tuvo que pararle los pies; mejor dicho, las manos. Don Manuel, cuando, escrupulosa se lo dijo en confesión, le había dicho que no había hecho pecado ninguno.

Pero ya iba a dejar el estado de posibles concursos y por eso venía. Estaba para casarse con Rogelio, un mocetón con el cual decían todos que formaba “una pareja de escaparate”.

Antes de llamar se detuvo a la puerta. Estaba nerviosa. ¿Se marcharía?... Pero es que urgía. Ella no había querido venir sola. Para ello había ido al garaje, en donde su novio estaba empleado, para que éste la acompañara. Pero él no podía dejar el trabajo a aquellas horas.

- ¿Por qué no vas a ir sola? ¿No sabes hablar?

No pudo decir la causa. Se hubiera muerto de vergüenza. Ahora sí que no tenía excusa; no había más remedio que ir.

Llamó.

- ¡Adelante!

- Buenos días tenga usted, Don Juan.

- ¡Oh, qué preciosidad! ¿Qué de bueno te trae por aquí?

El Secretario de derretía en mieles.

Maruja se despachó rápidamente, escueta. Quería una partida.

- ¡No faltaba más! ¡Ahora mismo!

Maruja estaba en pie, declinando la invitación de sentarse que le había hecho. El Secretario escribía despacio. De vez encuando levantaba los ojos y se pasaba suavemente la lengua por encima del labio inferior, como sacando anticipadamente el regusto al manjar.

- ¡Ya está!

- ¿Cuánto le debo?

- ¡Oh! ¡Qué me vas a deber!

Don Juan se levantó viniéndose hacia ella dando vuelta a la mesa, con el papel en la mano. Al darle el papel:

- ¡Yo soy el que te debo a ti el placer de haberte visto por aquí!  
¡Déjame que te lo pague con un beso!

Y se abrazó a ella con avidez de perro.

Pero aquella perita en dulce no estaba para su diente. Maruja echó rápidamente la cabeza hacia atrás. Dio la vuelta, forcejeando. Aquellos brazos la estrujaban. Sintió en el cuello, junto a la espalda, la baba húmeda de la boca lasciva. Una mano profanaba la intimidad de su escote y le atenazaba un pecho por dentro. Dio un tirón fortísimo, y, revolviéndose, propinó al impúdico secretario un sonoro bofetón.

Y abalanzándose a la puerta, escapó corriendo.

Por la noche, cuando vino a verla Rogelio, la encontró muy alterada. Quiso ella disimular, pero le era imposible. Su novio la atosigaba cada vez más, buscando el manantial de aquella pena honda, que él estaba cada vez más convencido brotaba en el fondo de su alma.

- ¿Estamos para casarnos y me guardas secretos, muñeca?

- ¡Que no tengo nada, Roge ¡Te lo aseguro!

- ¡Pues... no me quieres!

Aquí ella se apretó, enamorada, contra él. Aquello estaba sobre sus fuerzas. Acabó por contárselo todo.

Rogelio se estremeció, como un león en cuya guarida entre de repente un tigre a disputarle la presa. ¡Estaba para casarse, para hacer suya a aquella mujer a la que, por amor, había siempre él respetado como un caballero y ya querían arrebatársela!...

- ¡Ese hijo de puta las va a pagar!

Y, acto seguido, puso, colérico, peor aún a la madre de aquel hijo.

- ¿Ves? ¡Si hubieras ido conmigo!

- ¡Te lo juro que las va a pagar!

La ocasión del cobro no se hizo esperar.

A los pocos días llegó con su cupé al garaje el Secretario. Rogelio se adelantó a servirle antes de que le quitara el lugar cualquier otro empleado. No sabía qué tenía el coche, pero aquello no marchaba bien. Dio algunas explicaciones más.

- Será cosa del carburador. Estará sucio y no hace bien la mezcla. O bujías...

- Arréglamelo pronto, que tengo prisa para marcharme esta misma tarde desde aquí al “Cagigal”.

- Está bien. Venga usted por la tarde.

El secretario marchó. Rogelio comenzó la faena. Revisó. Efectivamente: era lo que él se había figurado..

Pero su faena tuvo una adición diabólica. Pensó: “¿Al Cagigal”?... La curva que da al puente, a la bajada del río, es a la derecha... Entonces a la izquierda...”

Sacó el tambor de la rueda delantera de la izquierda. Le quitó tres de la cuatro tuercas, que guardó cuidadosamente en el bolsillo del mono. La otra la dejó floja... Sonrió con rabia: “Con la velocidad, a la primera revuelta, esto se va a la mierda y el cabrón del secretario también”. Y volvió a colocar cuidadosamente el tapacubos.

- ¿Qué tal va eso?

- ¡Ya está listo, Don Juan!

Éste pagó, montó y, encendiendo, pisó el acelerador, embragando. El cupé, con buena “reprise”, se perdió raudo en la carretera.

A los pocos instantes, ¡¡ BLOOM !!...

El bombazo sonó a traca infernal de triunfo en los oídos de Rogelio y a toque de pavor y de susto en el pueblo entero.

La gente comenzó a correr. Rogelio también. “¿En dónde ha sido?”, preguntaban muchas voces. Rogelio no preguntaba; él lo adivinaba de sobra.

Fue de los primeros en llegar.

El cuadro era de horror. Los hierros del pretil del puente, rotos, colgando hacia el río. Allá en el fondo, en la parte de la orilla opuesta, chapas y hierros retorcidos y en confusión, casi completamente cubiertos por el agua. El coche, al caer en el vacío, había chocado contra la roca y había rebotado, cayendo dentro del agua. En la cuneta, más allá del puente, estaba tumbada una rueda.

Y cuatro hombres, encima de aquel laberinto de chapas rotas y los otros tres hundidos en el agua hasta el pecho, se esforzaban por sacar de entre los hierros y de debajo del agua el cuerpo aprisionado del secretario. El agua en torno a ellos se teñía de sangre.

Rogelio, aprovechando el confusionismo, que se abigarraba cada vez más numeroso y clamoroso, sin ser notado, por la parte contraria al puente hizo que se deslizara la rueda. La arrastró la corriente del agua unos metros. Luego, de dos saltos, se unió al grupo de hombres del rescate. También se hundió en el agua. Antes de nada, metió su mano en el bolsillo y confundió con los otros hierros las tres tuercas. Y colaboró en la extracción del cadáver de su víctima.

Nadie conoció jamás su satánica venganza; sólo su conciencia, que le desgarró el alma toda la vida con remordimiento atroz.

El entierro de una persona significada en una villa es siempre un acontecimiento. Acontecimiento en el que, muchas veces, de los árboles de la hipocresía humana se cortan fácilmente lauros, para entretrejer coronas, que se ofrecen pomposamente sobre ataúdes bajo la imposición de las exigencias sociales. Y los familiares, ocultando detrás del telón negro de su luto, lo más posible, amargas verdades, crecidas como abrojos durante la vida más allá del seto preservador de sus intimidades, tratan de consolarse, envolviéndose con el humo falaz del turíbulo de las grandes mentiras funerarias.

El secretario era persona relevante, no por su estatura humana ni moral, claro está, sino por su cargo en aquella villa, en que todo giraba, como cangilones de una noria de feria, en torno al ayuntamiento. Y el duelo por su trágica muerte fue masivo, a pesar de que a la puerta de su casa una mesita con un tapete negro, con folios de pésame y bandeja de plata para tarjetas, tenía la advertencia: “No se recibe el duelo”. Dentro de su casa, mientras estuvo el cadáver en la capilla ardiente, no se podía dar un paso. Hombres y mujeres entraban y salían apretados, encogiendo los hombros, buscando el hueco para avanzar.

En la capilla ardiente el féretro estaba cerrado. El cuerpo del secretario había quedado horriblemente mutilado y no se podía ver.

Su mujer Doña Pepita, vencida en un sofá, estaba en una de las habitaciones interiores. Los ojos inflamados de agua; la faz, ardiendo encarnada, un chal negro sobre los hombros. El brazo izquierdo caído inerte del apoyo del sofá, sustentando, con un pañuelo mojado por las



lágrimas en la mano, su mejilla derecha sobre el otro brazo, que se angulaba sobre el correspondiente del sofá. Miraba al suelo, borroso, indefinido.

La niña, como poseída por un ataque de nervios, sentada en una silla, en un rincón, era cobijada por los brazos consoladores de Doña Trinidad, su tía.

Doña Paquita había dado orden a la muchacha de que a aquella habitación sólo pasaran personas más significadas: Pésames que, por parentesco o por posición, había que recibir. Entraban solas o en grupos pequeños de vez en cuando.

Dona Micaela ocultó las mordaces críticas de toda su vida bajo unas lágrimas hipócritas:

- ¡Y menos mal que habéis sido prudentes no teniendo más que una hija! ¡Pobrecilla huerfanita!... Los que no tenemos quien nos llore iremos a la tumba con el consuelo de no hacer corazones infelices...

Doña Carmen también lloraba:

- ¡Hombres como tu marido y mi Pepe no deberían morirse nunca!...

Filomena, perversa y sádica, vertía disimuladamente un pomo de veneno en el caudal de su llanto: Para tener que sufrir tan espantosamente, mejor era permanecer toda la vida soltera como ella.

La figura venerable de Doña Genoveva avanzó lenta y volcó el consuelo sincero, que salía de su noble corazón:

- ¡Hija mía: Que Dios te dé su santa resignación para hecer meritorio ante sus ojos este terrible golpe!

Isabel llegó sola y no dijo nada. Tuvo a Paquita un rato abrazada, juntando y sorbiéndose las dos mutuamente las lágrimas. Lo mismo hizo con la niña. Después fue de la pocas personas que estuvo toda la noche en el velatorio, rezando.

Finalizada la misa funeral “de corpore insepulto” y el entierro del secretario, los tres sacerdotes quedaron en la sacristía. El párroco y Don Miguel acompañando con un cigarro su conversación.

Don Baudilio no fumaba. Ni hablaba. Él escuchaba, como siempre. Sentado en un banco, abrochadas ambas manos sobre el abdomen, como si fueran una hebilla que sujetara su voluminosidad.

- ¡La verdad, que hay cosas!...

Esto lo había dicho Don Manuel entre labios, apoyados sus lomos sobre la mesa de los ornamentos, el mismo tiempo que, de lado, escupía una hebra de tabaco. Y luego, ya libre la boca de la importuna:

- ¡No hubiera querido estar yo en la pelleja del infortunado Juan para pasar la aduana de San Pedro!...

El coadjutor joven, que medía la sacristía de lado a lado con grandes zancadas, se revolvió:

- ¿Y quiénes somos nosotros para juzgar de la vida de nadie? ¡Sólo Dios sabe quién es pecador!

Don Baudilio pensó rápido que, de los pecados de algunos, también él sabía algo.

Don Manuel se mordió el labio, su confesión habitual cuando se equivocaba. Esta vez sí que había metido la pata. Pero su amor propio no le dejó renunciar a la parte de la victoria a que creía tener derecho:

- ¿Tú crees que hay derecho a esto en una sociedad que se llama católica?...

Y sacó del bolsillo de la sotana un periódico, desdoblándolo todo cuanto ancho era sobre al mesa. Señalaba con el dedo una esquila mortuoria enorme, que ocupaba media plana. Era la de Juan, el secretario. Y el dedo del párroco, cayendo sobre el papel, picó fuerte el renglón;

“HABIENDO RECIBIDO LOS SANTOS SACRAMENTOS Y LA BENDICIÓN APOSTÓLICA”.

- ¡Son exigencias sociales que no tienen nada que ver! ¡Mucho peor es esto otro!: ¡Éstos sí que no tienen perdón de Dios!

El coadjutor joven agarró una, dos hojas del periódico y las pasó con rabia.

- ¿Se ha fijado usted, Don Manuel, qué cinismo Quizás el secretario, con una hija sola en su matrimonio, le haya pasado a San Pedro por delante de las narices estos papiros de sus sucesores, para defenderse y obtener el visado de entrada en el cielo...

Era la página de información religiosa. Un artículo largo, que ya el párroco también había leído, sobre los criterios de las diversas “Conferencias episcopales” a propósito de la encíclica papal “*Humanae Vitae*”. Declaraciones y adhesiones al Pontífice.

Los obispos italianos, urgiendo las exigencias de la Encíclica, “*no tanto por las razones alegadas cuanto por la luz del Espíritu Santo*”, que los iluminaba a ellos cuando exponían la verdad, recomiendan a sus sacerdotes paciencia y misericordia con los casados que la infrinjan. Les decía a los esposos que no se desanimasen por sus flaquezas, y que no cesasen por ellas de confesar y comulgar. Que cuando sus rechazos a la fecundidad no fueran por motivos egoístas, sino por conciliar las exigencias de la paternidad responsable, con las del amor recíproco, amor humano, sensible y espiritual, “*su comportamiento, aunque no esté conforme a la ley cristiana, no tiene la misma gravedad que si estuviera inspirado únicamente en motivos hedonistas*”.

- ¿Esto no es decir, gritó, mi querido Don Manuel, que el anticoncepcionismo, cuando hay razones, no es pecado mortal?...

Don Manuel corrió a cerrar bien la puerta de la sacristía. No fueran a oír algunas personas, que dentro de la iglesia aún estaban rezando, mientras el coadjutor joven epifoneaba:

- ¡Estos obispos no deben haber leído el Quijote! Con Sancho llamarían al pan, pan y al vino, vino!

Y seguía leyendo y comentando.

El episcopado belga empezaba por este reconocimiento: Al mundo entero la Encíclica había parecido “negativa”: Un claro rechazo de los contraceptivos en la regulación de los nacimientos. Urgía, sin embargo, la aplicación de las normas. Pero pudiera ser que algunos esposos – y Don Miguel leía entonces, despacio y recalando, al pie de la letra - *“se crean sinceramente en la imposibilidad de conformarse a estas prescripciones”*...

- ¡Y mire con lo que acaba!: Si no logran adaptarse, a pesar de sus esfuerzos, a las normas dadas *“que no se crean por ello separados del amor de Dios”*.

- ¡He ahí el gran fallo del mundo al recibir la doctrina del Papa!, apostrofó Don Manuel: ¡El haberse fijado nada más que en las prohibiciones! La doctrina papal es eminentemente “positiva”: Resalta las excelencias del amor humano y la grandeza de la paternidad. ¡Las prohibiciones no son más que exigencias de estas premisas!...

Don Miguel apenas si escuchó, porque estaba buscando con el dedo en el periódico más líneas.

Aireó la opinión de los obispos alemanes: En un asunto tan delicado como la paternidad, los sacerdotes debemos, sí, formar la conciencia de los fieles sobre la doctrina de la Iglesia. Pero ahí, ¡alto! ¡No podemos pasar más adelante! Las decisiones definitivas son los esposos quienes, en conciencia y de manera responsable, tienen que tomarlas.

El artículo era exhaustivo. Más declaraciones de obispos: holandeses, ingleses, de algunas naciones de América y los españoles. Estaba visto que Don Miguel tenía caladas hasta las orejas las antiparras de un “noventaiochismo” exagerado para mirar a la Iglesia de su patria.

- Bueno: éstos últimos esperaron a que hablaran casi todos para Luigi plagiar. ¡No tenemos remedio en España hasta que no cambiemos valientemente las supraestructuras!

Pero en donde Don Miguel recalcó y remachó todo su dinamismo joven fue al extractar al opinión del episcopado francés:

- ¡Éstos son más valientes! ¡Las cosas claras! Mira lo que dicen: La contracepción no puede ser nunca un bien. Es siempre un desorden.

- ¡Evidente!

- ¡Espérese usted!: *“Pero este desorden no es siempre culpable”* sobre todo cuando las esposas son irregulares en sus ritmos naturales menstruales.

Levantó la vista y agregó:

- Lo dramático es este párrafo de este obispo francés. ¡Parece un soldado redivivo de los ejércitos de Napoleón! ¡No tiene desperdicio!

Y aquel joven coadjutor “vanguardista” leyó enfático:

*“Durante la guerra yo he matado a cuatro alemanes que habían matado a mis hombres, porque la guerra es un mal que degrada a los hombres”. “Pero yo no me acusado, porque, matando, yo estaba en conflicto de defensa de mis hombres y de mi patria”. “Yo he matado y eso no era pecado en aquellas circunstancias. Pero matar es mucho más grave que impedir la fecundación del óvulo”.*

Don Manuel no respondió a la parrafada. Aspiró una bocanada de aire. Inflando el carrillo derecho, sopló de lado:

- ¡Bfuuf!...

Su coadjutor estaba embalado y ahora sí que no lo detenía nadie:

- ¡Adhesiones, adhesiones al Papa!... ¿Pero es que por ser obispos no están ya eternamente adheridos a él? ¿Qué parecen estas declaraciones y adhesiones sino un calarse y apretarse bien las mitras para asegurarlas sobre sus cabezas?... ¡Pero se dejan al descubierto la oreja!...

El bueno de Don Baudilio miraba con ojos de susto.

- ... En el fondo de sus declaraciones se descubre... Es el “sí, pero no”.  
Dicen que la libertad de conciencia hay que respetarla.

- ¡No faltaba más! Es un postulado conciliar incontrovertible.

- Y por eso: el que en conciencia crea que puede obrar contra esas decisiones papales, no infalibles ciertamente, puede hacerlo.

- ¡Exacto!

- ¡Avemaría!. – Fue la única palabra que Don Baudilio dijo en toda la conversación, santiguándose, al oír que el párroco afirmaba.

- Pero esa conciencia la contorsionan ellos: Ellos son los que tiene que moldearla. Pues si ellos le dan el molde, ¿en qué forma quieren que salga después?

Don Manuel iba a hablar, pero su coadjutor siguió, sin dejarle:

- ¿Para qué han dicho que son los esposos, y sólo ellos, los responsables de sus actos?

- Pero sometidos a unos principios de moralidad dictados por la ley natural y divina.

- ¿Y es que hay en el matrimonio otra ley natural y divina anterior a la del AMOR? ¡Que cojan el Génesis!

Y Don Miguel emborronó todo cuanto había dicho, con esta barbaridad, que, pronunciada entre dientes, mirando por la ventana, mientras en su retina se reflejaba, al pasar, la imagen de Pepa y sus dos niños, fue de sobra oída por sus dos compañeros de sacerdocio:

- ¡Lo que pasa es que ellos no tienen que criar hijos, ni aguantar lamentos en confesonarios!

Aquello era la chispa para una riña. Don Manuel no quería reñir. Dijo simplemente mirando su reloj:

- ¡Vamos, que es hora!

Don Baudilio no sabía si le daba vueltas la cabeza en torno a todo aquel jaleo, que en la sacristía habían empotrado en ella sus dos compañeros, o si era aquel jaleo lo que giraba, revolviéndole los sesos, dentro de su cabeza. ¡Válgame Dios! ¡Y qué revuelos habían armado en el mundo entero el Concilio y la Encíclica! ¡Tan bien como se vivía antes! ¿Qué pecaban? Se arrepentían, se confesaban y, ya está. Pero es que ahora ya ni se sabe cuándo era o no era pecado. Unos que si el Papa; otros, que si los teólogos...

Y si entonces a aquel hombre anciano, tan pacífico por fuera, le hubieran abierto la testa, hubieran descubierto que tanta bondad exterior también tendría su mérito. Y aún miraba a los lados, como con miedo de que alguien le adivinase el pensamiento: “Si esto con un par de anatemas a lo Trento, se arreglaba todo”.

Apresuró el paso reanimándose con uno de su latines: “Ego in simplicitate mea moriar”. Yo a lo mío”.

Y lo suyo en aquellos días era el enviar a Rosa a un lugar bien alto en el cielo.

Aquella misma mañana había tenido una duda.

Rosa, que hasta entonces había podido comulgar, estaba ya tan acabada, que le era imposible pasar la hostia entera. La deshidratación de todo su organismo había dejado su lengua como la teja de Job, hora, el único modo de que pudiera comulgar era darle una partícula pequeña, con agua. Le parecía recordar que en el texto de Moral de su lejano seminario había no sé qué negativo, referente a dar la comunión con cuchara. La solucionó: Si

el Padre Eterno sirvió al mundo a su Divino Hijo en un pesebre de animales, yo bien lo puedo servir en una cucharita limpia. Y le pidió a la Hermana una de plata.

Rosa estaba amarilla. La deficiencia hepática, al no segregar esa fábrica orgánica del hígado, la había puesto así.

- El mismo color que las florecillas de “La Costanilla”, antes de roturarla, decía Balbina.

Su cuerpo ya no admitía más suero fisiológico. Aquel día, en sendos espasmos, la Hermana enfermera le había puesto ya dos inyecciones de cardiazol. Cada hora de vida que le alargaban era una tortura, sí, pero un consuelo para aquel esposo y para sus siete hijos, que no salían del hospital más que para ir a dormir, los pequeños, a casa de Don Jaime y Doña Isabel. Coldo, Balbina y Paco, el hijo segundo, se quedaban en el hospital todas las noches.

Los tubos y frascos de medicinas estaban ya abandonados en la mesilla de noche. Allí estaban, sin servir ya para nada, aquellas grageas como el café, con las iniciales SPG, con las cuales los médicos y laboratorios farmacéuticos quieren evitar a la gente la alarma producida por “ese mal”, cuyo nombre nadie lo quiere pronunciar.

Dos días antes, haciéndole una seña leve con el dedo a su hijo para que se le acercase, le había dicho casi imperceptiblemente al oído:

- Paquito... me muero...

El mozo rompió a llorar.

Y una noche, a las dos menos veinte, voló (1).

Murió aquella mujer, esposa de un pobre obrero, por una enfermedad, consecuencia de haber sido madre de siete hijos. Fue a juntarse en el cielo con aquella otra MUJER, esposa también de un obrero de Nazaret, que su-

(1)Esta frase la escribí exactamente a las dos menos veinte de la noche del día 25 -ya 26- de diciembre de 1968, en mi celda de La Coruña. A esa misma hora había muerto



mi madre el 19 de marzo de 1966, de un adenocarcinoma de hígado. La lloramos y rezamos por ella y con ella ocho hijos, tres de ellos, sacerdotes. N.A.

frió un martirio peor que la muerte, por haber engendrado a la vida de la gracia a toda la Humanidad.

Para el entierro hizo Don Jaime que, en dos autocares, vinieran todos los de “El Palomar”.

Cuando el féretro negro era llevado al cementerio, una mujer sencilla, del pueblo, que se santiguó al pasar por delante de su casa aquel fúnebre cortejo de obreros, presididos por Don Jaime y por Coldo, le decía reverente a otra compañera:

- ¡Dichosa mujer, que deje tantos hijos que la lloren y recen por ella!

Todos los demás hijos, menos Paco, que marchaba lloroso al lado de su padre, se quedaron, mientras el entierro, en casa de Don Jaime. Doña Isabel y sus niñas compartían con ellos su dolor y sus lágrimas.

Doña Isabel tenía cobijados bajo sus brazos a los cuatro pequeños, para evitarles ver el ataúd cuando pasó por delante de la casa. Llorando, les decía:

- Desde ahora, yo será vuestra mamá...

Martinica, desconsolada y hecha un mar, respondió:

- ¡Si... pero no es lo mismo!...

La tormenta se había desencadenado.

Lo mismo que una nube, que comienza a ser enredada en las espirales de una borrasca y va arañando y arrastrando con sus manos de infinidad de dedos a más nubes, metiéndolas a todas en la espesura negra y en fragor electrónico de su fuerza avasalladora, creando en los espacios una zona enormemente grande, de miles de kilómetros de extensión, como muralla entre el cielo y la tierra.

La Encíclica papal salió de Roma como la nube del mamá salvador. Pero vientos salidos de oscuros antros subterráneos, impelidos por la furia de infinidad de bocas monstruosas, se abalanzaron sobre ella, enrollándola. Y ahora, hecha borrasca, iba arañando y enzarzando en torno a sí, otra cantidad enorme de problemas, agrandándose, agrandándose y cobrando proporciones cósmicas. ¡Toda la tierra estaba bajo su fragor!...

Don Manuel hacía por cobijarse bajo el techado seguro de su fe en el magisterio del Papa. Pero no podía evitar el fulgor de los relámpagos, que se metía por los resquicios de las ventanas del alma y el estruendo de los truenos del exterior, que le estremecían. Bastantes veces tenía que abrir y salir a velar, como pastor que era, por las ovejas que tenía cobijadas en los rediles. Y entonces tenía necesariamente que sufrir las mojaduras y bandazos de la furiosa lluvia. Y, la verdad, también él tenía sus dificultades.

Parecía que la tempestad había fijado su centro en el área del clero y machacaba sobre los curas sus aguaceros más fuertes. Era inútil pretender salir en descampado. En el confesonario, en la iglesia y en la calle; en las tiendas y en el café; en los libros y en revistas; en el despacho parroquial y en los viajes, todo el mundo hablaba de la “*Humanae Vitae*”.

Quiénes, sacando del fondo de su buena voluntad la duda y la consulta, para informarse lealmente y tranquilizar sus conciencias; quiénes, intentando meter el áspid venenoso de sus críticas hasta el mismo corazón del Cuerpo Místico de Cristo. Los había que, cerrados sus horizontes por el muro del materialismo, no acertaban a descubrir los panoramas de grandeza, que la luz del Vaticano iluminara, y hasta hacían chacota de ella con el chiste bajo. Pero como pasa siempre en toda efemérides coyuntural de la Iglesia, estaba sirviendo para que sus sabios enriquecieran su ya abundantísimo material de nuevos estudios y conocimientos.

Don Manuel leía todo lo que en libros y revistas caía en sus manos, doctrinal e informativo. Mantenía conversaciones sobre la Encíclica con otros sacerdotes.

Un día de feria, en que estaban sacerdotes de varios pueblos comarcanos comiendo juntos, uno de ellos aseguró saber que, en Roma, había una preocupación tremenda. Que el Papa no pensó que la oposición iba a revestir tales caracteres.

- El Santo Padre está preocupado y triste.

El coadjutor joven seguía incorregible:

- ¡Él se lo buscó!

- ¡Miguel! ¡Ya está bien, hombre!... ¡Ya está bien!

El Papa no era ningún fabricante de dificultades; pero tenía que salir valientemente al encuentro de cuantas llegaran a sus feligreses.

Don Manuel no hizo bien la digestión de aquella comida.

Supervisaba, condescendiente, en otra ocasión, en el salón parroquial, los ritmos espirituales negroides, que un grupo de jóvenes, chicos y chicas, ensayaba su joven coadjutor. Éste iba a inaugurar lo que él aseguraba sería una nueva pastoral litúrgica. Aquel era el modo de agarrar a la juventud. Al

fin y al cabo, si por todos los caminos se iba a Roma, por estos de los nuevos ritmos también se podía ir a Dios. Aquello sí que era ir al compás de los tiempos.

Pero hasta en aquella juventud había prendido la psicosis de la píldora anti-baby y del control de natalidad. No entendían del todo, pero manejaban aquel léxico con humos de adelantados.

Julito, el sobrino de Don Ezequiel, con la pedantería que le daba ante los demás el haber estudiado dos años de medicina y con aquel gesto de “perdonavidas”, aireó por encima de las cabezas de sus compañeros al acabar el ensayo:

- ¡Otra metedura de pata de la Iglesia, como en el caso de Galileo!

Don Manuel tuvo que extremar su bondad y su paciencia, explicándole cómo no tenía que ver nada una cosa con la otra. En el caso de Galileo la Iglesia no se había equivocado en lo fundamental que pretendía. Ella hablaba a los hombres de aquel tiempo. Le aseguró que los argumentos aducidos por Galileo, no los firmaría ahora ninguno de los astrónomos del Pentágono. De lo que se trataba era de decir que la Escritura no se equivocaba. Esa era la acusación que en aquellos tiempos presentaban los protestantes contra los católicos.

Y así como lo de Galileo ha quedado ya suficientemente zanjado entre los “entendidos”, - Don Manuel recalcó la palabra, hundiéndosela a Julio hasta la mollera - la actual doctrina papal no cierra las puertas a una superación con posibles aportaciones científicas. Don Manuel, al fin y al cabo Padre. No quiso humillarlo cuando, al preguntarle después si había leído la Encíclica, él le contestó que no.

Claro que, de sobra sabía Don Manuel, que estos “adelantos” juveniles salían del mismo bolsillo en que era profanado el “Viático” de un enfermo, cuando tenía que detenerse, obediente, en un bar, en que se hacía apostolado con la elocuencia de un vaso de vino.

Pero lo que más sacaba de quicio a Don Manuel eran los atrevimientos de la ignorancia indocumentada. Al fin y al cabo, con la maldad se podía discutir; desenmascararla y triturar sus equívocos. Pero con la ignorancia...

Mal momento se lo hizo pasar aquel comerciante durante y después de la Misa del domingo. Entre la gente estaba su mujer y sus dos niñas. Éstas, más que ángeles de piadoso retablo familiar, parecían figurines de escaparate para hacer propaganda, dentro del templo, de ropitas interiores para niña. La más pequeña todavía lucía más: hacía gala de una garganta que, educada, podría valer algún día para hacer gorgoritos de cupletista en un tablado. Yendo de los brazos del papá a los de la mamá, tenía nervioso a todo el auditorio y aún más al celebrante. Entre las comas y puntos de los textos sagrados, iba él metiendo, distraído y malhumorado, sus apostillas mentales:

*“... No tendrá... escaparate para braguitas... culpa no ella... cuatro Misas domingos... a ésta todos... Misa lucir...! culpa, no ella!...”*

Llegó un momento en que no aguantó más. La gente estaba distrayéndose con aquella música.

- ¡Por favor! ¡Saquen esa niña fuera!

Al finalizar la Misa entró retador el padre de la niña a la sacristía:

- ¡Señor cura!: ¿A quién obedezco: al primer mandamiento de la Iglesia o a la “*Humanae Vitae*”?

- ¡A los dos!

Menos mal que quedaban hombres Como el médico, con los cuales se podía mantener conversación equilibrada. Hombres racionales para los cuales los postulados de la conciencia eran dogmas. Pero en horas de confusión, si se necesitaban luces de lo alto, también se necesitaban reflectores que a los mortales, al fin y al cabo humanos, les iluminaran desde abajo sus caminos.

Menos mal, sobre todo, que quedaban matrimonios del temple moral de Jaime e Isabel. Éstos eran exponentes de la grandeza de una institución divina.

El Papa, es verdad, tenía comprensión para las medianías, con sus flaquezas y debilidades. Pero él apuntaba mucho más alto: A las alturas del heroísmo. Su Iglesia se había forjado en las alturas, en el Gólgota. Y los héroes - ¡ay! – siempre han sido “élite”.

Héroes humanos; no ángeles.

Humano Jaime, que descendía a veces hasta el suelo del “taco”, o sentía rebeliones de su amor propio ante la dureza de las imposiciones de la ley. Mujeres como Isabel, de carne también... Aunque éstas así, a veces, hacían dudar... Parecía mentira que tantas de ellas fueran sometidas a martirios por la brutalidad de los hombres; - y al pensar esto, Don Manuel sentía como un revulsivo en su interior la pléyade egoísta de los onanistas... - que se embozara con la capa de lo legal un estado de tiranía sobre el verdadero amor y la paternidad.

Jaime, cuando oía a algunos hombres tomar a broma cosas tan serias, dudaba si aquella manera de pensar y de proceder de él sería cosa de su propia psicología personal, o algo que habían ido moldeando durante su noviazgo y durante su vida de matrimonio en su interior las manos de ángel de Isabel.

En cierta ocasión había respondido a un amigo, que no sentía ni procedía como él:

- ¡Mi mujer no es ningún conejillo de laboratorio para experiencias sexuales!

Para él, el sexo, - si era verdad que como la que más tal vez – no era más que uno de los cauces del amor. Como lo era el trabajo de su finca, en donde sacrificaba la mayor parte de su vida; como lo eran aquellas renunciadas, con que a veces tenía que cercenar diversiones para hacer vida de hogar. Inmolar su vida en el altar de su mujer y de sus hijos se le había hecho ya algo natural.

Esto no quiere decir que renunciase a sus esparcimientos. Sus aficiones distractivas principales seguían siendo el fútbol y la caza.

A sus años, ya no podía jugar, como de más joven. Pero detrás de la valla gritaba y animaba al equipo de su pueblo como cualquiera.

Don Manuel quiso que lo llevara un día a la finca. Quería distraerse un poco cazando. En la parroquia no tenía un momento libre.

Recogieron a Nacho.

El sacerdote tenía confianza en aquellos buenos amigos, y, como ellos eran sinceros con él, él volcaba en ocasiones sobre ellos, para descargarse, el peso de algunas preocupaciones.

Iban en el SEAT de Jaime. Don Manuel, delante, junto a éste. Nacho detrás, con el perro.

- ¡Nacho: vosotros, los médicos y nosotros, los curas, tenemos mucho que hacer todavía conjuntamente por la humanidad.

- ¡Evidente!

- A ver si pronto nos vienen desde vuestro campo aportaciones científicas, para ayudarnos en estos problemas actuales de la paternidad.

- Irán viniendo, Don Manuel. No se apure usted.

- ¡Sí me apuro! Para mí son el pan nuestro de cada día.

Jaime manejaba y escuchaba. En aquella conversación, que tanto le importaba a él, hablaban ante todo el médico y el teólogo. Para el médico, curar y salvar vidas era su cometido.

- Ese es el motivo, Nacho, por el cual el Papa nos dice que, con fines terapéuticos, se pueden usar medios y métodos, que también son anticonceptivos.

Nacho se dio tal palmada en la rodilla, que hizo abrir los ojos al perro cazador:

- ¡No faltaba más! ¡Dígalo o no lo diga el Papa!

- Te aseguro que la Iglesia no irá nunca contra los postulados evidentes de la ciencia. Sus leyes las ha hecho Dios, que es la Verdad.

Aquí intervino Jaime:

- Según eso, Don Manuel, si la ciencia abre con evidencia otros caminos... Hasta cabría la posibilidad de ampliar y cambiar...

- ¡Naturalmente! El Papa esta vez no ha hablado “ex cathedra”.

Llegaban al cruce con la carretera general. En la margen derecha un círculo encarnado, con la palma de su triángulo abierta, ordenaba: **STOP**. Jaime frenó suavemente y detuvo la máquina.

- ¡Por qué paras, Jaime?, preguntó Don Manuel.

Jaime, soltando la mano derecha del volante, señaló con el dedo pulgar, al mismo tiempo que miraba a ambos lados:

- ¿No ve que hay **STOP**?

- ¡Pero si no cruza nadie por la carretera!

- ¡No importa! - Engranó de nuevo: Son leyes del Código de la Circulación.

El coche arrancó.



Don Manuel volvió rápido la mirada hacia la derecha. ¿Eh?... Perdió la señal... ¡Hubiera jurado que por los ojos se le metió hasta la frente!: Donde ponía **STOP** quedaban, alargándose hasta él en ráfagas elásticas, estiradas por su mente, otras letras: **HUMANAE VITAE**.

Ya no se veía. El 1.500 marchaba veloz por la carretera llevado por el pulso firme Jaime.

## **2ª PARTE**

### **LA PRESA**

¿Qué hay al final de una recta?

Un geómetra, fiel a la definición, responderá inmediatamente: Un punto.

Abramos, lector, la puerta de las analogías. ¡Pasa! Tomemos líneas rectas: como la carretera que, con “pulso firme”, enfiló Jaime, después que a un **STOP** se sometió por imposición de un Código de Circulación. ¿Es asfalto o es la vida por donde corremos con velocidad de vértigo?... Y esas ráfagas que sentimos bufar sibilantes junto a la ventanilla de nuestro coche, de nuestro yo que avanza y nos lleva, ¿son líneas paralelas que vamos dejando atrás o líneas que nos acompañan? De todas formas son integrantes de compleja teoría geométrica: Son las rectas de las constantes humanas. Ellas también tienen un punto final. Ese punto es LA LUZ. Cuando estas constantes son así, rectas, no son más que líneas paralelas a la gran recta de un proceder de Dios para formar el gran multigrada, en el que los hombres somos acordes Esa constante del Amor de Dios para con la Humanidad tiene su punto final en LA LUZ, aunque no la comprendieran las tinieblas. Cuando los hombres, como conglomerado de Historia, proceden en línea recta, es decir, con rectitud, acaban siempre en ese punto luminoso. Esa luz es la VERDAD.

No importa que esa VERDAD no lleguemos a encontrarla tú y yo aisladamente. Nosotros, individualmente, no somos más que puntos de esa geometría con que vamos formando, sucediéndonos unos a otros, la línea.

Importa el punto, sí; pero un punto es una cosa insignificante, es nada. Sólo es punto en relación al que sigue. Pero colocado en su lugar, empuja al de delante; y así van llevando a otros hacia el final: hacia la luz, hacia la VERDAD.

Desde que arrancamos en el cruce de la carretera general con nuestros buenos amigos, Don Manuel, Nacho y Don Jaime, hemos corrido mucho; muchos miles de kilómetros. Tantos, que hemos pasado la frontera del siglo XXI... La carretera llegó a su final y nosotros, con ella, también. Y estamos - ay - sin la carne que nos envolvía. Aquella carne del universal complejo de sexualidad cayó en la tumba. Estamos en la región de la luz.

Desde aquí, miramos. Mirada fría a través del mármol funerario o de la tierra proletaria.

Al lado de nuestras sepulturas más y más tumbas poblaron los cementerios. El cementerio – la tierra – nos ha hermanado a todos los que en aquel año sesenta y tantos éramos mayores: ricos y pobres, buenos y malos. Junto a la tumba de Juan, el secretario, y de Rosa, nuestras tumbas. Y la de Don Baudilio y la de Don Manuel. Don Jaime y Doña Isabel reposan ahí a nuestro lado. Tiene cada lápida suya una inscripción con la que el cariño de sus hijos compendió sus vidas: PADRE-MADRE. Coldo enjugó su llanto con la tierra de la fosa de su esposa. Doña Paquita cerró las puertas de su desesperación con la lápida funeraria de su marido. Las sepulturas de aquellas señoras de edad ya tienen casi ilegibles sus nombres, porque ya no hay ni quienes vengan a ponerles flores en el día de Difuntos. En las lenguas de algunas de ellas se cebaron los gusanos de firme, porque

encontraron abundante carroña. A Nacho, que trató de salvar tantas vidas, también lo venció la muerte.

Desde aquí nos enteramos de todo. No necesitamos que ojos de cerradura nos revelen intimidades de alcoba, o que un novio haga estallar en un pecho cariñoso un secreto. Doña Micaela y Filomena no sabemos en qué se preocuparán más: si en enterarse de vidas ajenas o en avergonzarse de que nos enteremos nosotros de tantos detalles y no detalles de las suyas.

Nos enteramos de que Nacho - ¡pobre Nacho; también él!... tan racional y tan soltero toda la vida... Y no lo hacía por un médico empirismo somático...

Llegamos a cerciorarnos aún más de que el Secretario tenía cerrados los horizontes de los valores grandes del Amor y de la Paternidad responsable, con las murallas de sus egoísmos matrimoniales que, aquellas cosas que supimos de él, no eran nada. A una de las criadas de su casa sí que la fastidió. Ella se lo comunicó a los dos meses:

- ¡Me ha dejado usted en estado!
- ¡Tienes que marcharte de casa!
- Como usted, Don Juan, no me ayude a deshacerlo, lo descubro.

Y el Secretario tuvo que llevarla a la capital, a una abortadora. Él sí que sabía que aquello se deshacía; que aquello se mataba. Y fue parricida. La chica estuvo tan enferma que por poco se muere.

Por algo Don Baudilio...

Sabemos muchas más cosas buenas de Don Jaime y, sobre todo, de Doña Isabel.

Esta mujer se pasó toda la vida tratando de ocultar bondades.

La última misión que se dio en el pueblo fue costeadada por ella, sin que lo supieran más que su marido y el párroco. Dinero que le daba Don Jaime,

para que se comprara lo que quisiera, iba a parar al hospital. Unos días antes de su muerte, le dijo a Isabelita:

- Mira, hija: Quiero que me hagáis un funeral sencillo, lo que pensarais gastar en ostentación se lo dais al asilo y a los pobres.

Isabelita y sus hermanos hicieron caso, en parte, a aquel deseo de su madre. Le dieron, sí, al hospital y a los pobres lo que pensaban gastar en el funeral de su mamá. Pero para ella, en ataúd, funeral y mausoleo, gastaron otro tanto.

Sabemos la violencia que tuvo que hacerse aquel día llamando, para aconsejarla bien, a Juanita:

- Juanita: No me lloves a mal que te lo diga.

- ¿Qué, Doña Isabel?

- Mira: las lenguas se ceban en ti. Te están dando muy mala fama...

¡Juanita: aún estás a tiempo ¡Eres joven! ¡Puedes rehacer tu vida!...

- Doña Isabel: Tiene usted razón. Pero yo tengo que divertirme. ¡Tengo que vivir mi vida!

Doña Isabel se abrazó a ella llorando. Pero ya era tarde. Juanita hacía tiempo ya que rodaba, de tumbo en tumbo, hacia el abismo. No hubo manera de detenerla.

Ahora nos explicamos por qué tenía en el ropero de su dormitorio aquel “capillo” blanco bautismal, que aromaba, de cuando en cuando, con esencia de colonia.

El día más grande y emocionante de su vida: el de la Ordenación Sacerdotal y Primera Misa de Jaimito, al anochecer, aprovechando un momento en que no había forasteros en casa, le llamó:

- ¡Ven, hijo mío!

Como quien hace un rito sagrado, abrió solemnemente el armario. Descolgó el percherito con el “capillo” aromado. El perfume inundó a Jaime. Pero le llenó mucho más el alma el latido y la voz de su madre:

- ¡Hijo mío!: Este es el “capillo” bautismal con el cual, hace ahora poco más de veinticuatro años, te llevaron a ti a bautizar. Con él habéis sido bautizados todos los hermanos. Si ahora eres sacerdote es porque antes le debes a Dios la gracia de ser cristiano.

A Jaime, sacerdote y hombre, le subió la emoción desde el corazón a la garganta y a los ojos, y abrazaba y besaba al mismo tiempo a aquellas dos joyas: a su mamá y a su “capillo” bautismal. Daba gracias a Dios por haberle concedido aquella madre, que, en el día más grande de su vida, sabía recordarle a él en dónde arrancaba su verdadera grandeza. Cuántas veces tuvo que agarrarse, como a tabla de salvación, al recuerdo de su madre, no sólo en sus crisis juveniles de seminario, sino ahora de mayor, en sus correrías misioneras por naciones de América. Para él su madre muerta seguía actuando en su sacerdocio.

Sobre Marité, cuando ésta tenía veintiocho años, también acudió aquella solicitud de madre, que iba a donde veía una pena. La veía siempre tan triste; no alternaba apenas. Toda su compañía se había reducido a sus cigarrillos y aun perrito de raza, que llevaba siempre por la calle, pendiente de un tirante. Eso sí; lo traía primoroso. Doña Isabel nunca jamás pudo sospechar que una misántropa histerómana llegara a volcar el inmenso caudal de emotivas riquezas femeninas sobre un perro.

- Marité: ¡Es muy triste estar huérfana. Yo también me quedé huérfana de algo más edad que tú. Te convendría casarte.

- ¡Nunca, Doña Isabel! No sería feliz con un hombre.

- ¡Es maravilloso ser madre; te lo aseguro!

¿Qué dirá Doña Isabel ahora, desde la región de la luz, al descubrir la verdadera explicación de aquellos rechazos a la felicidad de la maternidad? ¿Al ver aquellas lápidas de mármol, pequeñas, cuadradas, formando un cementerio canino, entre flores en el jardín interior de Marité: A MI FIEL LULÚ; CHATÍN, MI AMOR; JUGUETÓN, ME HICISTE FELIZ. Ahora se habrá enterado por qué Marité llevaba siempre en su bolso, entre barras, cremas y lápices de colores, aquel tubito de cloridrato de yoimbina” y verá cómo no sólo su perrito, sino ella también...

Pero no: hay cosas en la tierra que, por no verlas, de seguro que los ángeles, tan puros, se cubren la cara con las alas. ¡Y Doña Isabel era tan ángel!...

Tan ángel como Conchita, que en un hospital de Fernando Poo, durante más de treinta años, recibió en su corazón de esposa de Cristo los dolores y las enfermedades de la miseria que nadie quiere, y que no tiene más asilo que la caridad.

Mucho le había costado a Doña Isabel aquel desgarrón. El día que le comunicó su decisión de hacerse religiosa, le dio, no faltaba más, su bendición. Aunque ella sola supo lo que le hizo sufrir la partida. Ahora entendía mucho mejor la excelencia y grandeza de esa Maternidad espiritual, sostén de una verdadera vocación religiosa. Su Conchita era MADRE también: en cierto sentido más madre que ella, pues tenía muchos más hijos confiados a sus femeninos desvelos.



Don Manuel mira también hacia atrás desde su final.

La sepultura de él estaba a la entrada del cementerio, a mano derecha según se entraba, pero con la lápida en posición inversa a todas las demás. Como si se hubiera colocado allí para ir dando la bienvenida al lugar de reposo a todas aquellas generaciones, por él cristianadas y a las que orientó las miradas hacia las claridades de los valores eternos, cuyas fronteras estaban allí, en aquellas lápidas funerarias y en aquellos montones alargados de tierra.

Si él continuara siendo párroco sentiría que, en el suelo humano de su parcela seguían y seguían proliferando los espinos enmarañados y cardos ásperos de nuevos problemas pastorales. Pero muchos de los que a él le dificultaron el paso, o se habían agostado con el tiempo o, cortados por los golpes certeros de sus tres sucesores y tirados al fuego, ya no eran más que cenizas aventadas. Claro que, en aquella tala, también él dejó sus buenos sudores. También él tuvo la suerte de vivir en un siglo de grandes adelantos pastorales. Que la salida del hombre de la estratosfera terrestre para posar su planta en la luna y aspirar a conocer otros mundos, fue todo un símbolo de un empuje de superación en todos los órdenes. Aquel Concilio Vaticano II fue una verdadera nave espacial, en la que salieron, de una tierra ya demasiado andada, valerosos astronautas a la conquista de brillantes luceros en el cielo de la Iglesia.

Ahora había cobrado cuerpo adulto la doctrina salvadora comunitaria. Los puntos importantes, sí, pero sólo en cuanto integran la línea. Las instituciones y sociedades eran el fin primordial de la Iglesia. Lo que

hicieran los individuos aislados no tenía importancia mayor en el concierto de resonancias cósmicas. Interesaban los continentes.

A la niñez se le daba una orientación positiva y clara, para que no aparecieran luego, a lo largo de la vida, complejos condicionados a una desviación u ocultación de la verdad. A esto había contribuido el nuevo enfoque de los textos nacionales y religiosos.

La juventud se preparaba a la vida con un conocimiento mucho más realista de las diversas misiones, que a cada cual le puede haber asignado el Creador para que salga más perfecto el todo humano.

La institución Matrimonio estaba ya salvada doctrinalmente. Problemas como el de la natalidad habían pasado a las páginas de la historia, que constataban, sí, momentos difíciles y dramáticos de una época. Pero ya apenas preocupaba. La nube salvadora se vio libre de la borrasca que la envolvió y que, cuando soltó la lluvia y fuerza electrónica incubada en sus negruras, la dejó que pudiera enviar su maná vivificador para andar el desierto. Ahora ya, llegada a la tierra de promisión – a la luz -, hasta el maná había quedado como un recuerdo de solicitudes materiales de la Iglesia. La nueva encíclica – “*Superata Studiis*” – de corte completamente siglo XXI, barrió definitivamente las angustias de los corazones de buena voluntad.

Ya en los últimos años de vida de Don Manuel, la invención del “*ovulómetro*”, con su facilidad de uso y, sobre todo con su precisión matemática, constituyó un adelanto enorme para la pastoral matrimonial. Los últimos sucesores de San Pedro, pasado el pontificado de transición para el cual la Iglesia, institución al fin y al cabo humana, tuvo que elegir a un anciano, que duró sin embargo más de lo que sus sucesores se figuraron, encontraron un mundo que avanzaba a velocidad de impulso atómico. En realidad recogieron los frutos que con la sangre de su verdadero martirio interior regara el gran Papa de la “*Populorum Progressio*” y de la

“*Humanae Vitae*”. Más, puntos anteriormente controvertidos se aclararon y zanjaron.

Y ahora hasta la teoría de la relatividad había dado un salto de la física a la Moral. Y así, por ejemplo, no se hacía repugnancia a tesis como ésta: Si la situación sociológica de algunas comunidades y naciones es tal que, para que puedan venir a la Iglesia fuera preciso mitigar en ellas la ley de la natalidad, esa mitigación local puede tomarse como un paso de comprensión para el definitivo acercamiento. Lo mismo se aplicaba a otras naciones en las que la poligamia fuera un condicionamiento de su riqueza nacional.

Claro que a tales avances doctrinales no se había llegado así como así. Y sólo para el reducido número de los sabios quedaba la memoria de los pioneros de difíciles y arriesgadas tesis, tenidas por revolucionarias en su tiempo. Don Manuel, hijo por lo demás de su siglo, tampoco las comprendió del todo. Le pasaba algo así como al soldado que lucha en la batalla. La táctica y la técnica militar del combate sólo las comprenden el general y su estado mayor. Al soldado sólo le toca luchar y morir si es preciso. Y él fue siempre un buen soldado. Los del estado mayor de la ciencia salvadora planearon el triunfo a base de un esquema táctico sobre una cierta evolución de la ley natural. Ahora el campo de batalla quedaba como uno más de la historia. Los de buena voluntad disfrutaban de la paz de la victoria en sus espíritus.

Aunque la Humanidad seguía siendo Humanidad. Y en el gran ámbito mundial, ajeno a la influencia cristianizadora evangélica, seguía imperando la máquina y la técnica, dominando una vez más al hombre.

Si Juanita en su ancianidad confinaba en la caridad de un asilo sus carnes ajadas, tantas veces anteriormente vendidas, los mercados de la lujuria no por eso ello quedaban vacíos de nuevas vendedoras. Y el plomo del materialismo pesaba en muchos corazones y estaba prendido de muchas alas, impidiéndoles volar a las alturas. Entonces comprendía mejor Don

Manuel que, no en vano, el mensaje de salvación fue cantado para los de buena voluntad. Éstos sí: éstos tenían ahora caminos mucho más iluminados que en los tiempos que a él le tocó andar.

Las miradas retrospectivas de Don Jaime se posan, preferentemente, en “El Palomar”. ¡Cómo había cambiado! El esfuerzo aunado de sus dos hijos, Enrique, ingeniero agrónomo, padre de dos hijos y abuelo, y José Luis, ingeniero de caminos, canales y puentes, que permaneció toda la vida soltero, hizo al fin realidad aquel anhelo, sin saciar el cual él tuvo que venir, por la imposición de los años, a la tumba. Ahora una arteria grande de agua que se ramificaba en múltiples vasos, le había mudado la fisonomía. Aquellos habían aumentado enormemente. Muchos más colonos participaban de los beneficios del convenio colectivo, hecho con ellos ya por él, cuando fue combatido por otros terratenientes egoístas del país. Y se había formado en unas cuantas hectáreas de su finca y de otras aledañas, un poblado de colonización.

En la Villa una gran fábrica, alimentada por una línea de fuerte amperaje, había creado muchos puestos de trabajo para hijos y nietos de los que en su tiempo fueron pobres agricultores. Su tendido se debió, principalmente, a las influencias de Don José Carlos, el esposo de su hija Isabelita, que llegó a ocupar el primer sillón de aquel ayuntamiento durante muchos años y fue diputado provincial.

Ahora, en lugar de emigrar por los caminos del hambre las gentes hacia otras comarcas, venían a quitársela de otras a ésta.

Todas estas transformaciones demográficas y técnicas, ¿a qué fuerza milagrosa se debieron?

----oo—000—oo----

A Quique y a José Luis se les había metido como un clavo en la mente aquel año de sequía, en que veían que papá andaba preocupado porque se perdía la cosecha:

- ¡Si “El Palomar” tuviera agua!...

Y cuando en el alma de un niño de diez, de doce años, cae la pena de un padre, comienza a bajarle, a bajarle hasta lo más hondo. Y, a medida que le va cayendo, las percusiones de sus golpes interiores le retumban cada vez más fuertes arriba, en el brocal de la mente por donde esta pena entró, repitiéndose incesantemente sus ecos hasta formarle obsesión. “¡Si “El Palomar” tuviera agua... agua... agua”

Cómo sería de grande la de Don Jaime, que llevaba muchos más alimentándola con toda la fuerza de su vehemente anhelo. Toda aquella comarca cambiaría: Miles de hectáreas, encauzando el río que, ciñendo con un abrazo al pueblo, seguía vertiente abajo, serpeando a no muchos kilómetros de “El Palomar”, dándole un eterno adiós a la cuesta de “La Princesa”. Ésta le estaba despidiendo siempre desde allá arriba, y en los días buenos, cuando hacía sol, se atrevía a bajar hasta sus espejos su señear figura.

Era egoísta aquel río: Casi toda su riqueza fecundante la iba guardando avaro en su largo arcón interior. Solamente algunos terrenos de sus márgenes lograban arañarle algunas gotas de agua, que él soltaba como mezquina limosna. Y total, ¿para qué almacenaba toda aquella riqueza? Para que, después de su larga vejez, a la hora de su muerte allá en el mar, nadie se acordara de ella.

No sólo era avaro, sino que, como les acontece frecuentemente a los que tienen todo, que se tornan crueles y sádicos con los que no tienen nada: Así él, cuando los abundosos veneros del deshielo de las montañas o las tormentas lo hacían más vigoroso, sacaba afuera sus enormes manazas y todavía robaba con crueldad y sin compasión aquellos terrenos necesitados, parte de sus riquezas.

- ¡Papá: Pero “El Palomar” queda mucho más alto! ¡Es imposible que el río suba por la cuesta de “La Princesa”!

- José Luis: Más altas están aquellas montañas.

Y Don Jaime extendía el brazo, señalando lejano y trazando despacio, con su índice, un semicírculo amplio. Los ojos de los niños seguían el gesto del padre y sus miradas se prendían en sus ondas concéntricas, hasta llegar a perderse en aquellas brumas lejanas y altas que envolvían el gran anfiteatro montañoso.

- Hijos míos: Allí nace el río... ¡Allí es más fácil dominarlo!

A los ríos les pasa como a los hombres y como a los árboles. Hay que encauzarlos y dominarlos cuando son pequeños. Después ya no hay quien pueda.

- ¿Y eso, cómo, papá?

- Con una presa grande. ¡El día que allí se hiciera un pantano!...

- ¿Y quién va a hacer eso?

- Eso tiene que hacerlo un ingeniero. Tiene que hacerlo el Estado; tenemos que hacerlo nosotros, los agricultores, que podemos beneficiarnos de él. ¡Todos unidos!

¡Un ingeniero! La vocación de José Luis se la metió en el alma el mismo que le infundió la vida. Él sería aquel ingeniero. ¡Ya lo verían!... Don Jaime se llenaba de satisfacción cuando su hijo se lo decía. Y más, a medida que iba avanzando en sus estudios universitarios. Aunque para levantar hasta la cima aquella vocación, como la de Quique, que estudiaba Agronómicas, se necesitaba tanto tesón como para convertir el río en pantano.

----oo---000---oo----

Una vida dura bastante más que la contemplada en una pantalla cinematográfica desde una butaca. Además, que en las vidas del cine, aunque al “bueno le dejen sin sentido de un puñetazo o, incluso, le hundan una bala en el cuerpo, vuelve después en sí, o acaba por reponerse, y un poco antes de que las letras grandes nos metan por los ojos el FIN, se impone siempre al “malo”. Pero en la vida real se invierten estos papeles la mayoría de las veces. En la vida de José Luis también el “malo” estuvo a punto de hundir al “bueno”; y aún dejó en él su horrible cicatriz.

La juventud de la villa era como la de todos los pueblos. Como nota predominante de su concierto de cualidades, la alegría. Amante de la última novedad, viniera ésta en melenas poco diferenciadoras de sexo, o en ritmos musicales de dudosa ortodoxia artística, o en estridentes colores de “hippismo”. Estas otras plantas, no aromáticas ciertamente, tienen la

ventaja de que no echan raíces: primero, porque los que viven la juventud disponen de pocos años para vivirla y segundo, porque es tan fecunda la fuente de las modas, que, viniendo éstas en aluvión, unas empujan fácilmente a las otras.

Había chicos y chicas trabajadores, como había vagos. Los había que, teniendo unos padres como Don Jaime y Doña Isabel, encontraban un cauce mucho mejor hecho para sus cualidades humanas; y los había, como Marité, que si hubieran querido hacer algo serio en la vida, lo hubieran tenido que hacer todo por sí mismos. Y en un pueblo, en donde predominaba aún tanto la norma de criterio de una moralidad sana, los había buenos y los había desvergonzados.

Entre los últimos metió pronto la fama - y la fama de los pueblos tiene un radar detector infalible - a Juanita.

Echada del colegio de las monjas, cogió tal aversión a los libros fuera de los noveluchos de quiosco y cuanto más subido el color tuvieran, mejor, que sus padres no pudieron hacer carrera con ella.

Cuando se vio jovencita y guapa - que lo era - seguida por las miradas golosas de chicos y no chicos, fue desnudando tanto sus atrevimientos de pudor y sus carnes de ropas, que pronto se convirtió en el prototipo de la vampiresa del pueblo. En todos los tiempos del año el salón de baile, y en verano, el río, eran las pistas que ella escogía para poner a velocidades supersónicas los pulsos atrevidos e inexpertos de los mozalbetes. El libro que a sus padres arrebatara de niña, y que sin duda sirvió a éstos para llevar una “VIDA SEXUAL SANA”, a ella la inició en todo lo contrario.

Los castigos de sus atormentados padres, con encerronas y traslados temporales a casa de los abuelos, nada consiguieron. Tuvo que intervenir el Tribunal de Menores, y con el consentimiento de sus apenados padres cayó sobre Juanita otro intento de remedio peor aún que el de los castigos: la reclusión en un reformatorio.



Aquellas bienintencionadas monjas del reformatorio, con unos métodos anticuados y antisociológicos de reeducación, se esforzaban, con muchísima mejor buena voluntad que acierto, en sacar del fango a sus jovencitas. Creían, las muy benditas, que por tener algunas maestras y hasta licenciadas en facultades universitarias, ya se poseía en el convento el talismán para cambiar voluntades. Claro que ellas no tenían la culpa. La culpable es una sociedad, que, después de prostituir con sus lujosos engaños a una mujer, la arrumba para que sufra y se desespere con la tacha del insulto más humillante. Los mismos que pagan para hundirlas, ¿por qué no pagan para redimirlas, empleando el dinero de sus compras lujuriosas en puestos de trabajo y colocación de sus víctimas? Si las hay, no lo vamos a negar, viciosas por naturaleza, la verdad es que la mayor parte se precipitan en estas simas por los duros derroteros de la pobreza y de la miseria.

A Juanita no le sirvieron para nada aquellos años desesperantes que pasó en el centro reeducativo. No es la privación del agua lo que al hidrópico le cura la enfermedad de la sed. Más: el ayuntamiento con otras, peores que ella, llenaba su imaginación y su rabia de deseo de nuevas aventuras.

Lo expresó brutalmente un día en que una religiosa le imponía una obediencia. Gritó:

- ¡Cuando salga de aquí voy a ser más puta que una gallina!

La monja se tapó los oídos con las manos y así no percibió tan fuerte la carcajada de las compañeras, que celebraron la ocurrencia de la rebelde.

Y a fe, que Juanita cumplió su rabiosa palabra.

Al llegar a los veintiún años salió del reformatorio y, sin presentarse en casa de sus padres, marchó a “colocarse” en la capital.

Su trabajo era, naturalmente, nocturno. Por ello tenía que andar a salto de mata bastantes veces con la policía. Y vez hubo que tuvo que pagar con su cuerpo, para no verse privada con una multa de lo que había ganado en varias noches.

En esta vida conoció a un estudiante de Medicina portorriqueño, tan rico como amigo de los buenos vinos y coñacs de nuestro suelo hispano. Éste se enamoró perdidamente de la ardiente españolita. Ella pensó que en la cartera de aquel americano, que pagaba mejor que los demás, estaba la solución de su vida.

- ¡Si tú quieres, nos casamos!

Esto se lo dijo un día que estaba bastante bebido.

- ¿Y me llevarás a América?

- ¡Por supuesto!

- ¿Cómo es aquello?

El moreno americano abrió enormemente sus ojos; puso sus gruesos labios redondos, como la cámara inflada de la rueda de un coche, exclamando:

- ¡Oh, América! ¡Allí hay libertad! ¡No es como aquí, que se casan dos y, aunque no quieran, están condenados a vivir juntos toda la vida!

- ¡Pero tú, Williams, a mí no me dejarás!...

- ¡Oh, no! ¡Yo te quiero mucho!... ¡Okay!...

La abrazó muy americanamente e hizo con ella cosas que no se pueden escribir en libros decentes, como éste. Los que no leyó nunca Juanita.

Se casaron. Tuvieron un niño. Juanita, al fin y al cabo mujer, supo y sintió lo que es la felicidad. Ello vino a compensarle de tanta amargura de su pasado. Y de su presente, porque, pasada la primera temporada de

casados, Williams seguía tan vago en sus estudios como aplicado a sus borracheras. Bajo los efectos etílicos más de una vez llegó a golpearla.

A los tres años aquello no era hogar ni era nada. A la desdichada Juanita tantos sufrimientos le aumentaron, si es que a una madre puede aumentársele, los cariños y los mimos a su hijo chiquitín.

Hasta que un día Williams, el infame Williams:

- Hoy como que me apetece salir a pasear con el niño por el parque.  
¡Está buena la tarde!...

- ¡Pero yo no puedo! ¡Tengo mucho que hacer!

- Voy yo solo con el niño... se va a divertir con las palomas y con los columpios.

Juanita consintió gustosa. Que su niño se divirtiera. Además, si Williams fuera siempre así en lugar de andar bebiendo...

Llegó el atardecer y su marido, con el niño, no volvía. Anochecía y Juanita seguía en casa, nerviosa, sobresaltada. Pasó un rato y no pudo más; colocándose una rebeca encima de los hombros, salió a la calle, al parque. Allí preguntó a parejas, que generalmente aprovechaban los bancos de los rincones más oscuros para sus conversaciones y efusiones amorosas. Nadie le daba cuenta de nada. Volvió a casa y ésta estaba como cuando salió. No tuvo más remedio que ir a dar cuenta a la policía.

Toda la noche y parte del día siguiente anduvo la policía en averiguaciones. Y todo se aclaró al medio día: El día anterior, al anochecer, un hombre llamado Williams Morris Martínez, con su hijo de tres años, Jean, había tomado el avión muy americanamente también. Destino: San Juan de Puerto Rico.

Juanita estuvo al borde de la locura. Tuvo intentos de suicidio. ¡Sola, abandonada, sin su hijo!...

Y no teniendo de qué vivir, volvió otra vez a la vida que hasta su matrimonio con Williams había sido su fuente de ingresos pecuniarios.



En el año de mil novecientos ochenta y cuatro andaba José Luis coronando el último de su carrera. Quique ya la había acabado y estaba volcando de lleno sus ímpetus juveniles, avalados por su especialidad agronómica, en el extenso “Palomar”, al lado de su padre. En la finca y en la vida. Estaba para casarse con Mary Luz, una joven de línea cultural y ética excelente. De familia acomodada de un pueblo cercano, había estudiado interna en el colegio de la villa. Casarse era una cosa muy seria y como tal la tomó.

La juventud masculina y los de espíritu joven de la villa andaban eufóricos. Habían quedado finalistas del campeonato provincial de fútbol de aficionados. Si ganaban en la capital, pasaban a la fase final. Es que nunca tuvieron un equipo tan fuerte. Con jugadores como Lolo, que en el extremo era una ardilla filtrándose y, además, se sabía tantas, que hubiera dado un excelente comediante. Con mocetones como Rafa y José Luis. Éste, en el eje del ataque, había sido el terror de las porterías contrarias. Cuando podía jugar, que no era siempre, ya que para ello tenía que venirse desde la ciudad en donde estudiaba, los sábados y marcharse los lunes. Pero la afición podía en él más que la distancia.

Ahora, para la final, naturalmente, vino.

El partido fue de órdago a la grande. Había llovido mucho aquellos días y aquello, más que cancha de fútbol, fue una chocolatera. Ganaron dos-uno los de la villa. Claro que para ello Lolo, además de los regates de sus pies, puso a contribución del triunfo su ingenio maquiavélico. Después de minar sordamente los nervios del defensa central - Lolo tenía un léxico soez - se autoprovocó una hábil caída dentro del área en un choque. Aprovechó el hervor de la protesta contraria para que la rabia quemara en el susodicho defensa la última gota de aguante que le quedaba en el cuerpo. El bofetón que se llevó lo orquestó en el suelo con contorsiones teatrales. El penalty y la expulsión dejaron al equipo contrario destrozado. Pero Lolo, por una victoria, no renunciaba a un bofetada.

Jugadores e “hinchas” celebraron aquella noche la victoria, dividiéndose por grupos. Lolo acaudilló, como siempre, uno de ellos. Tiró de José Luis, para que se uniera, con una invitación de su burdo e irreverente cuño hispano:

- ¡Si te vienes conmigo te divertirás cojonudamente, porque yo soy muy hostia... ¿sabes? (1)

José Luis no supo de momento, naturalmente, a dónde le arrastraban. Él nunca había bajado por aquellos barrios. “¿Quién me habrá mandado venir a mí?...” Ahora, una vez unido a ellos, ya no podía marcharse sin hacer el papel de señorito. Además también sabía alternar, pero de buena manera, con los que no eran de su posición social, pues en “El Palomar” era con los colonos como su padre.

Las juergas mayores de los mozos de pueblo cuando van a la ciudad ya se sabe cuáles suelen ser: Comer, beber y...

A José Luis le siguió repiqueteando en la mente, sobre todo al principio

(1) Frase oída por mí a un universitario con marcado tono galaico en la calle del Preguntorio de Santiago de Compostela. Si pareciera muy fuerte, puede sustituirse por esta otra: - ¡Vente con nosotros, lo pasarás “bárbaro!” N. A.

de la cena, muchas veces la frase: “¿Quién me habrá mandado a mí... en esta zahúrda?” Había que aguantar.

Después...: Él sólo recordaba que entre el humo denso de los cigarros y un barullo que le ensombrecía la mente, apareció la figura gorda y arremangada de la cincuentona que les sirvió la cena. Brillaron sus ojos de alcahueta y sus brazos giraron como aspas de molino ponderando su mercancía:

- ¿Cuántos sois?... ¡Siete! Hay para todos. ¡Las tengo “chipén”! - Hizo con la boca “cloc”. - ¡Subid!

El grupo gregario se coló a empujones, gritando, por una portezuela. José Luis se quedó solo en el comedor-

- ¿Qué haces ahí, “pasmao”? ¡Ya serás algún chupalámparas de sacristía!

Más que ir él fue empujado por aquellos brazos olientes a cocina. La cabeza le daba vueltas. ¿En dónde estaba? Sólo sentía que le punzaba la lengua de la arpía aquella:

- ¡A estos niños “mimaos” hay que enseñarlos a vivir! ¡No te...!

Al final del corredor le abrió una puerta pequeña; le dio un empujón. El portazo, al cerrar la dueña, y el primer golpe de vista, le aturdieron los ojos, el cuerpo y el alma. A la luz difusa de una bombilla roja, de pie delante de un camastro y en “biquini” estaba... ¡Juanita!

- ¡Hola!, dijo ella. Sus labios, contrayéndose algo más por el lado derecho, esbozaron una sonrisa amarga: “Como todos los demás”.

Se reconocieron mutuamente. Inició, mecánicamente, su rito.

José Luis se sentó, sin mirarla, dándole la espalda, al pie de la cama; los ojos perdidos en el suelo y las manos caídas entre las piernas. Aquel antro se había agrandado enormemente, infinitamente, en torno a su cabeza y le daba vueltas a velocidad de vértigo. El corazón se le salía a golpes por las

sienes. La baraúnda giratoria de su cerebro recogía, de vez en cuando, chillidos y carcajadas bestiales de las habitaciones cercanas.

Juanita esperaba.

- ¡Eres poco hombre!

José Luis agarró el cuchillo del desafío y se lo arrancó feroz ensangrentado del pecho. Casi rompió los botones de la chaquete y rasgó la camisa. “¡Poco hombre!”

- ¡Que me machacas!

- ¿No pago?

- ¡Pero no para triturar mujeres!

“Mujeres... ¡A aquello también llamaban mujeres!... Las desgraciadas, desde sus simas oscuras y profundísimas, lanzaban alaridos como éste, mendigando para su dignidad perdida... Era uno de los pocos residuos de feminidad que les quedaban bajo las cenizas del espíritu. Ese y una mecánica compasión por aquellos que se hacían más abyectos que ellas. Que por eso Juanita, notando enseguida que José Luis era un primerizo, le ayudó.

Al despedirse, José Luis le alargó un billete de cinco mil pesetas. ¡Estos sí que eran hombres para Juanita! Colgó sus brazos del cuello del desesperado muchacho y le besó. ¿Le besó? ¡No! José Luis sintió aquella lengua viscosa, puntiaguda, allá dentro, casi en la epiglotis, y se le estremeció de asco con la punzada toda la espina dorsal.

- Cuando quieras, pichón, ya sabes en dónde me tienes.

¡Pobre José Luis! El día de la victoria más grande de su equipo sufrió la derrota mayor de su vida

Llegaron a altas horas de la noche al pueblo. José Luis entró en casa sin hacer ruido y se acostó. No durmió, porque sus pensamientos eran llamas de infierno. Le quemaban éstos las manos, la cara, la frente, la vergüenza: ¡Todo le ardía! ¿Y era aquello lo que llamaban “amor pagado”?... ¡Amor!... Le quemaba su cobardía: ¡Y con una!... ¡La pobre desgraciada, abandonada, con su vida rota!... Tenía el embozo de la sábana cogido con los dientes apretados; sus dedos crispados se clavaban en ella y la desgarró. ¿Y a aquello había llevado a Juanita el divorcio del americano?... ¿Había hombres y mujeres así en el mundo?... daba vueltas. Se quedó con la cabeza al borde de la cama, el cuello estirado, hacia atrás, clavada la mirada, sin pestañear, en la oscuridad. Su alma estaba a oscuras también, en desesperación.

Por la mañana desayunó sin hablar a penas. Don Jaime estaba voyante con la noticia de la victoria por dos a uno:

- ¡Hijo: Que estas victorias te sirvan de estímulo para otros triunfos en tu vida! ¡El año que viene serás ingeniero!...

José Luis apartó la mirada. Tuvo que seguir echando mano de sus bríos juveniles para continuar embozando su felonía.

Al partir para coger el autobús lo besó cariñosamente su mamá. Su vergüenza lo abofeteó... Contestó rápido con otro beso. La lengua de Juanita allá dentro todavía... ¡No merecía aquella madre!...

- Jaime: He notado al chico algo, qué sé yo...: como cansado y triste.



- ¡Oh! Será el partido de ayer. ¡Debieron sudar de forme la camiseta!

Al cruzar el autobús el puente, venía imponente el río. Se diría que había acaparado toda la lluvia de los días anteriores. Las aguas, completamente barrosas, se levantaban tan soberbias que casi tocaban las dovelas de los arcos. Mugían con bramidos largos y se retorcían en remolinos. Sus embestidas tenían aterrados a los campos marginales y a algunas casas cercanas a sus riberas.

A José Luis se remeti6 toda aquella agua, a bocanadas, por las compuertas derribadas del alma. Lo llevaba; lo hundía; salía a flote, se agarraba a las ramas de los árboles; pero un bandazo y otro lo arrebataban y le estrellaban la cabeza contra las rocas del cauce y los cantos rodados. Igual les pasaba a los millones de hombres y mujeres del “amor pagado”... Otra vez se le estremecía de asco la espina dorsal al sentir en la epiglotis... Y así estaba también el matrimonio en aquellos que no lo tenían más que como capa de legalidad para hacer lo que él había hecho aquella noche...

Unos kilómetros más abajo las aguas sucias andaban a arañazos con las hortalizas de lo huertos y se habían atrevido hasta meterse en la carretera.

El chófer paró. Aún se podía pasar despacio. Metió la primera diciendo:

- ¡Como no les pongan cauce nos van a arrastrar un día a todos!

¡Cauces! En su interior juró José Luis que un día se los pondría él. Pero, ¿y a la otra riada? Se acordó de su mamá, de su papá, de sus hermanos... Y se hizo este juramente: ¡No se casaría como no encontrara una mujer como su madre! Pero esto era imposible, porque, aunque las hubiera, ¿a qué hijo de Doña Isabel le iba a parecer que existía en el mundo una mujer como su madre?

Una noche le llevó para siempre, en su negrura de posibles pesimistas suposiciones, la esperanza de poder ser feliz en la vida con una mujer.

----oo—000—oo----

Don Jaime hubiera querido poder remover con sus brazos inertes lo único que de la tierra tenían los que habían ido al más allá: Las lápidas funerarias del cementerio. Hacer de los cementerios cantera para levantar la presa. Desde aquella región se veían aún mucho mejor las cosas. Si él hubiera podido levantarse siquiera un día de aquella tumba, subiría a uno de los mausoleos más grandes del mundo: a la Cruz del Valle de los Caídos... Los muertos sí entenderían lo que no les quisieron comprender los vivos. Les invitaría a todos los muertos de todos los cementerios del mundo a cargar aquellos mármoles y sillares funerarios, que los oprimían contra la tierra, para construir ellos, no una, sino muchas, infinidad de presas en todos los ríos de la geografía terrestre. La Tierra estaba llena de riquezas que se desaprovechaban o se perdían por no saberlas o por no quererlas utilizar. Era cuestión de encauzarlas para que lleguen a todos los rincones en donde moran los hombres. Total, todos aquellos mausoleos, de qué les servían a los muertos. Los que se movían por encima de la tierra

decían que era para su gloria. La gloria enterrada no brilla; no es nada. Eran los vivos los que se aprovechaban de aquella gloria atribuida a los muertos. Toda su fama la darían por hacer comprender a los hombres que en la vida todo es cuestión de cauces. Pero los que aún andaban con los esqueletos cubiertos de vida no lo entendían.

No le entendieron a él cuando anduvo queriéndolos convencer de que había que unirse para conseguir lo que fue la obsesión de la mayor parte de su existencia de rico terrateniente. Los egoísmos de la comodidad le cerraron tantas puertas...

Paquita, la viuda de Juan, al exponerle lo que sería “El Cagigal” el día que tuviera agua, le respondió:

- Para mí y para mi hija tenemos de sobra con la renta. Y tú, Jaime: ¿para qué quieres? Tienes a todos tus hijos colocados. ¡Déjate de quebraderos de cabeza!

- ¡Es por el bien de los demás, Paquita!

Era esto lo que no querían entender. Si por él fuera, para los años que le iban a quedar de vida... A sus hijos les había asegurado el porvenir. Isabelita y Enrique, casados, en buena posición. José Luis, con su carrera y unido a su hermano en la finca, con abundante trabajo profesional además, tampoco lo necesitaba. Conchita y Jaime: Estos sí que habían penetrado la profundidad de la vida humana. Los dos habían renunciado a todo por el bien de los demás. Ella, en África, volcando sus delicadezas femeninas con espíritu de madre sobre los enfermos y desgraciados. Él, en América. Enrolado en un equipo misionero volante se había recorrido, predicando siempre, las repúblicas centroamericanas, más Argentina, Colombia,

Ecuador, Bolivia. Había viajado por Brasil, Chile, Uruguay y Venezuela. Ahora estaba en el Perú. Escribía frecuentemente. Sus cartas eran latidos angustiosos de su corazón sacerdotal, que sangraba de dolor con los que allí sufrían la opresión de las injusticias humanas. Pero él también era d los que, estando vivos, estaban más allá. En las naciones superdesarrolladas estaban las fronteras del lujo, y en torno a las alturas de los palacios presidenciales, las reducidas comunidades oligárquicas enriqueciéndose cada vez más. Los lamentos de Jaime y de los que trabajaban como él se diluían en el olvido de su sacrificado anonimato. Para el caso, muertos también.

Mas la corriente, que llevaba en sus avalanchas sucias a todos aquellos americanos, estrellándose contra las rocas de una infinidad de problemas de su cauce vital, era una realidad. La veían mejor los que estaban a su vera. Aquella riada también necesitaba presa.

En la casa de su hermana Isabelita se guardaban en un cajón del armario, todas las cartas que escribían Conchita - ahora Sor Concepción - y Jaime. Doña Isabel comenzó en vida a almacenar todos aquellos cariños de sus hijos religiosos, esmaltados de noticias y ahora los continuaba la hija.

Sobre todo eran las del misionero un testimonio manuscrito realista de las estructuras sociorreligiosas de aquel gran continente.

A los ojos de los de aquí, acostumbrados a otros panoramas de color rosa, podían parecer pesimistas. Así se le hizo notar por carta en cierta ocasión. Pero él contestó que no se había hecho operación ninguna de la vista: que tenía los mismos ojos con que había mirado antes Europa.

Cartas como ésta:

“San Salvador, 20-VII-1996

“Queridos papás y hermanos:

“Dentro de unos días es el santo de papá y el mío. Espero que vuestra carta y la mía se crucen y se digan adiós sobre el océano.

“Papá: Que pases un día muy feliz con la compañía de todos. A tu edad y tan realista como has sido siempre, ya sé que no te engañas y sabes ensayar la felicidad verdadera. Esa felicidad hacia la que todos aspiramos y que esperamos Dios nos conceda un día.

“Yo pasaré el día de mi santo predicando en un cantón alejado del departamento de Ahuachapán.

“Estos salvadoreños son sencillos y, tratándolos con cariño y caridad, se hace de ellos lo que se quiere. En su pobreza y abandono tienen, aún los mayores, una mentalidad de niños. Necesitan amor.

“Seguimos casando amancebados.

“Para ellos el amancebamiento no constituye ese delito moral de nuestra ética latina. La falta, además, de sacerdotes o de diáconos, más acusada aún en otras naciones como Honduras, hace pensar si no habría que declarar muchos de estos amancebamientos jurídicos, verdaderos sacramentos, cuando se han hecho por la ley, con los testigos que ésta exige. Pero hasta ahora nadie los ha mentalizado en este sentido. Se juntan; tienen hijos. Y si, andando los años, viene algún

misionero, la mayor parte de ellos van reverentes a que el “Padresito” les eche las bendiciones.

La borrachera es lacra nacional. Eso trae una secuela de consecuencias catastróficas. En unas conferencias a matrimonios en la misión de Sonsonate, invitamos a dar una charla a un médico prestigioso. Les afirmó que el 80% de los salvadoreños eran engendrados en estado de alcoholismo o de embriaguez del padre.

“Como andan siempre con el “corvo”, y bastantes con el revólver escondido, su mentalidad niña les lleva a hacer con estas cosas de verdad lo que los niños hacen con semejantes de mentira en sus juegos. Pero las páginas de los diarios son muestras de heridas y de muertes. Y qué sadismo en alguna de esas “masacres”, sobre todo en las relaciones con las traiciones pasionales amorosas... -Recuerdo en este momento algunas de cuando estuve en Colombia-. No os lo cuento pues, además de horrorizaros, a mamá y a Isabelita les iban a salir los colores.

“Gracias a Dios ahora ya se van desengañando de lo que en principio, hace más de treinta años, fue una píldora dorada de los Estados Unidos: La Alianza para el Progreso de las Naciones Americanas. La verdadera alianza para que estas naciones progresaran con la ayuda del coloso del norte, sería si éste hiciera fábricas en estas mismas naciones. Pero resulta que de este mundo del subdesarrollo se lleva las materias primas a

precios de moneda de aquí, las transforma en las fábricas de San Francisco o de Chicago... Después se las devuelve dentro de botes o en forma de artefactos, cobrándoles el número matemático proporcional del de compra, pero elevándolo a potencia “dólar”.

“Los pobrecitos son dignos de lástima. Es muy difícil meter en mentes de seres con estómagos faltos de calorías, el calor del misterio cristiano. Comprendámoslos.

“Os abrazo a todos.

Jaime.

Más significativa aún era otra carta, escrita desde Sudamérica, que tenía párrafos como éstos:

.....”Mi corazón sufre con el sufrimiento de mis queridos americanitos. ¿En dónde está la solución de este inmenso continente?

.....

“El otro día un universitario me decía que él no aguantaría a ningún dictador como en algunas naciones europeas. Yo me callé, porque la acción de los misioneros es obra esencialmente espiritual y no podemos dar pie a que nos tomen nuestras palabras en sentido político. Los pobres viven engañados. No entienden que la mayor parte de estas democracias americanas, queriendo copiar a las democracias de otras naciones, superdesarrolladas en todos los sentidos, son los sistemas más ridículos de gobierno. Los

presidentes de república siguen siendo marionetas de un partido político, a cuyas cuerdas tienen que obedecer.

Son bastantes veces democracias dictatoriales de reducidas oligarquías, mucho más tiránicas que las dictaduras europeas.

“La oligarquía tiene aherrojada en bastantes sitios a las masas ignorantes y pobres. Los engañan con promesas solicitando sus votos en campañas electorales. Cuando uno sube al podium de la presidencia, junta en torno a sí a un equipo que le apostilla su peana; se enriquecen en pocos años. Y aún airean que eso es democracia. La democracia americana ha venido siendo durante muchos años el resultado de los votos de doscientos mil patanes, contra el de un científico de carrera. Vemos el número, naturalmente, no la realidad. Y del número se aprovechan los vividores.

“Por eso ahora, que de entre las masas van saliendo hombres de estudio, se les abren los ojos, y buscan como armas contra las injusticias, el comunismo.

“Pues yo os digo también a vosotros: La salvación para América quizá haya que buscarla aquí: en el comunismo. Pero ¡ay de nosotros, los católicos, si no aprovechándonos del gran fondo religioso de estos americanos, no bautizamos a tiempo ese comunismo, haciéndolo un socialismo cristiano”



.....

Isabelita, cuando llegó esta carta, toda asustada, había dicho:

- ¡Papá! ¿Será que Jaimito se está haciendo comunista como aquellos obreros de París?...

- No, hija: La cuestión es mucho más seria de lo que parece. Esos americanos son masas dúctiles que necesitan molde bueno.

Cuando Jaime enfocaba problema, como los de la familia, se descubría, a través de sus cartas, un estado de cosas tal, que no eran de extrañar afirmaciones y soluciones de emergencia dadas a salto de circunstancia:

.....

“El otro día en un cursillo de cristiandad, un hombre lloraba. Se había casado católicamente con una mujer. Ésta se fue con otro a los tres años. Él se casó por lo civil con la que ahora vive. Ha tenido con ella cinco hijos. Vive feliz con ella. No puede casarse sin embargo con ésta, porque vive su legítima mujer. La actual y sus hijos viven del sueldo de él. El director de cursillos le dijo que fuera bueno con ésta; que se confesara y comulgara”...

.....”Estos chilenos se tienen por pioneros de esta continente en materia de moral matrimonial. Y la verdad es que sus razones tienen. Pero afirman muchos que una cosa es el ideal de

Roma, hecho para élites de catolicismo y otra la realidad de un inframundo de catolicismo, que no está, ni mucho menos, por las normas tan precisas como las claras de la “*Humanae Vitae*”. Y éstos también son Iglesia, aunque rudimentaria. Pero ¿se podrá negar que la actual Iglesia tuvo unos elementos tan primates como unos rudos pescadores de Galilea?...”

.....”Cualquiera convence a una de estas señoras de la buena sociedad americana de que no hace bien tomándose píldoras anovulatorias antibaby, sobre todo ahora que han alcanzado esta perfección farmacológica... Ellas van a comulgar como si no. Para ellas el médico rige sus condiciones somáticas. El sacerdote es el encargado de la Iglesia de representarlas ante Dios y darles los sacramentos”...

Todas estas y muchas cosas más, que en el secreto de la intimidad guardaba el “clan” de Don Jaime les llevaba a la conclusión de que en el mundo había muchos problemas. José Luis pensaba que aquello estaba como el río en día de crecida.

Isabelita, desde que su hermano Jaime se ordenó de sacerdote, le confió los problemas de su conciencia. Ella había recibido de su mamá aquella

delicadeza, que la llevaba a buscar en la consulta soluciones seguras de quien sin duda sabía mucha más moral que ella.

En la intimidad de una cajita especial de taracea guardaba algunas cartas, que de su hermano Jaime recibía ella en particular. Algunas de las que ella escribía - para estar más segura de sus consultas las escribía a doble copia - allí las tenía también con las de su hermano.

Una de éstas era::

“Querido Jaime:

.....

Por carta no se me hace tan difícil consultarte un problema, que no sé si sería capaz de hacerlo de palabra.

Ya sabes que tengo dos niños. José Carlos y yo, no es que no queramos más; pero por ahora, creemos que debemos esperar unos años. Con la ayuda del “ovulómetro” practicamos la continencia periódica. Pero te aseguro que el amor del matrimonio es una cosa que, hasta ahora, no he visto escrita en ningún libro. No se puede escribir.

“Oigo, a veces, entre matrimonios conversaciones sobre la paternidad y, aunque me casé teniendo ideas bastante claras, tengo mis dudas sobre si tendré alguna responsabilidad, porque creo que el bueno de tu cuñado, José Carlos, tiene en ocasiones que sufrir.

“Te advierto que, aunque ahora la cosa ya no sea como antes, hay aún bastante jaleo en este problema”...

Isabelita, que siempre había tenido aquella cajota de sus cartas abierta, desde que tuvo que meter en ella cartas como la anterior y otras, con respuestas sobre estas para ella delicadas materias acerca del matrimonio, la había cerrado con una llavecita. Se le había trasfundido desde su madre ese sentimiento indefinible, captor de toda la compleja gama educacional. No fueran alguna vez los niños... Sólo su esposo tenía siempre abierta la puerta de la intimidad de sus secretos.

Y eso que Jaime le respondía siempre a sus consultas con gran seriedad, no exenta, en casos como el presente, de una vaguedad propia de ese respeto impuesto por la sabia naturaleza a las relaciones entre hermanos en materias delicadas, aunque en ocasiones tuviera que leer entre líneas:

“Mi querida hermana Isabelita:

“En esta carta particular para ti, voy a tratar de darte lo que me pides.

“Afortunadamente, como tú dices, en nuestros tiempos las doctrinas sobre la moralidad del matrimonio van ya muy encauzadas. El dique que con no poco trabajo levantara el Papa de la “*Humanae vitae*”, aunque en estaciones grandes de lluvias y deshielos se va rebasado por las abundantes aguas que se precipitan río abajo, ha ido consiguiendo una racional distribución de la enorme riqueza que en su dietario lleva este río de corrientes divinas, el sacramento del matrimonio.

“No obstante yo te digo: Que ningún sacerdote, aunque sea tu hermano, podrá deciros los hijos que debéis tener. Esa es incumbencia absolutamente de vuestras responsabilidades de

esposos, medidas con un corazón de recta conciencia.

“Yo entiendo que hay una mística del matrimonio. Puedo llevarte de la mano hasta sus puertas. Pero te aseguro que me es imposible pasar, porque en sus taquillas no reparten billetes individuales tampoco para sacerdotes. Por eso te puedo hablar de ella desde fuera y por analogías. Por la mística de mi sacerdocio. Ésta sí que la entiendo y la siento. Los que no la entienden nos tienen por desfasados o, a lo más, por Quijotes.

Una vez que se han pasado las fronteras de una de esas misteriosas regiones para vivir dentro de ellas, es imposible dejarlas sin traicionarlas. Que por eso un sacerdote que no viva su sacerdocio con plenitud o que, saliéndose de él vaya a sacar billete doble para el estado en que vosotros vivís, una de dos: o no entendió el sacerdocio y entonces lo profanó entrando en él, o pretendió trasegar a su corazón otras aguas; y entonces te aseguro que éstas se le corromperán muy pronto, llevándole toda la vida al paladar del alma amarguras de traición.

“Yo entiendo que ambas místicas tienen un denominador común: EL AMOR, sean distintas las cantidades que de él puedan recoger los numeradores de los humanos, y, desde luego, en distintos recipientes.

“Ya un gran santo y sabio de la antigüedad dijo aquello que tantas veces has oído: Ama y haz lo que quieras.

“Si de veras amamos haremos aquello que quiere y como lo quiere el amor. Yo en mi sacerdocio; tú en tu matrimonio.

“Y si tu esposo te ama de verdad, no hará nada que sepa que te puede causar disgusto. Sea que dimanen tus deseos de un fondo humano femenino o religioso. Y él gozará sabiendo que eso es tu recto y sincero querer.

“Mi querida Isabelita: Ama y entonces no harás nada, absolutamente nada que entiendas va contra tu dignidad de mujer y de cristiana.

“Esa es la moderna suprema de moralidad en tan delicada cuestión.

“Me he extendido mucho, pero el tema lo requería.

“Me acuerdo de todos.

“Besos de tu hermano

Jaime. “

En estos últimos tiempos, después que sus padres Don Jaime y Doña Isabel habían muerto, Jaime volvió a ejercer su apostolado misional en la república del Perú.

Y no había problema humano, religioso o social, que no encarnara muy hondamente en su sacerdocio. Eso sí: el tamiz por el que pasaba todo a su alma era la presencia de sus difuntos padres, sobre todo, la de su madre. La muerte de ellos para él y para sus hermanos, no había sido más que un

accidente terriblemente doloroso. Pero seguían viviendo ante ellos; sentían su respiración; los conducían siempre de la mano de su espíritu.

.....”Cuando veo, mis queridos hermanos, toda esta serie de catástrofes desintegradoras de la familia y de la sociedad, pienso en las gracias que tenemos que dar al Altísimo los que nacimos en un hogar con amor y en una sociedad con orden”.....

Desde la virreinal Lima, con sus más de seis millones de habitantes, en un 70% en condiciones infrahumanas de habitabilidad, hasta la monumental Cuzco, con su inmortal corona incaica de Machupicchu; desde la tórrida y siempre verde Iquitos hasta la árida Tacna, recorrió Jaime aquella tierra de contrastes en todas las direcciones que a sus rutas misioneras señalaba con sus índices la rosa de los vientos.

Por una carretera en muy buen estado había salido de Huancayo, con su compañero, el padre Jesús, de mañanita. Él manejaba la furgoneta.

Corrían vertiente arriba por en medio de aquel feracísimo valle del Mantaro, a más de tres mil metros de altura. El broche de apertura lo tiene este valle en la ciudad de Jauja, que, al abrirlo, queda casi mojando su mano izquierda en las aguas claras de la laguna de Paca y la derecha en las frías del río que da nombre al valle.

Cómo se peraltarían de admiración los ojos de los descubridores españoles al contemplar su maravilla por vez primera. Por ello seguramente le dieron el nombre que lleva a esta ciudad clave. Dicen que Francisco Pizarro pensó en clocar allí la capital del virreinato.

Siguiendo a mano izquierda, escuchando siempre el canto eterno del río, se fueron metiendo por las imponentes y retorcidas gargantas que los

llevaron a La Oroya, nudo que ata una de las redes mineras más extensas e importantes del mundo entero. Aquí los montes altísimos, de color calcáreo oscuro, juntan tanto sus enormes moles, que parece como si nos quisieran aplastar de repente entre sus palmas a los que por allí pasamos.

- Están tan abultados, dijo Jaime, por la cantidad enorme de riqueza que guardan en sus entrañas.

- ¡Y pensar que toda esta riqueza se la han estado arrebatando a estos peruanitos durante años los “gringos”!...

- Bueno: Algo también se llevaron antes nuestros antepasados.

El padre Jesús se revolvió en el asiento. Virando rápido la cabeza y mirando por la ventanilla de la derecha, exclamó:

- ¡Quita allá, hombre! ¿Tú has visto los residuos de las fundiciones, que ahí arriba, a mano izquierda, bajando la mina de San Cristóbal - hizo un gesto en arco con el índice - tenían los españoles? ¡Eso era un hornillo de asar castañas en comparación de este infierno de La Oroya!

- Sí; eso no te niego.

- ¡Han sacado más los norteamericanos en un mes del Perú, que los españoles en todo el tiempo de la colonia!

Dejando a su izquierda la carretera, que cruzando Morococha vierte por la bocana el alto Tíclio las maravillas del Perú sobre el Pacífico, torcieron a la derecha y continuaron subiendo.

Campos de Junín, con la extensa laguna de su nombre al fondo. A la izquierda el monolito que perpetúa la carga con que los húsares dispersaron a las fuerzas reales, que acabarían poco después entregando en Ayacuchoi las llaves de la independencia.

Por la tarde llegaban a la ciudad de Cerro de Pasco. Hace años estaba ubicada en lo que hoy es mina. Ahora la trasladaron más a la derecha. La riqueza minera de esta zona es tal, que los guarismos de las estadísticas se ponen a arrastrar detrás de sí ceros y ceros y no acaban nunca de producir millones. El mineral está a flor de tierra. Pero toda esta riqueza también la



ha estado engullendo con sus grandes fauces La Oroya, al caer sobre ella las zarpas del dragón del norte con las uñas de sus potentes máquinas.

En aquella altura de más de cuatro mil metros hacía un frío que pelaba.

- Te aseguro, Jaime, que con toda esta riqueza el Perú tenía que ser una de las naciones ricas del mundo.

- ¡Cierto! Y añade tú el petróleo y el mar...

- Y cuando todo esto estuviera correctamente encauzado, revirtiendo, porque es del Perú, a lo peruanitos, se remediarían esas lacras sociales y morales de las grandes barriadas de Lima y de otras ciudades, que están coronando de espinas a ellos y a los que sentimos su dolor. Podían ser más millones de peruanos y todos ricos.

Se habían parado en un surtidor a llenar el depósito de gasolina.

La conversación de ambos giró después en torno al problema demográfico. Estos indios, sin promoción social adecuada, tenían una falta total de responsabilidades en lo referente a la natalidad. Tener hijos era para ello una pura cuestión de sexo y no de amor. El divorcio, el adulterio, el lenocinio, traían sus trágicas secuelas de mujeres abandonadas y de hijos sin padre.

- Lo que es, ¡cuántas gracias tenemos que dar a Dios por habernos hecho nacer en nuestro hogar!

La figura amable de su difunta madre le acarició la mente con un dulce recuerdo.

Anochece y ahora marchaban por una carretera difícil. Bordearon un rato las lomas detrás de las cuales, en un valle profundísimo, esconde Tusi los relicarios ignorados de tumbas de jesuitas misioneros. Mártires anónimos de la civilización y colonización de América. Estaban casi al término de su viaje misionero: el gran campamento minero de Goillarisquizga.

Se llama así - Campo de la estrella - con fonética "quechua", porque una estrella, tal vez prendada de su grandeza, tomó aquel lugar por el cielo

y colocó en él un día su luz. Fue un meteorito, cuya señal aún quieren ver hoy en una gran cavidad aquellos indios.

Goillarizquiza, a cuatro mil ciento noventa y dos metros de altura sobre el nivel del pacífico, es el balcón de uno de los parajes más bellos de la tierra.

Todos los días, cuando Dios abría la partitura de la mañana sobre aquel inmenso atril del anfiteatro de los Andes, estallaba un concierto de colores y claridades, que extasiaba a los misioneros. En el centro, un gran macizo nevado del Raura, y más a la derecha, las paredes de cristal helado del airoso Yerupajá, con sus seis mil setecientos treinta y dos metros, conteniendo aquellas armonías, para verterlas, cantando, en blancas cascadas los dos en el cauce del río Marañón. El que más adelante, después de recoger los veneros de la Cordillera Blanca, al darse el abrazo con el Ucayali forma el caudaloso Amazonas.

Los indios de aquel campamento, obreros todos, no sabían apenas que existía aquella belleza. No sólo por su incapacidad de percibirla, sino porque la mayor parte de ellos pasaban la vida en las entrañas negras de las galerías de las minas.

Uno de los días llegaron corriendo a la capilla dos niños, hermanita y hermanito. Ella, diez años; él, ocho. Pequeñitos, escuálidos, sucios. La niña gritaba en sus sollozos:

- ¡"Padresito", "Padresito"! ¡Que mi papá le está pegando a mi mamá!
- ¿Por qué le pega?
- Es que le dijo que tenía otras cuatro mujeres...
- ¿Por dónde se va a tu casa?

Al llegar, él, indio "cholo", borracho, con furia salvaje descargaba golpes con una "faite" - látigo - sobre una mujer tirada en el suelo, con las ropas y los cabellos revueltos y la cara ensangrentada. La desdichada esposa gritaba con desesperación.

Por la noche se decían el uno al otro misionero:

- El caso es que estas gentes son sencillas y tienen gran fondo religioso.

El día que esta sociedad egoísta que los explota los encauzara, enseñándoles que hay valores transcendentales, serían una verdadera fuerza vital del cristianismo.

- ¡ Y sin embargo también son Iglesia, porque están bautizados!

La carta en que Jaime les relataba a sus hermanos de aquí sus últimas andanzas, la finalizaba con esta felicitación a su cuñado:

.....”¡Enhorabuena, José Carlos! Así es que, según me comunica en su última Isabelita, a tu cargo de alcalde de la villa se una ahora éste de haber sido elegido para diputado provincial.

“Ten en cuenta que los cargos públicos son para ponerse al servicio de los demás”...

Esto lo sabían muy bien Quique y José Luis, que lo habían bebido en la misma fuente que su hermano. Por eso, la circunstancia de la nueva posición del marido de su hermana Isabelita, iba a servirles a ellos para transformar al fecunda etapa de su existencia. La suya y la de muchos.

La gran dificultad para introducirnos en el alma de una persona ruda, analfabeta, para descubrir dentro de ella lo que nosotros llamamos reacciones primarias, estriba en que ningún rudo analfabeto sabe escribir para describir. Por eso precisamente es rudo y analfabeto

Lo mismo que no sabemos lo que se siente en el instante de la muerte porque, hasta ahora, ningún muerto ha sacado sus manos esqueléticas del sepulcro para, convirtiendo su lápida funeraria en pupitre, narrarnos la tragedia del desgarrón del espíritu de la materia.

Y entonces lo que hacemos es intentar encerrarnos en la hermética cápsula ficticia de una paradoja que nos aísle lo más posible de nuestro yo envolvente, para fingirnos rudos analfabetos, siendo escritores con mente pensante de organizadas y tal vez altas ideas. Y éstas las vamos trasvasando a la mente del analbafeto, se las revolvemos en su masa encefálica para que se tiñan de gris. Luego las sacamos y tratamos de mostrarlas como creemos que pensaría él. Pero en realidad siguen siendo las nuestras con intento fallido de despersonalización.

Lo mismo hacemos con los muertos: Nos introducimos mentalmente en sus tumbas. Sacamos de nuestro pensar ideas e ideas que restregamos contra lo que nos parecen a nosotros horrores de funerario nicho obscuro, o, intentando primero amasarlas con su húmeda tierra, las introducimos con temblor en sus calaveras para ver de empaparlas vanamente con el pensar y sentir que allí hubo - pero que ya no hay -, en el instante del golpe letal postrero. Después las vamos extendiendo sobre unas cuartillas.

En realidad, lo que hemos hecho nosotros, analfabetizados y cultos, vivos y pensantes, es un instante fallido de desculturizarnos o de aniquilarnos, según los casos.

Por eso la historia exacta de cada uno sólo él la sabe y puede expresar.

Por eso está todavía por escribir ese misterio de las reacciones de los rudos, en lo que nosotros entendemos es obscuridad suya, cuando sobre ellos se enfoca el faro potente de los adelantos modernos de un devenir que avanza hacia el progreso, y que a nosotros, al aceptarlos, nos convierte la vida en más cómoda y feliz.

Y nosotros, cuando los contemplamos en su cerrazón, les tenemos lástima. Y al tratar de darnos una explicación colgando interrogaciones de tantos fenómenos psicológicos, respondemos: Misterio; limitación humana. O buscamos tan lejos como la parábola evangélica de los talentos.

Claro que, colocándonos con un gesto de leal sinceridad en la escala de los valores intelectuales y temporales, tenemos que hacernos también a nosotros una humilde confesión: Un módulo de relativismo, lo mismo que nos levanta sobre los faltos de luces, nos abaja ante los sabios y nos empequeñece ante indudables adelantos futuros, de los que disfrutarían los que vengan después de nosotros.

Por eso vemos que somos pequeños aún y, digamos la verdad, se nos ha pegado mucho del complejo de los rudos analfabetos de lo que podíamos llamar la alergia al desprendimiento”. ¡Cuesta desprenderse!

Como a una persona ruda le cuesta desprenderse de usos anticuados, a nosotros también nos cuesta desprendernos de ideas primitivas, porque las hicimos muy carne de nuestra vida cuando no teníamos otras. Existen frecuentemente posturas refractarias a doctrinas nuevas de savia enriquecedora, cuando ya se almacenaron muchas otras.

Y cuando nos encontramos con posturas intransigentes impermeables al adelanto, si no queremos enfadarnos, decimos: “El único remedio so unos funerales. Hay que esperar”.

Si los siglos pasados no hubieran tenido sus funerales en los féretros de la Historia, seríamos eternamente viejos. En Filosofía ¿qué sería de nosotros si nuestros conceptos hubieran quedado por siempre dentro de los módulos de idealismos platónicos? No digamos nada de la Física y ciencias experimentales: lo que hoy parece el último grito de un invento, mañana se queda inservible.

Nosotros mismos, a fuer de sinceros, tenemos que ser, sin renunciar a nuestro yo, enterradores de nuestras ideas.

En Religión y Moral, si no fuera por la evolución homogénea de sus doctrinas, que se perfeccionan y enriquecen constantemente con la aportación del abundante venero dejado por Dios en la mente de los hombres, daría la Iglesia un triste espectáculo de anquilosamiento e inercia, muy contrario al poder del Espíritu que la alimenta sin cesar, haciéndola partícipe de sus riquezas insondables.

¡Pobres personajes actuales de nuestra novela si tuvieran que vivir todavía con las mismas angustias que a nosotros y a Don Manuel, a Don Jaime y a Doña Isabel nos acongojaron en el siglo XX! Les tendríamos una lástima semejante a la que nos han inspirado esos americanitos sobre los que volcaban su sacerdocio los padres Jesús y Jaime. La misma lástima que, sin duda, nos van a inspirar los labriegos y pastores de Valleumbroso al verlos tan refractarios a la abundancia que alargaba, ofreciendo gratis, manos llenas delante de su pobreza. Pero su actitud va a ser - ¡ay! - todo

un símbolo. Porque está visto que, en la vida de los hombres, el Gran Armador del universo sembró tantos signos como estrellas en el cielo. Gracias a ellos la tenemos algo iluminada. Es la escalera que tenemos para ascender de nuestro suelo a los valores más altos o que ofrecen sus dificultades a nuestra inteligencia limitada.

En el momento mismo en que acaba de armar esta teoría, tiene Valleumbroso treinta y seis vecinos con ciento treinta y ocho habitantes.

Si todo lo que el hombre ha gastado en guerras y en lanzar vuelos espaciales lo hubiera empleado en alumbrar en la tierra fuentes de riqueza y en elevar niveles demográficos, hace muchos años que no existirían pueblos como Valleumbroso. El mundo del progreso y del “confort” corre a grandes velocidades hacia adelante y Valleumbroso va quedando allá lejísimo, hecho un puntito cada vez más pequeño. Como un gusano negro, que mueve sus patas entre el fango y no avanza. Parece que está siempre muriéndose. Pro cuando lo creemos acabado, se arquea un poco su caparazón y se despegan un tanto del lodo sus aletas para volver de nuevo a hundirse en él.

Y así van quedando en rincones del globo terrestre aprisionados, infinidades de puntitos negros, sufriendo la tragedia que una mitología griega hubiera colocado al borde de la frontera de un logro anhelado, cayendo siempre en la sima de su propia impotencia.

Casi soterrado, como un hongo, cabe al río, en un repliegue profundo de aquellas altas montañas. Montañas muy viejas, con sus cabezas siempre blancas y sus brumas ceñudas. Siguen igual que el día aquel en que el índice de Don Jaime llevó a ellas, corriendo en un instante más de cien kilómetros, las miradas de sus dos niños.

Ahora, de mayor, José Luis se ha acercado varias veces hasta sus vertientes, acompañando unas veces de unos amigos, otras de otros. El motivo de estas incursiones es la caza. Pero José Luis lleva siempre otros fines en su mente. Los expone con frecuencia a sus amigos cinegetas. Y

conoce exactamente la vasta geografía tanto de la parte baja, en donde la villa y otros muchos pueblos tienen sus casas y pequeñas industrias sobre los campos, como esta otra alta y escarpada, sin más vestigios de vida que algunas casuchas de piedra musgosa y techo negro de pizarra. Más que casas parecen guaridas de pastores, de pobres labriegos y de animales.

La frente amplia del ingeniero José Luis tenía el plano perfectamente dibujado. Aquella garganta por donde el río, saltando a brincos sobre rocas, se precipitaba apresurándose por salir de aquellas sombrías hondonadas para respirar a pleno pulmón la serenidad del campo, era el lugar en que él, después de examinar otros muchos, tenía colocada la alta **presa**. Los dos contrafuertes de sus moles pétreas, cortadas a tajo por los hundimientos telúricos de los tiempos en que la tierra buscara sus firmes asientos, formaban dos bastiones naturales formidables para que el hormigón pudiera apoyar sus nervios interiores de hierro. Las contrapuertas inferiores, que recibirían la presión de los ciento ochenta y cuatro millones de metros cúbicos de agua embalsada, enviarían a las turbinas de una gran central hidroeléctrica, al pie de presa, la potencia generadora de muchos millones de kilovatios. Allí mismo una gran arteria recibiría el impulso de esta sístole constante, ramificándose más abajo en otras dos a ambos lados del río. Éstas se irían subdividiendo cada vez más hasta formar el entramado de infinidad de vasos capilares, que llevarían la vida en aquella extensa región a miles de hectáreas sedientas: fincas en régimen de gran propiedad, como “El Palomar”, o las otras, mucho más numerosas, del minifundio proletario. Zonas ahora de monte, en unos años, dado su nivel de altura, podían quedar convertidas en algodinales, arrozales y en otras producciones. La diástole



de aquel enorme corazón quedaba garantizada, sin peligro de colapso, por aquellas nieves eternas, los manantiales y las torrenteras. Y el río, dominado definitivamente.

A José Luis, al llegar aquí su mente, se le sedimentaba dentro del alma toda la tragedia de su vida interior. Le era imposible desvincular aquella simbiosis dicotómica de presa-cauces y vida.

- José Carlos: ¡Esto ya no se puede demorar por más tiempo!

- ¿Y qué quieres que haga yo, José Luis? Todos lo comprenden, pero nadie quiere arriesgarse.

Estáis ahí los alcaldes en vuestros minúsculos ayuntamientos, queriendo apuntalar con cuatro listones endebles unas estructuras ciudadanas y rurales, que se caen de viejas. ¡Hay que decidirse a hacer la revolución transformadora a escala provincial!

José Carlos miraba a su cuñado mientras alargaba el vaso para que lo llenara de cerveza su mujer, Isabelita. Ésta, pretendiendo solícita aflojar un tanto la presión que su fogoso hermano ejercía en ocasiones como ésta sobre su marido, acudía conciliadora:

- Las obras de envergadura requieren su tiempo. Se lo oíste decir muchas veces a papá...

Su marido, aliviado con esta mano que le tendía su esposa, recalcó:

- Y, como si esto fuera poco, ya ves cómo se han puesto los de Valleumbroso a penas se han enterado de que un posible embalse los iba a desalojar de sus covachas...

- ¿Ésos? En cuanto les hagan perder por ahí la mugre de sus cabras y ovejas, bendecirán el día en que los sacamos de su caparazón.

- ¡Sí; pero va a costar!

Y ya lo creo que costó.

Porque todo lo que se relacionaba con Valleumbroso era costoso. El camino de herradura, por el cual este pueblo tenía acceso al mundo civilizado y confortable, era un vericuelo áspero, pedregoso, estrecho y largo. Bajaba acompañando al río varios kilómetros, escondiéndose casi siempre debajo del enmarañado arbolado marginal.

Esto de esconderse era lo primero que todo el mundo aprendía en Valleumbroso. Los niños, sucios y frecuentemente con la cara llena de chafarrinones, cuando al pueblo se llegaba algún forastero, cazador o tratante en pieles, se ocultaban detrás de aquellas puertas de madera, toscas y negras, cortadas por la mitad para cerrar durante el día la parte de abajo sólo. Asomaban un poco la cabeza de cuando en cuando. Desde dentro se quedaban atisbando silenciosos; parecía lagartos asustados en madrigueras con los ojos quietos.

De letras andaban muy mal. También a las maestras les costaba permanecer en aquel pudridero de aburrimiento. ¿Qué señorita salida de ciudad o de aulas de una elegante Escuela de Magisterio iba a parar allí, sin luz eléctrica, sin carretera, sin nadie que supiera hablar y pensar como ella?... Lo más que aguantaba alguna era un año. Y como ninguna inspectora iba a andar a pie, o alquilando un caballo en el pueblo con pista, a trece kilómetros, para ir a verificar sus asistencias, más de una hubo que, después de tomar posesión, encerró en aquel lugar inaccesible su conciencia y tomó vacaciones la mayor parte del año en la ciudad.

Pero esto no preocupaba gran cosa a los progenitores de aquellos arrapiezos. Para ellos los hijos eran otros tantos instrumentos de trabajo. Con que valieran para arañar la tierra y para trepar por los montes guardando animales, les bastaba. Y por eso, los problemas consecuentes al de engendrar, que tantas preocupaciones crearan en el otro mundo del que

les separaba el gollete de aquella garganta rocosa, les traía sin cuidado. Digo yo: a juzgar por la irresponsabilidad con que poblaban sus tugurios de numerosas proles.

Muchos no llegaban a mayores. Entre los hierbajos altos de un pequeño cementerio adosado a una iglesia medio en ruinas, había muchos montoncitos alargados de tierra. Tumbas de niños, en los que una mortandad infantil se cebaba al no encontrar vallas de una profilaxis puericultora. Y en realidad era la mejor suerte que les podía caer. Los que llegaban a salir de la niñez a la vida adulta ya sabían su destino: Unos pocos, a continuar la vida esclavizada a la tierra y a los montes, de sus padres. Otros, los más, liaban cuatro trapos en un saco y se marchaban del pueblo. Los mozos, generalmente, a las minas de carbón. No podían evitar su instinto de esconderse. Las chicas, a servir.

Casi ninguno de los emigrados volvía al pueblo, como no fuera algún silicoso desechado de las minas, que no tuviera otro sitio en el mundo en donde tratar de oxigenar durante su vida ahogada sus acribillados pulmones.

Entre estos pocos se encontraba el Roldo. Pero si éste volvió fue por algo más que por la silicosis. Aquella cicatriz larga y profunda que le desfiguraba horriblemente el rostro, cruzándole la mejilla izquierda hasta partirle el labio superior, fue el estigma de pendenciero con que una navaja le marcó toda la vida su fisonomía de minero. Claro que él también marcó con la misma señal a otros. Más: Una noche de borracheras, en una algarada tabernaria, un minero fue sacado a la clínica de urgencia con una puñalada profunda en el costado izquierdo. De allí, al cementerio. Fue imposible adivinar qué faca, entre las varias que aquella noche arrancaron sangre en aquel tumulto infernal, fue la asesina. El Roldo sí que sabía que la suya se hundió en el cuerpo del que murió. Por eso, en cuanto obtuvo la baja por su enfermedad, huyó luego a su pueblo natal. Allí podía vivir tranquilo ocultando su crimen.

Ahora, con los ahorros de su trabajo, había puesto en Valleumbroso una taberna. Era el lugar de reunión, en donde jugaban a las cartas y bebían vino los pocos hombres mayores que quedaban en el pueblo. Hacía también de tienda. En realidad bien pocas cosas compraban aquellos montaraces. Para vestir tenían lanas de sus ovejas, y para comer, los tasajos y grasas de sus animales. Pero el Roldo, alguna vez al año, ensillaba las dos mulas e iba río abajo a aprovisionarse allá al pueblo más cercano.

Pequeño, zambo, con la respiración asmática, levantaba la cabeza, cubierta siempre con una gorra sucia y vieja, por detrás del alto mostrador, alargando con su mano dura los vasos de vino después de llenarlos con el jarro. Encima de un taburete tenía el odre. Aquellos brazos arremangados y velludos, en los que el carbón parecía haber incrustado su negrura lo mismo que el sílice sus esquirlas en sus pulmones, le asemejaban más su figura a la de un demonio.

En la taberna no sólo se jugaba y se bebía, sino que también se trataban los asuntos de la concejalía y se blasfemaba.

Esta noche están revueltos todos los hombres. Hablan más fuerte que las otras veces. Les hierva la rabia y blasfeman más.

A Felipe, el herrero, que es además el pedáneo, le ha traído el tío José, desde el pueblo, una carta escrita a máquina. Viene firmada por nuestro conocido Don José Carlos y otros varios alcaldes de los pueblos esparcidos por la amplia zona, por donde han corrido nuestras miradas al asomarse a ella tantas veces a lo largo de estas páginas. Es una cortés invitación a colaborar en una empresa de la que los primeros beneficiados van a ser los de Valleumbroso. Se está proyectando la construcción de una **presa** para un pantano, que tenía necesariamente que anegar el pueblo. Pero a sus habitantes se les proporcionará otro, construido todo nuevo por Colonización, con terrenos de regadío. Su actual miseria se tornará en

pocos años en un vivir decoroso. Además: Mientras se construya la presa y los canales, los de Valleumbroso que lo desen serán preferidos para jornales.

- ¡Qué se habrán creído los señoritos memos esos!

Los ojos del roldo fulguraron siniestramente:

- ¡Al primer cristo que se asome por aquí se le parte la crisma!

La blasfemia que a continuación lanzó la remachó co un puñetazo en el mostrador.

El tío José gritó sobresaltado:

- ¿Y dicen que ya en la capital de la provincia andan con papeles al “respective”?

- Eso parece, agregó el pedáneo.

- ¡Pues yo les juro que a mí no me sacan vivo de aquí! ¡Para los años que me pueden quedar de vida, que se esperen a yo muera!

- ¿Y los demás, qué?... ¿Y nuestros prados y nuestros animales?...

El alboroto que allí se armó era furia salvaje.

Fueron viniendo mujeres también y hasta niños. Ellas gritaban igualmente. Los niños miraban y escuchaban asustados.

Felipe impuso silencio a golpe de gritos y de tacos.

- ¡Hay que responder! ¡Y a votar cada vecino!

- ¡Yo, que no!, aulló Pepón.

- ¡Y yo..., y yo..., y yo!...

- ¡Y al que diga que sí se da un “envío” de los que sabemos los que hemos sido mineros!

Esto lo había gritado el Roldo, que, en el instante en que Felipe leía la carta a trompicones, acababa de ver su taberna y los vasos en los que él ahora escanciaba el vino, inundados por las aguas del pantano.

En una hoja de cuaderno, que arrancó con rabia el Roldo, allí mismo, a la luz del quinqué, se escribió la respuesta.

- Escribe tú. Quino, que sabes de estos apaños.

*“Señores alcaldes firmantes este pueblo no necesita para nada de ustedes ni de nadie y seopone y a nosotros dejarnos tranquilos que bien sabemos arreglarnos y al que se atreba a benir a molestar se ba a acordar para toda su bida asi piensa el pueblo entero de Valleumbroso”*

Era para lo único que le valía la “v” a Quino. Lo mismo que había aprendido esta ortografía de haberla visto así siempre escrita, hubiera aprendido tantísimas otras cosas si se las hubieran enseñado...

*“Así piensa el pueblo”...*

¡Pensar! Sería interesante saber exactamente cómo pensaban al irse retirando aquella noche a sus casas los hombres y las mujeres de Valleumbroso. Pero seguimos insistiendo en que no acertaríamos a trasladar al papel sus propias ideas. Pero eso tenemos que contentarnos con seguir narrando sus actos y reacciones exteriores.

Los últimos en retirarse de la taberna, como siempre, fueron Pepón y el tío José. Continuaron los dos con el Roldo dándole vueltas al tema que revolucionó al pueblo entero. Pepón, además, estaba que mordía:

- ¡Está visto que las desgracias nunca vienen solas” (Blasfemó). ¡por si fuera poco, la mula que se me despeñó por el “Portillo” remató esta madrugada!

- ¿Qué se le va a hacer, hombre? - El tío José intentó consolarle -: Peor hubiera sido que se te hubiera muerto un hijo.

- ¡Un hijo hágalo yo en una noche y una mula no!

Definitivamente, por mucha comprensión que quisiéramos esgrimir para los indígenas de Valleumbroso, tendríamos que convenir que sus ideas no volaban más altas que las del hombre de las cavernas.

El único bípedo, que con figura de racional tenía ideas elevadas en Valleumbroso, era Eugenio.

Pero Eugenio estaba loco.

No vivía en el pueblo desde hacía varios años, sino que vagaba por los inmensos montes aquellos.

Le había entrado una manía megalómana. Y no respondía nunca a nadie que le llamara por su nombre de pila, porque él era muchísimo más: Él era “Dios”.

Con su cayado de acebo y acompañado siempre de su fiel perro, Leal, saltaba con agilidad felina sobre peñascos y se escabullía entre las breñas. Vestía pantalones mugrientos y remendado, de pana; en los pies, albarcas. Se cubría con zamarra de pieles de oveja. Comía la borona y los tasajos que le daban los pastores. Solía dormir en una cueva sobre bálago seco, que lo mismo pudo valer en tiempos anteriores para guarida de osos y lobos. En una piedra que estaba al lado de la boca de la cueva dejaban cada cierto tiempo comida en una fiambarrera de aluminio sus sacrificada mujer, Encarnación, o alguna de sus dos hijas. Sólo ellas sabían lo que costaba subir periódicamente a aquellas alturas a depositar aquel pobre condumio. Pero un instinto indefinible las inducía a prolongar aquel martirio que, entre los humanos, no tiene otro nombre que el de “Amor”.

“Dios”, con los rudos elementos doctrinales de sus escasos conocimientos religiosos, se había elaborado en su ebullente cerebro su magna y desarticulada teología. Él, desde luego, era dueño y señor del universo entero. Nada pasaba sin que él lo consintiera o lo ordenara.

Así un día a José Luis y a otros cazadores, mientras yantaban junto a una fuente, relataba nervioso, haciendo zigzaguar su cayada en círculos sibilantes, que imposibilitaban acercarse a él:

- Hace dos meses, de un pepinazo, maté en Rusia a doscientos mil cristianos... Y en Alemania lancé al mar los hierros de mil fábricas...

- “Dios”: Y si un día e invierno y de nieve agarras una pulmonía, ¿quién te va a curar en estos montes? ¡Vete, hombre, para tu casa con tu mujer y con tus hijas”!

El loco soltó una carcajada neurasténica larga abriendo mucho la boca y echando para atrás la cabeza cubierta con una visera, mientras se daba golpes con el puño sobre el pecho. Éste le resonaba como si fuera una piedra colocada sobre una sima.

- ¡No! ¡Yo soy inmortal! ¡Yo soy “Dios”!...

El secreto de la existencia del mundo lo tenía él dentro de su boca. Era la raíz de una muela. Todo dependía de ella. Para mostrarla metía el dedo sucio de su mano derecha por entre la encía y la comisura del carrillo derecho. Estirando ésta, enseñaba el hoyo de una muela caída metiéndole a uno la baba y el aliento por los ojos. Aullaba:

- ¡Aaaajh!...

Y aparecía una dentadura careada llena de sarro.

El día en que el humo del fuego le diera en aquella raíz de su muela vendría la destrucción del mundo. Como una vez vino la destrucción del mundo por el diluvio universal, ahora vendría la segunda destrucción, la aniquilación total, por el fuego. La raíz de su muela tenía más fuerza que todas las bombas de los Estados Unidos y Rusia... Por eso ahora huía del pueblo, en donde en los lares se hacía fuego. Por eso llevaba siempre colgado al cuello con una goma un bozal de esponja, como el que llevan los mineros. Y cuando a los lejos veía una columna de humo y no digamos si alguien en su presencia encendía un cigarro, se colocaba inmediatamente delante de la boca y de la nariz el bozal y, nervioso, huía corriendo a



escondese en el monte. No le fuera a llegar el humo a la raíz de la muela... ¡Él no quería todavía destruir el mundo!

Si así era su teoría de la conservación del mundo, no era menos artificiosa la de su formación, sobre todo en lo referente a la especie humana.

Él era “Dios” y su mujer la Virgen de la Encarnación. Sus dos hijas eran los ángeles. Si ahora el mundo estaba poblado de seres humanos, a él se debía. Él, de sendos navajazos, les cortó los testículos a un mono y a un cordero, machacándolos después con una piedra y envolviendo aquel “cuajo” con tierra. (Como no había estudiado Anatomía, no conocía sus eufemismos y se expresaba más rudamente). Aquel era el principio de todos los humanos. Aquellos a quienes les tocaba la parte del mono eran los malos y se pegaban y se odiaban y hacían guerras entre sí. Los que llevaban el injerto genético de cordero eran los buenos. Todos acababan por igual en la sepultura porque él los había amasado con tierra.

Cuando una tarde bajaban de cazar por el tortuoso sendero para coger su “jeep” en el pueblo más cercano, José Luis, su hermano y otros amigos contemplaron allá arriba, lejos, perdiéndose en el azul del cielo, que más que azul era plomo por la inminencia de la noche, al loco Eugenio. Parecía un cóndor sobre el inmenso precipicio. Era un puntito estático sobre aquella inmensidad. José Luis bromeó:

- ¡”Dios” está contemplando cómo marcha su mundo!

- Si quisiera extender su mano sobre la garganta del río y decir: ¡Levántate, **presa!** Y trazar con su cayada cuatro rasgos que dejaran abiertos de repente los canales de riego sobre toda esta zona y a su conjuro quedara hecho el pantano en un instante...

- Quique: Eso no lo hace Dios. Él bastante ha hecho con dejarnos a los hombres el talento y los recursos para construirlos nosotros.

Mientras caminaba, la mente de José Luis profundizaba: Aquel remedo ridículo de Dios ¿no eran los hombres que se aferran a sus ideas?... Muchos hacen con ellas su idolatría... ¡Locos los hombres que piensan que tienen toda la verdad conquistada!... - Sonreía -. Cada día que avanzamos nos echa sobre el alma nuevas claridades... Aquel loco tenía mucho de la Humanidad... Hasta valores tan excelsos como los del amor y la paternidad ¿no los había minimizado ésta hasta convertirlos en una simple cuestión de hormonas?.... ¡Corría prisa embalsar el agua en el pantano!... Él hundiría allí, si pudiera, hasta ahogarlos, a todos los retrógrados, que son lastre de la parte inquieta de los hombres...! A todos los que han estado amasando con tierra , con el dinero del “amor pagado”!... Aquella herida la tenía siempre en el alma!... ¡Pero el pantano no estaba hecho!...

----oo—000—oo----

¡La hora de la verdad sonó al fin!

José Carlos tuvo que ser el comodín de aquel juego. Pero hubo que saberlo meter en el momento de hacer la baza oportuna: la de la victoria.

De seguro que la osamenta de Don Jaime se estremeció de alegría en la región del más allá. Él seguía perenne en los suyos. En ellos alentaba su misma fuerza vital y era su tesón indomable el que los mantuvo en la brecha hasta el final. Ellos, con sus posiciones sociales, con sus profesiones y con “El Palomar”, tenían más que de sobra para sí y para los nietos de Don Jaime, pudiendo llevar una vida holgada. Pero aquella comarca, que se despoblaba poco a poco, no.

Apenas el esposo de Isabelita se vio en posesión del cargo de diputado provincial, puso manos a la obra bajo el asesoramiento de sus dos cuñados. Tan compenetrados estaban que, más que tres, parecían un solo cerebro.

Unos viajes a la capital de la provincia y unos contactos en la de la nación con el Ministerio de Obras Públicas. Los planos extensos y minuciosos de José Luis fueron aprobados por el organismo supremo de la nación. José Luis, ingeniero responsable. La financiación de las obras se haría a través del Banco Laboral, admitiendo acciones de los terratenientes de toda la zona regable que lo desearan. En unos años, marchando a buen ritmo, aquello quedaría terminado.

- ¿Has visto? ¡Esto es como esas películas americanas, que le dejan a uno con la boca abierta!

Las gentes de la villa no hablaban más que de las obras. En el bar, en las tertulias, en la calle.

- ¡Nunca tanto camión pasó en un año por este pueblo como ahora en un día!

- ¡Y que canales!...

- ¡No va a quedar ni palmo de monte sin regar!

- Vamos a tener que llamar a todo los que se fueron a Suiza y a Alemania...

- La Alemania está aquí!

- ¡Y qué **presa**, que allí estuve yo viéndola! Tiene de anchura por abajo como desde aquí a la iglesia. Ya la tienen, de un cuatro, como a la mitad.

- ¡A ver si deja de meternos el alma en un puño este río con sus crecidas!...

Por las tardes de los años aquellos, camiones de obreros, con las ropas y la caras de color de cemento, invadían la villa y los pueblos. Traían los oídos aturridos por el “tacatá” de las hormigoneras y el chirriar de las barras de hierro.

- ¡Mucho vale ese José Luis, Fulgencio!

- ¡Toma; si es la misma persona de su padre!

Seguramente que “dios”, el loco del monte, se asomaba muchas veces a su balcón de las obras aquellas. El mundo, que el conservaba prendido de la raíz de su muela, reafirmaba sus bases de cemento y hierro.

Aquella misma colmena, cuyos dípteros volaban en todas la direcciones por aquella infinita zona, tenía su piquera, efervescente y ruidosa, allá mismo, debajo de sus pies, en donde un monte y otro habían estado eternamente mirándose y como amenazados con estrellarse su frente de piedra el uno contra el otro. Ahora se estaban juntando poco a poco definitivamente. De su abrazo de paz iba a resultar la felicidad.

Máquinas de machaqueo, cucharas, hormigoneras, grúas y camiones que subían y bajaban. La obra marcaba sus pulsos fuertes y acompasados.

Como a un kilómetro más abajo, junto al río, extendía las viviendas provisionales, en forma de largos barracones, el poblado obrero. En medio, una capilla-escuela para poder dar espíritu a aquellos obreros y a sus hijos. Ellos daban el vigor de sus cuerpos.

De los de Valleumbroso no hubo ni uno que se inscribiera en la lista de aquellos obreros. Eso que se pagaban muy bien los jornales. Miraban hoscos y apretaban el paso cuando tenían que cruzar las obras. El pedáneo había dado la orden:

- ¡Como alguno vaya a esa obra, lo machacamos!

Se les había instado una y mil veces a que fueran ya apuntándose en el pueblo que Colonización les había construido. Se hacían siempre sordos a las invitaciones e insultaban descorteses a los emisarios.

Su rabia los impulsaba hasta no querer aprovechar la pista construida para camiones y coches. Cuando bajaban al pueblo lo seguían haciendo por el camino largo y pedregoso.

Pero hubo un invierno en que los pulsos de la obra perdieron su ritmo. Como un hombre robusto, que con la picadura de un mosquito siente su organismo invadido de repente por la fiebre. El cínife, que desde la charca de aguas putrefactas de la conjura inoculó el virus, fue el Roldo. Y a fe, que hincó fuerte su aguijón.

Un día se presentaron en las oficinas de la obra Felipe, Pepón y Quino. La trama era perfecta.

- ¡Queremos trabajo! ¡Nos cansamos de andar arando y guardando animales por el monte!

- ¡No faltaba más! A vosotros y a todos los de Valleumbroso que lo deseen.

El Roldo se ausentó del pueblo varios días. Sólo los tres antedichos en el pueblo sabían el motivo de su ausencia. Se fue a las minas en donde había estado de joven.

Nadie reparó en él cuando subió con su mula cargada, como solía hacerlo cuando volvía de aprovisionarse. Esta vez traía un cajón de madera. Venía lleno de cargas de dinamita. A lo largo de la montura, envuelta en papel de periódico, una barra larga. Nadie podía sospechar que era una barra de hierro.

Por la noche, cuando todos marcharon de la taberna, se quedaron solos tramando, con las puertas cerradas, el pedáneo, el Roldo, Pepón y Quino. Había que ir haciéndolo poco a poco, de noche. Por la parte baja de la roca. Los agujeros no muy separados, para que rompiera mejor. Y mucho cuidado no fueran a hacer demasiado ruido con la broca y los agarraran. Afortunadamente el lugar escogido quedaba lejos de la garita del guarda. Había que aprovechar estas noches largas y frías del invierno. Y si llovía, nevaba y hacía viento, había que aguantarse; esto sería mucho mejor.

- Y al marcharos antes de amanecer cada noche, tenéis que tapar por encima el “buraco” ¡No vayan a sospechar!

- ¿Cuándo lo explotamos?

- ¡Rediez: No tan de prisa! ¿O piensas que a esto se le hinca como al queso?

- Bien: Tú dirás, Roldo.

Éste seguía dando instrucciones:

- Cuando esté lo de abajo, hay que ver si se puede hacer lo mismo con aquella máquina que tienen empotrada en el monte.

- ¿Con la hormigonera grande?

- Y cuando estén todos los agujeros hechos, esa noche voy con vosotros, le meto las cargas y le prendo la mecha. Mejor la noche de un domingo.

No decimos aquí que, en toda la conversación, estos cuatro engendros de Satanás fueron soltando andanadas verbales sucias y rabiosas, en las que trataban con la misma falta de respeto los progenitores de los constructores de la **presa** que a toda la corte celestial.

Una noche cerrada de nieve, en la que la garganta era un ventisquero por donde las furias de las montañas empujaban con bandazos y chillidos aluviones arremolinados, que brillaban siniestros al percibir las luces de la parte de las obras, allá en el fondo, junto al río, el infierno abrió de repente sus fauces y estalló su sarcástica carcajada. El estruendo retumbó en las concavidades y se fue a estrellar contra los precipicios, que lo devolvieron en ecos.

El poblado obrero se sobresaltó. Arriba, el guarda salió inmediatamente. Corría en dirección al sitio en que creyó oír las detonaciones. A los pocos pasos... Ya no lo contaría nunca el infortunado guardia. En la vertiente, de nuevo otra serie de estallidos horribos, alargados aún más por la tempestad. Y una andanada de piedras y hierros se le vino encima, dejándolo triturado.

Entre tanto cuatro sombras fatídicas marchaban deslizándose junto al río hacia Valleumbroso. Llevaban el mismo gozo que la serpiente del paraíso el día que desbarató la obra del Creador. Felipe, en su fragua, siguiendo el consejo del Roldo, aún pasó parte de la noche trabajando.

Aquel plutón tenía que encubrir sus responsabilidades. Tornándola rusiente convirtió la barra en pequeñas láminas de hierro, machacándola sobre un yunque. Nadie podría sospechar jamás que aquello había sido el arma incubadora de la destrucción y del crimen.

Al día siguiente fueron los tres al trabajo como en los días anteriores.

En otro temple que no fuera el de José Luis hubiera hecho mella el contratiempo.

- ¡Ten cuidado, José Luis, no vaya ser que a ti también!...

- ¡Descuida, Isabelita!

- ¿Fue mucho el desperfecto?

- ¡No! Unos rasguños en el hormigón. El que lo hizo sería un vulgar cantero sin noción de ingeniería. Saltó la roca exterior... En esta época construimos a prueba de fuerza atómica.

Eso sí que ya no tenía remedio. Fue la víctima inocente. Casi siempre, en las empresas que llevan adelante los hombres, hay víctimas inocentes. De estas muestras estaban llenos los relatos epistolares de su hermano, el misionero. La carta con que contestó a la que le hizo partícipe del suceso, ponía resonancias amplias en el corazón de sus hermanos:

“Queridos hermanos:

.....

“¡Adelante, José Luis! Los otros hermanos tuyos ya hemos llenado prácticamente nuestra



vida con lo que de nosotros cabía esperar. A ti te queda todavía el acabar tu obra. También es para el bien de los demás. Pero la acabarás y pronto. Estoy seguro.

.....

“Isabelita: Los avatares de todo ese complicado tinglado que tu hermano trae entre manos, me recuerdan a mí muchos fenómenos sociales y religiosos.

“¡Cuánto, por ejemplo, le costó a la gran Encíclica sobre el “Amor” y la “paternidad responsable” encauzar criterios y llevar frescor a labios sedientos! Los matrimonios de ahora tenéis prácticamente todo solucionado. Pero de seguro que los que vivieron cuando papá y mamá eran jóvenes, tuvieron que aguantar tormentas bien difíciles.

.....

“Voy a hacer coincidir mi ida a España con la de Conchita, Quiero veros. Nos estamos haciendo viejos y de seguro que no tardaremos mucho en seguir, primero unos, y después otros, el camino de papá y de mamá.

“Os abraza a todos vuestro hermano

Jaime.

Que los causantes del destrozo al pie de la **presa**, del derribo de la hormigonera grande y de la muerte del guarda de obras estaban en Valleumbroso, no lo dudó nadie. Pero por más averiguaciones y chequeos que hizo la guardia civil, no logró adivinar ni una pista. La coraza hermética en la que rebotaba cualquier signo de cultura y avance proveniente de afuera, impedía igualmente que de su interior saliera nada de los secretos de su primaria rusticidad.

De lo que no había duda era de una cosa: Que Valleumbroso entero aprobaba con toda su alma la destrucción y la criminal acción. Y al pueblo entero no lo iban a meter en la cárcel.

Por eso, después de unos meses de averiguaciones y cuando ya la presa estaba avanzada, tanto que ya era capaz de embalsar muchos millones de metros cúbicos de agua, una orden gubernativa mandó a todos los habitantes de Valleumbroso desalojar el pueblo. En autobuses y camiones de la empresa llegados a pie de la presa y bajo la presión de la guardia civil, fueron embalando sus enseres. Los animales de los montes fueron muy bien pagados. Pudieron trasladar algunos a su nuevo pueblo. El Instituto de Colonización se lo entregó blanco y radiante. Conforme iban llegando a él los vehículos que los transportaban, les daba la bienvenida el rótulo que daba fe de su bautismo: Vollaclara.

Hubo dos habitantes... Mejor dicho, uno. Porque el otro sabemos que no vivía desde hace años en Valleumbroso, sino en los montes.

El del pueblo fue el tío José.

El día en que los últimos seres vivos dejaban aquel lugar miserable camino de la tierra de promisión, él se encerró con llave en su casa. Colocó una tranca enorme detrás de la puerta. Ni las llamadas ni los tiros que la guardia civil hizo al aire lograron que abriera. Hubo que derribar la puerta a hachazos.

Cuando lo sacaban bien aferrado, gritaba y blasfemaba. ¿De dónde sacaría las fuerzas aquel viejo sarmentoso para dar aquellos tirones y hacer aquellas contorsiones bajo los brazos de los que lo arrebataban?

- ¡Dejadme morir, aquí! ¡Dejadme morir!...

El problema con el que había llevado a los altos montes las únicas ideas elevadas, que no fueron capaces de sufrir el entierro de la rusticidad de Valleumbroso, no fue menor.

Unos cuantos meses aún vagó errante, conservando el mundo de la raíz de su muela. José Luis se preocupó de que le siguieran llevando periódicamente comida a la piedra que estaba junto a la cueva. Ahora ya estaba el agua embalsada. Comenzaba a anegarse el pueblo entero. No se le podía abandonar allí. Había que internarlo en un manicomio.

El intento de su captura no nos lo narrarían igual todos los que bajo los arcos de la mitología penetraron en los secretos de los dioses del Olimpo. Una pareja de la guardia civil, ayudada por varios hombres, quiso reducirlo. Resultaba imposible acercarse a él. Blandía su cayada girando como una tolva frenética y huía, seguido de su fiel Leal, que ladraba.

Lo fueron acorralando hacia la presa.

José Luis, desde lo alto del muro de hormigón, que dominaba al fin la fiereza del río, contemplaba a lo lejos aquella caza inusitada. Entre la maraña del monte distinguía, cada vez más cercanas, las ráfagas de la persecución de unos y la huída del otro. Percibía ya claramente los ladridos del perro.

De pronto, cuando el loco iba ya a comenzar a pisar la frontera de acá, la del mundo del progresos, al sentir que la otra frontera de su mundo la tenía cerrada, comenzó a trepar con agilidad felina por el borde de la barbacana rocosa que, levantándose imponente por la parte izquierda del pantano, contenía dominadora las aguas defendiendo Almonte. Más que trepar, volaba.

En aquellos instantes sí que le pareció a José Luis un “dios” flamígero con alas.

Cuando llegó al punto más alto, en donde aquella mole cortaba en precipicio sobre el pantano su enorme masa, miró primero hacia atrás. Vuelto, abrió sus brazos en cruz...

José Luis quiso cerrar los ojos, pero se le quedaron abiertos sin pestañear siguiendo la ráfaga fugaz vertical. Tembló de pies a cabeza toda su armazón fuerte de ingeniero. Penetrándole por la cabeza hasta lo más hondo del alma sintió el hachazo de la caída con el golpe seco del agua. Aquel “dios” loco fue como un muñeco de trapo desarticulado, en su rápido descenso por el vacío. Un leve remolino y unas ondas concéntricas, insignificantes en comparación de la inmensidad de aquel espejo de cielo, sellaron su tumba.

José Luis sintió pena. Sí se hundían también en el fondo de la historia muchas inquietudes que, temporalmente, hirvieron en la mente de la humanidad. Pero la vida seguía reflejando en sus espejos los valores eternos con que la hermoseó su Creador.

Comenzó a bajar lentamente las escaleras de la presa hasta la central hidroeléctrica. Sus sienes empezaron a repiquetear una canción muy

popular allá en sus años de niño. Cada escalón, al pisar, era un golpe de aquel ritmo:

.....”*Las cosas quedan, los hombres se van.*  
*La vida sigue igual.*  
*Y al final*” .....

----oo—000—oo----

¿Y después?

Ya sé que esa pregunta va en contra de todas las leyes preceptivas de la novelística.

Pero es que esto no ha sido una novela.

Esto ha sido tu vida y la tuya. El problema de esta familia y de aquella otra. La angustia de este sacerdote y de cualquiera a quien ha hecho sufrir el amor. Una preocupación vital de un momento de transición de un mundo inquieto con inteligencia y corazón. Una puerta real luminosa de eso que llamamos con el nombre más dulce para los oídos del alma humana: ¡ESPERANZA!

Sobre la alfombra verde del césped, bajo los pinos jóvenes, que hasta el cauce del río van bajando por la vertiente exterior contigua a la gran **presa**, la comida campera espera.

Al lado Conchita - Sor Concepción -, que ha venido a verlos desde África, habla con su hermana y cuñado y con sus sobrinos, los hijos e hijas de Isabelita y de Enrique. Por entre los pinos corren y juegan algunos nietecitos de éstos.

Arriba, apoyados en el pretil fuerte de la **presa**, están Quique, José Luis y Jaime. Éste, con ser más joven, tiene el pelo más blanco que sus hermanos.

Aquella **presa** en la que el río, hasta entonces loco, sintió de repente su frente ordenadora...

Los tres hermanos, más que hablar, contemplan.

No se ve; pero allá lejos, muy lejos, lo sienten: “El Palomar”. Y toda la inmensa comarca transformada por aquel milagro del ingenio.

Quique extiende el brazo solemnemente, en gesto amplio:

- ¡José Luis: tu obra!

Éste se ha quedado mirando, al oírlo, al lugar en donde hablan los hijos de sus hermanos y juegan sus nietos. Con leve gesto de barbilla en dirección hacia ellos, abriendo en el impulso un tanto los ojos, contesta:

- ¡La tuya! ¡La de Isabelita!...

Jaime sigue con la mirada perdida en la lejanía. Más que hablar parece orar:

- Nuestra obra! ¡La de todos!...

Temblaron sus pulsos de hombres.

En las pupilas del alma de aquellos tres hermanos, en el momento solemne siguiente a esta oración, brilló un fulgor. Era la proyección desde un cementerio, en aquella distancia invisible a los ojos de la cara, de dos figuras augustas y blancas: Las de sus padres Don Jaime y Doña Isabel.

FIN

ÍNDICE

1ª PARTE. **STOP** 3

2ª PARTE. **LA PRESA** 74